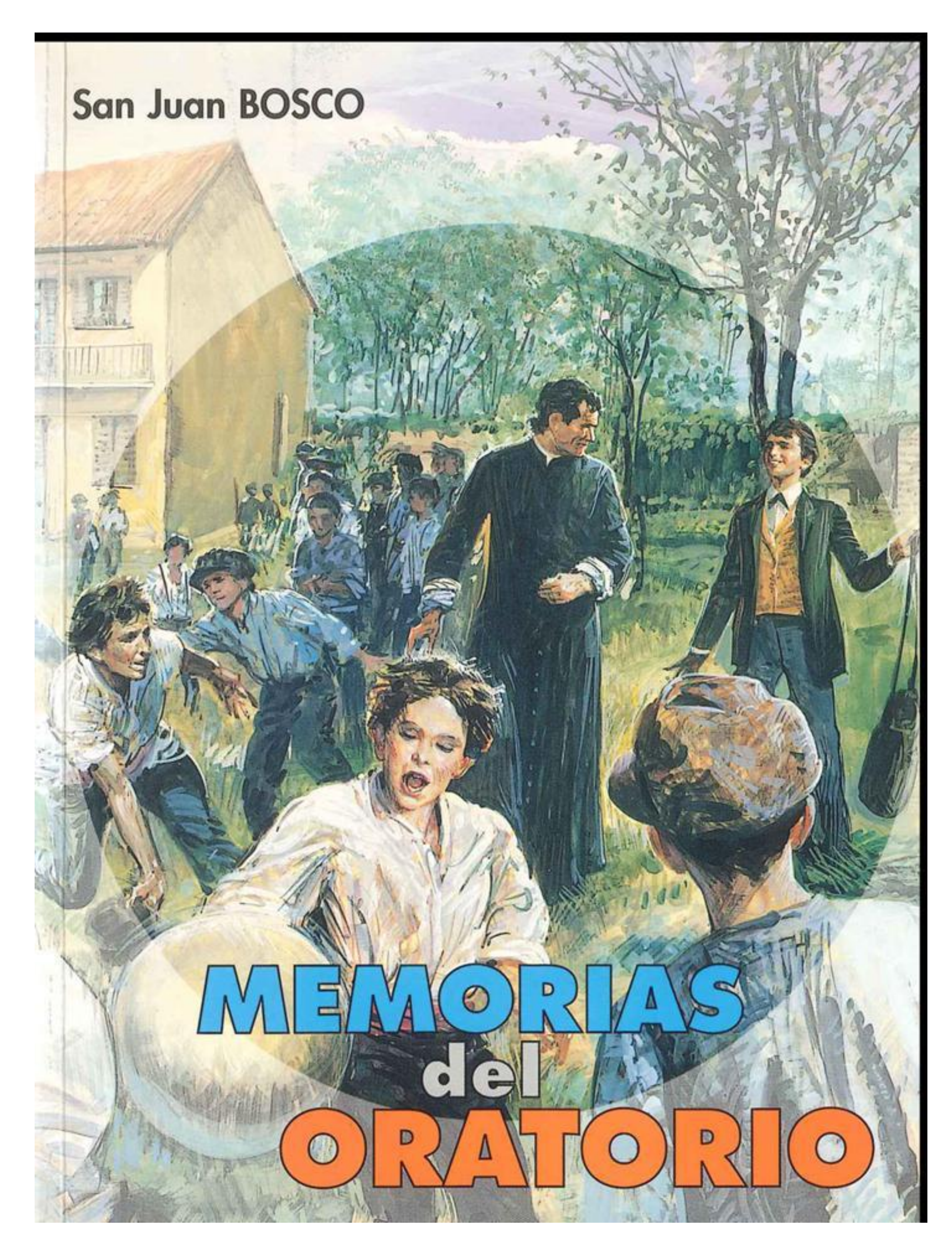
Memorias del Oratorio



San Juan Bosco

Un joven sacerdote, en Turín, cada mañana se daba una vuelta por el «mercado general». Chicos muy jóvenes llegaban para buscar trabajo. Don Bosco (es el nombre de este sacerdote) hace todo lo posible para sacarles de la miseria y de la violencia. Abrió su Oratorio; allí los jóvenes eran ayudados a encontrar trabajo y patrones honestos, a vivir con alegría, a acercarse a Dios con la instrucción religiosa y las celebraciones de iglesia. Don Bosco fue un «narrador» extraordinario. Sus «historias» eran tan interesantes que muchos le insistieron en que las escribiera. Fascinantes, como siempre, las encuentras en este libro. Aquí te resonará su palabra viva, leerás los consejos que daba a sus muchachos. Y, sobre todo, percibirás el latir de su corazón entregado a sus jóvenes de ayer y de hoy.

Título original: *L’Oratorio di S. Francesco di Sales*

Juan Bosco, 1876

Introducción de San Juan Bosco

¿Por qué y para qué estas memorias?

Muchas veces me pidieron que escribiera las memorias del Oratorio de San Francisco de Sales. Aunque no podía negarme a la autoridad de quien me lo aconsejaba, sin embargo, no me resolví a ocuparme decididamente de ello porque debía hablar de mí mismo demasiado a menudo.

Mas ahora se añade el mandato de una persona de suma autoridad, mandato que no me es dado eludir, y, en consecuencia, me decido a exponer detalles confidenciales que pueden dar luz o ser de alguna utilidad para percatarse de la finalidad que la divina providencia se dignó asignar a la Sociedad de San Francisco de Sales. **Quede claro que escribo únicamente para mis queridísimos hijos salesianos, con prohibición de dar publicidad a estas cosas, lo mismo antes que después de mi muerte**.

¿Para qué servirá, pues, este trabajo?

Servirá de norma para superar las dificultades futuras, aprendiendo lecciones del pasado. Servirá para dar a conocer cómo el mismo Dios condujo todas las cosas en cada momento.

Servirá de ameno entretenimiento para mis hijos cuando lean las andanzas en que anduvo metido su padre. Y lo leerán con mayor gusto cuando, llamados por Dios a rendir cuenta de mis actos, ya no esté yo entre ellos. Compadecedme, si encontráis hechos expuestos con demasiada complacencia y quizá aparente vanidad. Se trata de un padre que goza contando sus cosas a sus hijos queridos, mientras ellos, a su vez, se gozarán al saber las aventuras del que tanto les amó y tanto se afanó trabajando por su provecho espiritual y material en lo poco y en lo mucho. Presento estas memorias divididas por décadas, o períodos de diez años, porque en cada una de ellas tuvo lugar un notable y sensible desarrollo de nuestra institución. Hijos míos, cuando después de mi muerte, leáis estas memorias, acordaos de que tuvisteis un padre cariñoso, que os las dejó antes de morir en prenda de su cariño paternal. Al recordarme, rogad a Dios por el descanso eterno de mi alma.

Una vida enmarcada por un sueño (1815 — 1825)

1. Año de hambre y sueño

Hijo de campesinos

Nací el día consagrado a la Asunción de María al cielo del año 1815, en Morialdo, barrio de Castelnuovo de Asti. Mi madre se llamaba Margarita Occhiena, y era natural de Capriglio; y mi padre, Francisco. Eran campesinos. Se ganaban honradamente el pan de cada día con el trabajo y el ahorro. Mi padre, casi únicamente con sus sudores, proporcionaba sustento a la abuelita, septuagenaria y achacosa, y a tres niños, el mayor de los cuales, Antonio, era hijo del primer matrimonio. José era el segundo, y Juan el más pequeño, que soy yo. Además había dos jornaleros del campo.

Muerte del padre

No tenía yo aún dos años cuando Dios nuestro Señor permitió en su misericordia que nos turbara una grave desgracia. Un día, el amado padre, en plena robustez, en la flor de la edad, deseoso de educar cristianamente a sus hijos, de vuelta del trabajo, enteramente sudado, entró descuidadamente en la bodega, subterránea y fría. El enfriamiento sufrido se manifestó hacia el anochecer con una fiebre alta, precursora de un gran resfriado. Todos los cuidados resultaron inútiles. En pocos días se puso a las puertas de la muerte. Confortado con todos los auxilios de la religión, después de recomendar a madre confianza en Dios, expiraba, a la edad de treinta y cuatro años. Era el 12 de mayo de 1817. No sé qué fue de mí en aquellas tristes circunstancias. Sólo recuerdo, y es el primer hecho de la vida del que guardo mi memoria, que todos salían de la habitación del difunto y que yo quería permanecer en ella a toda costa.

—Ven, Juanín; ven conmigo —repetía mi afligida madre.

—Si no viene papá, no quiero ir —respondía yo.

—Pobre hijo —añadió mi madre—, ven conmigo, ya no tienes padre.

Y dicho esto, rompió a llorar; me agarró de la mano y me llevó a otra parte, mientras yo lloraba al verla llorar a ella. Y es que, en aquella edad, no podía ciertamente comprender cuán grande desgracia es la pérdida del padre.

Éste hecho sumió a la familia en una gran consternación.

Penuria económica

Había que mantener a cinco personas y las cosechas de aquel año, nuestro único recurso, se perdieron por causa de una terrible sequía. Los comestibles alcanzaron precios fabulosos. El trigo se pagó hasta 25 liras la hemina (igual a 23 litros); y el maíz a 16 liras. Algunos testigos contemporáneos me aseguran que los mendigos pedían con ansia un poco de salvado con que suplir el cocido de garbanzos o judías para alimentarse. Se encontraron personas muertas en los prados con la boca llena de hierbas, con las que habían intentado aplacar su hambre canina. Me contó mi madre muchas veces que alimentó a la familia mientras tuvo con qué hacerlo. Después entregó una cantidad de dinero a un vecino,

llamado Bernardo Cavallo para que fuese en busca de comestibles. Rondó éste por varios mercados, mas nada pudo encontrar ni a precios abusivos. Volvió al cabo de dos días, hacia el anochecer. Todos le esperaban, pero cuando dijo que volvía con el dinero en el bolsillo y que no traía nada, el miedo se apoderó de todos, ya que, dado el escaso alimento que habían tomado aquel día, eran de temer las funestas consecuencias del hambre para aquella noche. Mi madre, sin apurarse, pidió prestado a los vecinos algo que comer, pero ninguno pudo ayudarla.

—Mi marido —añadió entonces— me dijo antes de morir que tuviera confianza en Dios. Venid, hijitos míos, pongámonos de rodillas y recemos.

Tras una corta plegaria, se levantó y dijo:

—Para casos extraordinarios, medios extraordinarios.

Fue entonces a la cuadra, en compañía del señor Cavallo, mató un becerro y, haciendo cocer una parte a toda prisa, logró aplacar el hambre de la extenuada familia. Días más tarde pudo proveerse de cereales, traídos de muy lejos, a precios enormes.

Proponen a Margarita un nuevo matrimonio

Puede imaginarse lo que sufriría y se cansaría mi madre durante años tan calamitosos. Pero con trabajo infatigable y gran economía, sacando partido de los recursos más insignificantes, junto con alguna ayuda verdaderamente providencial, se pudo salvar aquella crisis de víveres. Mi propia madre me contó muchas veces estos hechos y me los confirmaron parientes y amigos.

Pasada aquella terrible penuria y alcanzada una mejor situación económica, alguien propuso a mi madre un matrimonio ventajoso, pero ella replicó siempre:

—Dios me dio un marido y me lo quitó. Tres hijos me dejó al morir, y yo sería una madre cruel si les abandonase en el preciso momento en que me necesitan.

Le dijeron que sus hijos quedarían bajo un buen tutor, el cual se ocuparía de todo.

—Un tutor —contestó la generosa mujer— es un amigo, mientras que la madre de mis hijos soy yo. No los abandonaré jamás, así me ofrezcan todo el oro del mundo.

Su mayor cuidado fue instruir a los hijos en la religión, enseñarles a obedecer y tenerlos ocupados en trabajos compatibles con su edad.

La primera confesión

Era yo muy pequeño, y ella misma me enseñaba a rezar. Cuando ya fui capaz de unirme a mis hermanos, me ponía con ellos de rodillas por la mañana y por la noche y todos, juntos rezábamos las oraciones y la tercera parte del rosario.

Recuerdo que ella me preparó para mi primera confesión. Me acompañó a la iglesia, se confesó antes que yo, me recomendó al confesor y después me ayudó a dar gracias. Siguió ayudándome hasta que me juzgó capaz de hacerlo dignamente yo solo.

A la escuela

Así llegué a los nueve años. Quería mi madre enviarme a la escuela, pero le asustaba la distancia, ya que estábamos a cinco kilómetros del pueblo de Castelnuovo. Mi

hermano Antonio se oponía a que fuera a la escuela. Se arbitró una solución: durante el invierno iría a clase a Capriglio, pueblecito próximo, donde aprendí a leer y a escribir. Mi maestro era un sacerdote muy piadoso, que se llamaba don José Lacqua; fue muy amable conmigo y puso mucho interés en mi instrucción y sobre todo en mi educación cristiana. Durante el verano contentaría a mi hermano trabajando en el campo.

Un sueño que enmarca una vida

Tuve por entonces un sueño, que me quedó profundamente grabado para toda la vida.

En el sueño me pareció estar junto a mi casa, en un paraje bastante espacioso, donde había reunida una muchedumbre de chiquillos en pleno juego. Unos reían, otros jugaban, muchos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, me metí enseguida en medio de ellos para hacerlos callar a puñetazos e insultos. En aquel momento apareció un hombre muy respetable, de varonil aspecto, noblemente vestido. Un blanco manto le cubría de arriba abajo. Su rostro era tan luminoso que no se podía fijar en él la mirada. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiendo estas palabras:

—Con golpes, no; sino que deberás ganarte a estos tus amigos con la mansedumbre y la caridad. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud. Aturdido y espantado, dije que yo era un pobre muchacho ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos muchachos. En aquel momento cesaron ellos en sus riñas, alborotos y blasfemias y rodearon al que hablaba. Sin casi saber lo que me decía, añadí:

—¿Quién sois vos para mandarme estos imposibles?

—Precisamente porque esto te parece imposible, debes convertirlo en posible con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

—¿En dónde? ¿Cómo podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra. Bajo su disciplina podrás llegar a ser sabio, pero sin Ella toda sabiduría se convierte en necedad.

—Pero ¿quién sois vos que me habláis de este modo?

—Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día.

—Mi madre me dice que no me junte con los que no conozco, sin su permiso. Decidme, por tanto, vuestro nombre.

—Mi nombre pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a él una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella refulgente. Ella, al verme cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase, y tomándome bondadosamente de la mano, me dijo:

—Mira.

Al mirar me di cuenta de que aquellos muchachos habían desaparecido. Y vi en su lugar una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales. La majestuosa Señora me dijo:

—He aquí tu campo, he aquí en donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas que ocurre en estos momentos con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos. Volví entonces la mirada, y en vez de los animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderillos que, haciendo fiestas al Hombre y a la Señora, seguían

saltando y balando a su alrededor.

En aquel momento, siempre en sueños, me eché a llorar. Pedí que se me hablase de modo que pudiera comprender, pues no alcanzaba a entender qué quería representar todo aquello. Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

—A su debido tiempo, todo lo comprenderás.

Dicho esto, un ruido me despertó y todo desapareció.

Quedé muy aturdido. Me parecía que tenía deshechas las manos por los puñetazos que había dado, y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas. Y, después, aquel personaje y aquella Señora llenaron mi mente de tal modo, con lo dicho y oído, que ya no pude reanudar el sueño aquella noche.

¿Capitán de bandoleros?

Por la mañana conté en seguida aquel sueño; primero a mis hermanos, que se echaron a reír, y luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José dijo: «Tú serás pastor de cabras, ovejas y otros animales». Mi madre: «¡Quién sabe si un día serás sacerdote!». Antonio, con dureza: «Tal vez capitán de bandoleros». Pero la abuela, analfabeta del todo, con ribetes de teólogo, dio la sentencia definitiva: «No hay que hacer caso de los sueños».

Yo era de la opinión de mi abuela. Pero nunca pude echar en olvido aquel sueño. Lo que expondré a continuación dará explicación de ello.

Yo no hablé más de esto, y mis parientes no le dieron la menor importancia. Pero cuando el año 1858 fui a Roma para tratar con el Papa sobre la Congregación Salesiana, él me hizo exponerle con detalle todas las cosas que tuvieran alguna apariencia de sobrenatural.

Entonces conté, por primera vez, el sueño que tuve de los nueve a los diez años. El Papa me mandó que lo escribiese literal y detalladamente y lo dejara para alentar a los hijos de la Congregación. Ésta era precisamente la finalidad de aquel viaje.

Los años fabulosos (1825 — 1835)

1. El pequeño saltimbanqui

Pequeño de estatura

Me habéis preguntado muchas veces a qué edad comencé a preocuparme de los niños. A los diez años hacía lo que era compatible con esa edad: una especie de oratorio festivo. Escuchad.

Era yo aún muy pequeño y ya estudiaba el carácter de mis compañeros. Miraba a uno a la cara, y ordinariamente descubría los propósitos que tenía en el corazón. Por eso los de mi edad me querían y me respetaban mucho. Todos me elegían para juez o para amigo. Por mi parte, hacía bien a quien podía, y mal a ninguno. Los compañeros me querían a su lado para que, en caso de pelea, me pusiera de su parte. Porque, aunque era pequeño de estatura, tenía fuerza y coraje para meter miedo a compañeros de mi edad. De tal forma que, si había pelea, disputas, riñas de cualquier género, yo era el árbitro de los contendientes, y todos aceptaban de buen grado la sentencia que dictaba.

Narrador de historias y cuentos

Pero lo que les reunía junto a mí y les arrebataba hasta la locura eran mis narraciones. Los ejemplos que oía en los sermones o en el catecismo, la lectura de libros, como Los Reales de Francia, Güerrín Mezquino, Bertoldo y Bertoldino, me prestaban argumentos.

Tan pronto me veían mis compañeros, corrían en tropel para que les contase algo, yo que apenas entendía lo que leía. A ellos se unían algunas personas mayores, y sucedía que a veces, yendo o viniendo de Castelnuovo, u otras en un campo o en un prado, me veía rodeado de centenares de personas. Acudían a escuchar a un pobre chiquillo que tenía un poquito de memoria. Estaba en ayunas de toda ciencia, por más que entre ellos pasase por un doctor. *En el país de los ciegos, el tuerto es rey*.

Durante el invierno, me reclamaban en los establos para que les contara historietas. Allí (el lugar más caliente de la casa) se reunía gente de toda edad y condición, y todos disfrutaban escuchando inmóviles durante cinco o seis horas al pobre lector de Los Reales de Francia, que hablaba como si fuera un orador, de pie sobre un banco para que todos le vieran y oyesen. Y como se decía que iban a escuchar el sermón, empezaba y terminaba las narraciones con la señal de la cruz y el rezo del avemaría (1826).

«Andaba y bailaba sobre la cuerda»

Durante la primavera, en los días festivos sobre todo, se reunían los del vecindario y algunos forasteros. Entonces la cosa iba más en serio. Entretenía a todos con algunos juegos que había aprendido de otros.

Había a menudo, en ferias y mercados, charlatanes y volatineros a quienes yo iba a ver. Observaba atentamente sus más pequeñas proezas y volvía a casa y las repetía hasta aprenderlas. Imaginaos los golpes, revolcones, caídas y volteretas a que me exponía vez por

vez.

¿Lo creeréis? A mis once años hacía juegos de manos, daba el salto mortal, hacía la golondrina, caminaba con las manos, andaba, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional. Por lo que se hacía los días de fiesta lo comprenderéis fácilmente. Había en I Becchi un prado en donde crecían entonces algunos árboles. Todavía queda un peral que en aquel tiempo me sirvió de mucho. Ataba a ese árbol una cuerda que anudaba en otro más distante. Después colocaba al lado una mesita con una bolsa y una alfombra en el suelo para dar los saltos.

Cuando todo estaba preparado y el público ansioso por lo que iba a seguir, entonces invitaba a todos a rezar la tercera parte del rosario, tras lo cual se cantaba una letrilla religiosa. Acabado esto, subía a una silla y predicaba o, mejor dicho, repetía lo que recordaba de la explicación del Evangelio que había oído por la mañana en la iglesia; o también contaba hechos y ejemplos oídos o leídos en algún libro. Terminado el sermón, se rezaba un poco y enseguida, venían las diversiones.

En aquel momento hubierais visto al predicador como antes dije, convertirse en un charlatán de profesión. Hacer la golondrina, ejecutar el salto mortal, caminar con las manos en el suelo y los pies en alto, echarme a continuación al hombro las alforjas y tragarme monedas para después sacarlas de la punta de la nariz de este o del otro espectador. Multiplicar pelotas y huevos, cambiar el agua en vino, matar y despedazar un pollo para hacerlo luego resucitar y cantar mejor que antes, eran los entretenimientos ordinarios.

Andaba sobre la cuerda como por un sendero, saltaba, bailaba, me colgaba, ora de un pie, ora de los dos; ya con las dos manos, ya con una sola.

Tras algunas horas de diversión, cuando yo estaba bien cansado, cesaban los juegos, se hacía una breve oración y cada cual volvía a su casa.

Quedaban fuera de estas reuniones los que hubieran blasfemado, hablado mal o no quisieran tomar parte en las prácticas religiosas.

Al llegar aquí, diréis algunos:

«Para ir a las ferias y mercados, para oír a los charlatanes, para preparar cuanto se necesita para tales diversiones, hace falta dinero. ¿De dónde salía?»

Yo podía proporcionármelo de mil diversos modos. Las moneditas que mi madre y otros me daban para divertirme o para golosinas, las propinas, los regalos, todo lo guardaba para eso. Tenía además una gran pericia para cazar pájaros con la trampa, la jaula, la liga y los lazos; y sabía mucho de nidos. Cuando había recogido unos cuantos, buscaba la manera de venderlos convenientemente. Las setas, las hierbas colorantes y el brezo, constituían para mí otra fuente de ingresos.

Vosotros me preguntaréis si mi madre estaba contenta de que yo llevase una vida tan disipada y de que perdiese el tiempo haciendo de saltimbanqui. Habéis de saber que mi madre me quería mucho y yo le tenía una confianza tan ilimitada, que no me hubiera atrevido a mover un pie sin su consentimiento. Ella lo sabía todo, todo lo observaba y me dejaba hacer. Es más, si necesitaba alguna cosa, me la proporcionaba con gusto. Los mismos compañeros y, en general, todos los espectadores, me daban de buena gana cuanto necesitaba para procurarles los ansiados pasatiempos.

2. Encuentros

La primera comunión

A la edad de once años fui admitido a la primera comunión. Me sabía entero el catecismo, pero de ordinario, ninguno era admitido a la primera comunión, si no tenía doce años. Además, a mí, dada la distancia (unos 5 Km.), no me conocía el párroco y me debía limitar exclusivamente a la instrucción religiosa de mi buena madre. Y como no quería que siguiera creciendo sin realizar este gran acto de nuestra santa religión, ella misma se las arregló para prepararme como mejor pudo y supo.

Me envió al catecismo todos los días de cuaresma. Después fui examinado y aprobado, y se fijó el día en que todos los niños debían cumplir con pascua (26 de marzo de 1826). Era imposible evitar la distracción en medio de la multitud. Mi madre procuró acompañarme varios días. Durante la cuaresma, me había ayudado a confesarme tres veces.

—Juanín —me repitió varias veces— Dios te va a dar un gran regalo. Procura prepararte bien, confesarte y no callar nada en la confesión. Confiésalo todo, arrepentido de todo, y promete a nuestro Señor ser mejor en lo porvenir.

Todo lo prometí. Si después he sido fiel, Dios lo sabe.

En casa me hacía rezar, leer un libro devoto y me daba además aquellos consejos que una madre ingeniosa tiene siempre a punto para bien de sus hijos.

Aquella mañana no me dejó hablar con nadie. Me acompañó a la sagrada mesa e hizo conmigo la preparación y acción de gracias, que el vicario, de nombre don José Sismondo, dirigía alternando con todos en alta voz.

No quiso que durante aquel día me ocupase en ningún trabajo material, sino que lo empleara en leer y en rezar.

Entre otras muchas cosas, me repitió mi madre muchas veces estas palabras:

—Querido hijo mío: éste es un día muy grande para ti. Estoy persuadida de que Dios ha tomado verdadera posesión de tu corazón. Prométele que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo, comulga con frecuencia, pero guárdate bien de hacer sacrilegios. Dilo todo en confesión; sé siempre obediente; ve de buen grado al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de los que tienen malas conversaciones.

Recordé los avisos de mi buena madre y procuré ponerlos en práctica. Me parece que desde aquel día hubo alguna mejora en mi vida, sobre todo en la obediencia y en la sumisión a los demás, que al principio me costaba mucho, ya que siempre quería oponer mis pueriles objeciones a cualquier mandato o consejo.

Me apenaba la falta de una iglesia o capilla adonde ir a rezar y a cantar con mis compañeros. Para oír un sermón o para ir al catecismo tenía que andar cerca de diez kilómetros entre ida y vuelta a Castelnuovo o a la aldea de Buttigliera. Por eso mis coterráneos venían gustosos a oír mis «sermones de saltimbanqui».

La santa misión

En aquel año de 1826, con motivo de una santa misión que hubo en la aldea de Buttigliera, tuve ocasión de oír varios sermones. La nombradía de los predicadores atraía a las gentes de todas partes. Yo mismo iba en compañía de otros muchos. Después de una instrucción y una meditación, al caer de la tarde los oyentes volvían a sus casas.

Una de aquellas tardes del mes de abril volvía a casa en medio de una gran multitud. Iba entre nosotros un tal don Juan Calosso, de Chieri, hombre muy piadoso, que, aunque curvado por los años, hacía aquel largo trecho de camino para ir a escuchar a los misioneros. Era el capellán de la aldea de Morialdo.

Una propina por cuatro palabras

Al ver a un muchacho de baja estatura, con la cabeza descubierta y el cabello recio y ensortijado, que iba con gran silencio en medio de los demás, puso sus ojos sobre mí y empezó a hablarme de esta manera:

—Hijo mío, ¿de dónde vienes? ¿Acaso has ido tú también a la misión?

—Sí, señor. He oído también los sermones de los misioneros.

—¡Pues sí que habrás podido entender mucho! De seguro que tu madre te hubiera predicado mejor. ¿No te parece?

—Es cierto. Mi madre me dice a menudo cosas muy bonitas. Pero eso no quita que yo no vaya con gusto a oír a los misioneros, y creo haberlos entendido muy bien.

—Si me dices cuatro palabras de los sermones de esta tarde, te doy una propina.

—Dígame si quiere que le hable del primer sermón o del segundo.

—Sobre el que quieras. Basta que me digas cuatro cosas. ¿Te acuerdas de qué trató el primer sermón?

—Trató de la necesidad de entregarse a Dios y de no dejar para más adelante la conversión.

—Pero, en resumen, ¿qué se dijo? —añadió el venerable anciano algo maravillado.

—Lo recuerdo bastante bien. Si quiere, se lo digo entero.

Y, sin más, comencé con el exordio, y seguí a continuación con los tres puntos, a saber: que el que difiere su conversión corre gran peligro de que le falte el tiempo, la gracia, o la voluntad. Él me dejó hablar por más de media hora, rodeado por toda la gente. Después empezó a preguntarme:

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Has ido mucho a la escuela?

—Me llamo Juan Bosco. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Mi madre es viuda, con cinco personas que mantener. He aprendido a leer y escribir un poco.

—¿Has estudiado la gramática latina?

—No sé qué es eso.

—¿Te gustaría estudiar?

—¡Muchísimo!

—¿Quién te lo impide?

—Mi hermano Antonio.

—¿Y por qué Antonio no te deja estudiar?

—Porque como a él no le gustaba ir a la escuela, dice que no quiere que otros pierdan el tiempo estudiando como él lo perdía. Pero, si yo pudiese ir, sí que estudiaría y no perdería el tiempo.

—¿Y para qué quisieras estudiar?

—Para hacerme sacerdote.

—¿Y por qué quieres ser sacerdote?

—Para acercarme a hablar y enseñar la religión a tantos compañeros míos que no son malos, pero que se hacen tales porque nadie se ocupa de ellos.

Mi franqueza y, diría, mi audacia en el hablar causó gran impresión en aquel santo sacerdote, que, mientras yo hablaba, no me quitaba los ojos de encima. Llegados entre tanto a un determinado punto del camino en que era menester separarnos, me dejó diciendo:

—¡Animo!, yo pensaré en ti y en tus estudios. Ven a verme con tu madre el domingo, y todo lo arreglaremos.

Cuánto vale un amigo fiel

Fui, en efecto, al domingo siguiente con mi madre. Y convinieron en que él mismo me daría clase un rato cada día, a fin de que trabajase el resto en el campo, para condescender con mi hermano Antonio. Éste se conformó fácilmente, ya que todo esto debía empezar después del verano, cuando ya no hay mucho trabajo en el campo.

Me puse enseguida en las manos de don Juan Calosso, que sólo hacía unos meses que había venido a aquella capellanía. Me di a conocer a él tal como era. Le manifestaba con naturalidad mis deseos, mis pensamientos y mis acciones. Esto le agradó mucho, porque así me podía guiar con más conocimiento de la realidad en lo espiritual y en lo temporal.

Y así conocí cuánto vale un director fijo, un amigo fiel del alma, pues hasta entonces no lo había tenido. Me prohibió enseguida, entre otras cosas, una penitencia que yo acostumbraba a hacer y que no era proporcionada a mi edad y condición. Me animó a frecuentar la confesión y comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación y un poco de lectura espiritual.

Los domingos pasaba con él todo el tiempo que podía. De este modo comencé a gustar la vida espiritual, ya que hasta entonces obraba más bien materialmente y como las máquinas que hacen las cosas sin saber por qué.

Hacia mediados de septiembre comencé los estudios de la gramática italiana, que aprendí pronto y practiqué con oportunas redacciones. Por Navidad empecé el Donato, y por Pascua ya traducía del latín al italiano, y viceversa.

Durante todo aquel tiempo no dejé los acostumbrados entretenimientos festivos en el prado, o en el establo durante el invierno. Todo cuanto mi maestro hacía o decía, la más mínima de sus palabras, me servía para entretener a mi auditorio.

Veía el cielo abierto, pues había logrado mis deseos. Pero una nueva tribulación, más aún, un grave infortunio echó abajo todas mis ilusiones.

3. Se acabó toda esperanza

Los libros y la azada

Mientras duró el invierno y los trabajos del campo no urgían, mi hermano Antonio dejó que me dedicara a las tareas de la escuela.

Pero, en cuanto llegó la primavera, comenzó a quejarse. Decía que él debía consumir su vida en trabajos pesados, mientras que yo perdía el tiempo haciendo el señorito. Hubo vivas discusiones conmigo y con mi madre. Se determinó, al fin, para tener paz en casa, que por la mañana iría temprano a la escuela, y el resto del día lo emplearía en trabajos materiales.

Pero ¿cómo estudiaría las lecciones? ¿Cuándo haría las traducciones?

Oíd. La ida y vuelta de la escuela me proporcionaba algún tiempo para estudiar. En cuanto llegaba a casa, agarraba la azada en una mano y en la otra la gramática, y camino del trabajo estudiaba: *qui, quae, quod,* etc., hasta que llegaba al tajo. Allí daba una mirada nostálgica a la gramática, la colocaba en un rincón, y me disponía a cavar, a escardar o a recoger hierbas con los demás, según necesidad.

A la hora en que los demás merendaban, yo me iba aparte, y mientras tenía en una mano el pan que comía, con la otra mano sostenía el libro y estudiaba. La misma operación hacía al volver a casa. Y para hacer mis deberes escritos, el único tiempo de que disponía era durante las comidas y las cenas, más algún hurto hecho al sueño.

Mas, a pesar de tanto trabajo y de tan buena voluntad, mi hermano Antonio no se daba por satisfecho. Un día, delante de mi madre y, después, delante de mi hermano José, dijo con tono imperativo:

—¡Ya he aguardado bastante! ¡Quiero acabar con tanta gramática!, yo me hice grande y fuerte y nunca vi un libro.

Dominado en aquel momento por el pesar y la rabia, respondí lo que no debía:

—¡Pues mal hecho! —le dije—. ¿No tienes ahí a nuestro burro que es más grande que tú y tampoco fue a la escuela? ¿Quieres ser tú como él?

A tales palabras se puso furioso y, gracias a mis piernas, que, por cierto, me solían obedecer bastante bien, pude ponerme a salvo de una lluvia de golpes y pescozones.

Un puñado de días felices

Mi madre estaba afligidísima. Yo lloraba. El capellán don Juan Calosso sentía gran pena. Aquel digno ministro del Señor, enterado de los conflictos de mi casa, me llamó un día y me dijo:

—Has puesto en mí tu confianza, y no quiero que esto sea en vano. Deja a ese bendito hermano tuyo, vente conmigo y tendrás un padre amoroso.

Comuniqué en seguida a mi madre la caritativa oferta, y hubo una gran alegría en la familia. Hacia el mes de abril comencé a vivir con el capellán de Morialdo, y sólo iba a casa por la noche, para dormir.

Nadie puede imaginar mi gran alegría. Don Juan Calosso se convirtió para mí en un

ídolo. Le quería más que a un padre, rezaba por él y le servía con ilusión en todo. Además era un placer tomarse molestias por él y, diría, dar la vida por complacerle.

Adelantaba más en un día con aquel sacerdote que una semana en casa. Y aquel hombre de Dios me apreciaba tanto, que me dijo varias veces:

—No te preocupes de tu porvenir, mientras yo viva, nada te ha de faltar. Y, si muero, también proveeré.

Don Juan Calosso se muere

Mis cosas marchaban con increíble suerte. Me consideraba feliz en todo y no deseaba nada del mundo, cuando un desastre truncó el camino de mis esperanzas.

Una mañana de abril de 1828, don Juan Calosso me mandó a un recado a mi casa. Apenas había llegado, cuando una persona, corriendo, jadeante, me indica que vuelva inmediatamente junto al sacerdote, pues había sido atacado de un mal grave y preguntaba por mí.

Más que correr, volé junto a mi bienhechor. Le encontré en la cama, privado del habla. Sufría un ataque apopléjico. Me conoció, quiso hablar, pero no pudo articular palabra. Me dio la llave del dinero, haciendo gestos de que no la entregase a nadie.

Tras dos días de agonía, el alma de aquel santo sacerdote volaba al seno del Creador. Con él morían todas mis esperanzas. Siempre he rezado por aquel mi insigne bienhechor, y jamás dejaré de hacerlo mientras viva.

Llegaron los herederos de don Juan Calosso y les entregué la llave y todo lo demás.

4. Veinte kilómetros para ir a la escuela

Un seminarista de ojos brillantes

Aquel año, la divina Providencia me relacionó con un nuevo bienhechor: don José Cafasso, de Castelnuovo de Asti.

Era el segundo domingo de octubre de 1827, y celebraban los habitantes de Morialdo la maternidad de la Santísima Virgen. Era la solemnidad principal de la población. Unos estaban en las faenas de la casa o de la iglesia, mientras otros se convertían en espectadores o tomaban parte en juegos y pasatiempos diversos.

A uno solo vi alejado de todo espectáculo, Era un seminarista, pequeño de estatura, de ojos brillantes, aire afable y rostro angelical. Se apoyaba contra la puerta de la iglesia. Quedé como subyugado con su figura, y aunque yo rozaba apenas los doce (quince) años, sin embargo, movido por el deseo de hablarle, me acerqué y le dije:

—Señor cura, ¿quiere ver algún espectáculo de nuestra fiesta? Yo le acompañaré con gusto adonde desee.

Me hizo una señal para que me acercase y empezó a preguntarme por mis años, por mis estudios; si había recibido la primera comunión, con qué frecuencia me confesaba, a dónde iba al catecismo y cosas semejantes. Quede como encantado de aquella manera edificante de hablar, respondí gustoso a todas las preguntas; después, casi para agradecer su amabilidad, repetí mi ofrecimiento de acompañarle a visitar cualquier espectáculo o novedad.

—Mi querido amigo —dijo él—: los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de la iglesia. Cuanto más devotamente se celebran, tanto más agradables resultan. Nuestras novedades son las prácticas de la religión, que son siempre nuevas, y por eso hay que frecuentarlas con asiduidad. Yo sólo espero a que abran la iglesia para poder entrar.

Me animé a seguir la conversación y añadí:

—Es verdad lo que usted dice. Pero hay tiempo para todo: tiempo para la iglesia y tiempo para divertirse.

Él se puso a reír. Y terminó con estas memorables palabras, que fueron como el programa de las acciones de toda su vida:

—Quien abraza el estado eclesiástico se entrega al Señor, y nada de cuanto tuvo en el mundo debe preocuparle, sino aquello que puede servir para la gloria de Dios y provecho de las almas.

Entonces, admiradísimo, quise saber el nombre del seminarista, cuyas palabras y porte publicaban tan a las claras el espíritu del Señor. Supe que era el clérigo José Cafasso, estudiante del primer curso de teología, del cual ya había oído hablar en diversas ocasiones como de un espejo de virtudes.

Porvenir incierto

La muerte de don Juan Calosso fue para mí un desastre irreparable. Lloraba sin consuelo por el bienhechor fallecido. Cuando estaba despierto pensaba en él. Soñaba con él

cuando dormía. Tan adelante fueron las cosas, que mi madre, temiendo por mi salud, me mandó por algún tiempo con mi abuelo a Capriglio.

En aquel tiempo tuve otro sueño. En él se me reprendía ásperamente por haber puesto mi esperanza en los hombres y no en la bondad del Padre celestial.

Mientras tanto, yo pensaba siempre en adelantar en los estudios. Veía a varios buenos sacerdotes que trabajaban en el sagrado ministerio; pero no podía acomodarme a un trato familiar con ellos. Me ocurrió a menudo encontrarme por la calle con mi párroco y su vicario. Los saludaba desde lejos y, cuando estaba más cerca, les hacía una reverencia. Pero ellos me devolvían el saludo de un modo seco y cortés y seguían su camino. Muchas veces, llorando, decía para mí y también a los otros:

—Si yo fuera cura, me comportaría de otro modo. Disfrutaría acercándome a los niños, conversando con ellos, dándoles buenos consejos. ¡Qué feliz sería si pudiese charlar un poco con mi párroco! Con don Juan Calosso tenía esta suerte. ¡Y que ahora no la tenga ya!

Mi madre, viéndome siempre afligido a causa de las dificultades que se oponían a mis estudios, desesperando de obtener el consentimiento de Antonio, que ya pasaba de los veinte años, determinó hacer la división de los bienes paternos. Había una gran dificultad, ya que José y yo éramos menores de edad y precisaba hacer muchas diligencias y soportar gastos considerables. Con todo, en poco tiempo se realizó aquella determinación.

Así que la familia se redujo a mi madre y a mi hermano José, que quiso vivir conmigo sin dividir las partes. Mi abuela había muerto hacía unos años (11 febrero 1826).

Cierto que, con aquella división, se me quitaba un gran peso de encima y se me daba plena libertad para seguir los estudios. Mas, para cumplir las formalidades de la ley se precisaron varios meses, con lo que no pude ir a las escuelas públicas de Castelnuovo hasta cerca de Navidad de 1828, cuando yo tenía trece años.

Juan Roberto sastre y cantor

La entrada en una escuela pública, con un maestro nuevo, después de haber estudiado en privado, fue para mí desconcertante. Tuve casi que comenzar la gramática italiana para pasar luego a la latina.

Durante algún tiempo iba desde casa todos los días a la escuela del pueblo; pero en lo más crudo del invierno me resultaba casi imposible. Entre las dos idas y las dos vueltas hacía casi cerca de veinte kilómetros al día.

Así que me pusieron a pensión con un buen hombre que se llamaba Juan Roberto, sastre de profesión, muy aficionado al canto gregoriano y a la música vocal.

Como yo tenía bastante buena voz, me di con ardor al arte musical, de modo que en pocos meses logré formar parte del coro y ejecutar los solos con éxito.

Deseando además ocupar las horas libres con alguna otra cosa, me puse a hacer de sastre. En poquísimo tiempo aprendí a pegar botones, a hacer ojales, costuras simples y dobles. Aprendí a cortar calzoncillos, camisas, pantalones, chalecos, y me parecía que ya era todo un señor sastre.

Mi amo, al verme adelantar en su oficio, me hizo propuestas bastante ventajosas para que me quedara a trabajar definitivamente con él. Pero mis planes eran muy otros: yo quería adelantar en los estudios. Por eso, mientras me ocupaba en muchas cosas para evitar el ocio, hacía todos los esfuerzos posibles para alcanzar el fin principal.

Un grupo de amigos

Durante aquel año tropecé con algún peligro por parte de ciertos compañeros. Querían llevarme a jugar durante las horas de clase y, como yo sacara la excusa de que no tenía dinero, me sugerían la forma de reunirlo robando a mi amo y también a mi madre. Para animarme a ello, me decía uno:

—Amigo, ya es hora de que despiertes. Hay que aprender a vivir en este mundo. Quien tiene los ojos vendados no sabe por dónde camina. Ea, apáñate para tener dinero, y también tú gozarás de las diversiones de tus compañeros.

Recuerdo que respondí así:

—No entiendo lo que quieres decir. Me parece que con tus palabras me aconsejas el juego y el robo. Pero ¿tú no rezas cada día: el séptimo, no hurtar? El que roba es un ladrón, y los ladrones acaban mal. Además que mi madre me quiere mucho, y si le pido dinero para cosas que no estén mal, me lo dará. Sin su permiso nunca he hecho nada; no quiero comenzar ahora a desobedecerla. Si tus compañeros hacen esto, no son buenos. Si no lo hacen, y lo aconsejan a los otros, son unos granujas y unos malvados.

Estas palabras corrieron de boca en boca, y nadie se atrevió a hacerme tan indignas propuestas. Es más, mi respuesta llegó a oídos del profesor, que desde entonces me apreció más. Lo supieron también los padres de muchos jovencitos, y aconsejaban por esto a sus hijos que viniesen conmigo. De esta forma pude fácilmente elegir un grupo de amigos que me querían y obedecían como los de Morialdo.

Mis cosas iban tomando muy buen cariz, cuando un nuevo incidente vino a trastornarlas. El señor Virano, mi profesor, fue nombrado párroco de Mondonio, en la diócesis de Asti. En abril de aquel año 1831, nuestro querido maestro tomaba posesión de su parroquia y le sustituía otro (Nicolás Moglia), que, con su incapacidad para la disciplina, casi echó a perder cuanto había aprendido en los meses anteriores.

5. Las escuelas de Chieri: tres cursos en un año

Volver a empezar desde el principio

Después de perder tanto tiempo, finalmente se tomó la decisión de que fuera a Chieri para dedicarme seriamente al estudio. Era el año 1831 (3 de noviembre).

Quien se ha criado entre bosques y no ha visto más que un pueblecillo provinciano, queda muy impresionado ante cualquier novedad.

Estaba de huésped en casa de una paisana: Lucía Matta, viuda con un solo hijo, la cual vivía en aquella ciudad para atenderle y vigilarle.

La primera persona a quien conocí fue al sacerdote don Eustaquio Valimberti, de santa memoria. Él me dio muchos y buenos consejos para mantenerme alejado de los peligros. Me invitaba a ayudarle a misa, lo que le daba ocasión para hacerme algunas sugerencias. El mismo me presentó al delegado de estudios de la escuela, y me hizo trabar conocimiento con otros profesores.

Como los estudios hechos hasta entonces eran de todo un poco, que equivalían a casi nada, me aconsejaron entrar en la clase sexta (que hoy correspondería a un cuarto de básica).

El maestro de entonces, don Valeriano Pugnetti, también de grata memoria, tuvo para conmigo mucha caridad. Me ayudaba en la escuela, me invitaba a ir a su casa y, compadecido de mi edad y de mi buena voluntad, no ahorraba nada de cuanto pudiera ayudarme.

Por mi edad y mi corpulencia (dieciséis años cumplidos) parecía un pilastrón en medio de mis compañeros, aún niños.

Ansioso de sacarme de aquella situación, después de estar dos meses en la clase sexta y habiendo conquistado el primer puesto, fui admitido a examen para pasar a la clase quinta.

Entré con gusto en la nueva clase, porque los condiscípulos eran algo mayores y tenía además como profesor al querido don Eustaquio Valimberti.

Dos meses después, tras haber logrado varias veces ser el primero de la clase, fui admitido a otro examen por vía de excepción, y pasé así a la clase cuarta (que correspondería al sexto de básica).

El profesor de esta clase era José Cima, hombre severo en la disciplina. Cuando vio comparecer en su aula, a mitad de curso, a un alumno tan alto y corpulento como él, dijo bromeando delante de todos:

—He aquí un enorme talento o un topo. ¿Qué opináis?

Aturdido ante tal presentación, respondí:

—Algo de las dos cosas. Un pobre muchacho que tiene buena voluntad para cumplir su deber y progresar en los estudios.

Estas palabras fueron de su agrado y respondió con insólita afabilidad:

—Si usted tiene buena voluntad, ha caído en buenas manos; no le dejaré sin trabajo. Anímese y, si alguna dificultad encuentra, dígamelo en seguida, que yo se la allanaré.

Se lo agradecí de corazón.

Un día me olvidé un libro

Hacía dos meses que estaba en aquella clase cuando ocurrió un pequeño incidente que dio algo que hablar sobre mí. Explicaba un día el profesor la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Aquel día no tenía yo mi libro y, para disimular mi olvido, sostenía abierto ante mí el Donato.

Los compañeros se dieron cuenta de ello. Empezó uno a reír, siguió otro, hasta que cundió el desorden en la clase.

—¿Qué sucede? —dijo el profesor—; ¿qué sucede? Díganlo en seguida.

Y como todas las miradas se dirigiesen hacia mí, me mandó hacer la construcción gramatical del párrafo y repetir su misma explicación. Me puse de pie y, siempre con la gramática en la mano, repetí de memoria el texto, la construcción gramatical y la explicación. Los compañeros, casi instintivamente, aplaudieron, entre gritos de admiración.

Imposible explicar el furor del profesor, ya que era aquélla la primera vez en que, según él, le fallaba la disciplina. Me largó un pescozón, que esquivé agachando la cabeza. Después, con la mano sobre mi Donato, hizo explicar a los vecinos la razón de aquel desorden. Ellos dijeron:

—Bosco, con el Donato en las manos, ha leído y explicado como si tuviera el libro de Cornelio Nepote. Reparó el profesor en el libro sobre el que había apoyado la mano, me hizo continuar la «lectura» dos períodos más y después me dijo:

—Le perdono su olvido por su feliz memoria. Es usted afortunado. Procure servirse bien de ella.

Al fin de aquel año escolar, 1831-32, pasé, con buenas calificaciones, al tercer curso (séptimo de EGB).

6. La sociedad de la Alegría

Aprende por sí mismo

En estas cuatro primeras clases aprendí, bien que a mi costa, a tratar con los compañeros.

Yo les tenía divididos en tres categorías: buenos, indiferentes y malos. A estos últimos debía evitarlos del todo y siempre, apenas los localizara. Con los indiferentes bastaba un trato de cortesía y convivencia. Con los buenos podía entablar amistad, siempre y cuando fueran verdaderamente tales.

Como en la ciudad no conocía a ninguno, me impuse la regla de no tener familiaridad con nadie. Sin embargo, hube de luchar, y no poco, con los que no conocía del todo. Unos se empeñaban en llevarme al teatro, otros al juego, algunos a nadar. Incluso a robar fruta por los huertos o en el campo. Hasta hubo un descarado que me aconsejó que robara a mi patrona un objeto de valor para comprarnos caramelos.

Me fui liberando de aquella caterva de desgraciados, huyendo totalmente de su compañía tan pronto como los descubría. De ordinario respondía que mi madre me había confiado a mi patrona y que por el mucho cariño que mi madre le tenía, yo no quería ir a ninguna parte ni hacer nada sin el consentimiento de la buena Lucía, que ése era su nombre.

Mi fiel obediencia a la señora Lucía me resultó útil; porque por ello me confió con gran placer a su único hijo, de carácter vivaracho, muy amigo de jugar y poco de estudiar. Me encargó le repasara las lecciones, aun cuando era de un curso superior al mío.

Yo me preocupé de él como de un hermano. Por las buenas, con algún regalillo, con entretenimientos caseros y, sobre todo llevándolo a las funciones religiosas, le hice bastante dócil, aplicado y obediente, al extremo de que, al cabo de seis meses, era ya tan bueno y aplicado que complacía al profesor hasta el punto de obtener premios de honor en la clase. La madre quedó tan satisfecha que, en pago, me perdonó del todo la pensión mensual.

Capitán de un pequeño ejército

Y como quiera que los compañeros que querían arrastrarme al desorden eran los más descuidados en sus deberes, también ellos empezaron a venir conmigo, para que hiciera el favor de dictarles o prestarles los apuntes escolares.

Disgustó tal proceder al profesor, pues mi equivocada benevolencia favorecía su pereza. Y me lo prohibió severamente.

Acudí entonces a un medio más ventajoso, es decir, explicarles las dificultades y ayudar también a los más atrasados. Así agradaba a todos y me ganaba el bien querer y el cariño de los compañeros. Empezaron a venir para jugar, luego para oír historietas y para hacer los deberes escolares y, finalmente, venían porque sí, como los de Morialdo y Castelnuovo.

Para darles algún nombre, acostumbrábamos a denominar aquellas reuniones Sociedad de la Alegría. El nombre venía al pelo, ya que era obligación estricta de cada uno buscar buenos libros y suscitar conversaciones y pasatiempos que pudieran contribuir a

estar alegres. Por el contrario, estaba prohibido todo lo que ocasionara tristeza, de modo especial las cosas contrarias a la ley del Señor. En consecuencia, era inmediatamente expulsado de la Sociedad el blasfemo, el que pronunciase el nombre de Dios en vano o tuviera conversaciones malas.

Así colocado a la cabeza de una multitud de compañeros, se pusieron de común acuerdo estas bases:

Todo miembro de la Sociedad de la Alegría debe evitar toda conversación y toda acción que desdiga de un buen cristiano.

Exactitud en el cumplimiento de los deberes escolares y religiosos.

Todo esto contribuyó a granjearme el aprecio, al extremo de que en 1832 mis compañeros me honraban como a capitán de un pequeño ejército. Me reclamaban por todas partes para animar las diversiones, hacerme cargo de alumnos en sus propias casas, y también para dar clase y hacer repasos a domicilio.

De este modo me facilitaba la divina Providencia la adquisición de cuanto necesitaba para ropas, objetos de clase y demás, sin ocasionar ninguna molestia a mi familia.

7. Días de alegría y de escuela

«Si no tienes un amigo que te corrija, paga a un enemigo»

Entre los que componían la Sociedad de la Alegría encontré a algunos verdaderamente ejemplares.

Merecen ser nombrados de entre ellos Guillermo Garigliano, de Poirino, y Pablo Braja, de Chieri. Éstos tomaban parte con gusto en los juegos, con tal que primero se hicieran los deberes escolares. A los dos les gustaba el retiro y la piedad, y constantemente me daban buenos consejos.

Los días festivos, después de la reunión reglamentaria del colegio, íbamos a la iglesia de San Antonio, en donde los jesuitas tenían una catequesis estupenda, amenizada con algunos ejemplos, que aún guardo en la memoria.

Durante la semana, la Sociedad de la Alegría se reunía en casa de uno de los socios para hablar de religión. A esta reunión iba libremente el que quería. Garigliano y Braja eran de los más asiduos.

Nos entreteníamos un poco en amenos recreos, con charlas piadosas, lecturas religiosas, oraciones, dándonos buenos consejos y avisándonos de los defectos personales que uno hubiese observado o de los que hubiera oído hablar a alguien.

Sin que entonces lo supiese, practicábamos aquel aviso sublime: *«Dichoso quien tiene un monitor*», y aquello de Pitágoras: *«Si no tienes un amigo que te corrija las faltas, paga un enemigo para que te haga este servicio*»..

Una sola palabra en broma bastaba…

A más de estos amistosos entretenimientos, íbamos a oír sermones, a confesarnos y a recibir la santa comunión.

Bueno será os recuerde aquí que en aquel tiempo, la religión formaba parte fundamental de la educación. Al profesor que, aun en broma, dijera una palabra indecorosa o irreverente, se le privaba inmediatamente del cargo. Y si eso sucedía con los profesores, ¡imaginad la severidad que se empleaba con los alumnos indisciplinados y escandalosos!

Todos los días de la semana se oía la santa misa. Al empezar la clase se rezaba devotamente el ofrecimiento de obras, seguido del avemaría. Al acabar, la acción de gracias, seguida también del avemaría.

Los días festivos se reunían los alumnos en la iglesia de la congregación. Mientras llegaban los jóvenes se hacía una lectura espiritual, a la que seguía el oficio de la Virgen. Después la misa y luego la explicación del Evangelio. Por la tarde, catecismo, vísperas e instrucción.

Todos debían recibir los santos sacramentos, y para impedir la negligencia en tan importantes deberes, había obligación de presentar, una vez al mes, la cédula de confesión. Quien no hubiese cumplido con este deber, no podía presentarse a exámenes de fin de curso, aunque fuera de los primeros de la clase.

Esta severa disciplina producía maravillosos efectos. Se pasaban los años sin oír una

blasfemia o una mala conversación. Los alumnos eran dóciles y respetuosos, en clase y en casa. Sucedía a menudo que en las clases, numerosísimas por cierto, aprobaban todos al fin de curso. Mis condiscípulos de tercero, cuarto y quinto aprobaron todos.

Un canónigo simpático

Para mí, el acontecimiento más importante fue la elección de un confesor fijo en la persona del doctor Maloria, canónigo de la colegiata de Chieri. Me recibía siempre con bondad, cuantas veces iba a él. Es más, me animaba a confesar y comulgar con la mayor frecuencia. Era raro encontrar quien animase a la frecuencia de los sacramentos. No recuerdo que ninguno de mis maestros me lo aconsejase.

El que iba a confesar y comulgar más de una vez al mes, era tenido por uno de los más virtuosos, y muchos confesores no lo permitían. Yo creo que debo a mi confesor el no haber sido arrastrado por los compañeros a ciertos desórdenes que los jóvenes inexpertos han de lamentar muy a menudo en los grandes centros escolares.

Durante estos años no olvidé a mis amigos de Morialdo. Mantuve siempre relación con ellos, y de cuando en cuando los visitaba los jueves. En las vacaciones de otoño, apenas sabían de mi llegada, venían a mi encuentro desde lejos, y siempre la convertían en una auténtica fiesta.

También entre ellos se introdujo la Sociedad de la Alegría. Se apuntaban en ella todos los que durante el año se habían distinguido por su conducta moral. Por el contrario, se daba de baja a los que se hubiesen portado mal, sobre todo si habían blasfemado o sostenido malas conversaciones.

8. Encuentro con Luis Comollo

El riesgo de un suspenso

Terminada la enseñanza básica, nos visitó el abogado y profesor don José Gozzani, Magistrado de la Reforma, y hombre de muchos méritos.

Fue muy benévolo conmigo. Me quedó tan buen recuerdo de él y sentí por él tal gratitud, que de allí arrancaron la amistad y trato íntimo que siempre mantuvimos. Aquel bonísimo sacerdote vive todavía (1873) en Moltedo Superior, cerca de Oneglia, lugar de su nacimiento. Entre sus muchas obras de caridad, fundó una beca en nuestro colegio de Alassio (1 de marzo de 1872) para un jovencito que desee seguir la carrera eclesiástica.

Aquellos exámenes fueron muy rigurosos. Sin embargo, mis cuarenta y cinco condiscípulos pasaron todos a la clase superior, que corresponde al último curso de básica. Yo estuve a punto de ser suspendido, por haber dejado copiar el tema a otro. Si aprobé, se lo debo a la protección de mi venerado profesor, el padre Giusiana, dominico, que logró pudiese hacer un nuevo ejercicio, el cual me salió tan bien que obtuve la máxima calificación.

Había entonces la saludable costumbre de que en cada curso el municipio premiase al menos a un alumno con la dispensa de la matrícula, que era de doce liras. Para obtener este favor era preciso sacar sobresaliente en los exámenes y en la conducta moral. A mí me favoreció siempre la suerte; así que en todos los cursos estuve libre de pago.

Aquel año perdí uno de los compañeros más queridos. El muchacho Pablo Braja, mi querido e íntimo amigo, tras una larga enfermedad, modelo acabado de piedad, de resignación y de fe viva, moría el día… del año… (10 de julio 1832), marchándose así a juntarse con San Luis, de quien se mostró devoto fiel toda su vida.

Fue una pena para todo el colegio. A su entierro asistieron todos los compañeros. Y muchos, durante largo tiempo, iban los días de vacación a comulgar, a rezar el oficio de la Santísima Virgen o la tercera parte del rosario por el eterno descanso del alma del amigo fallecido.

Mas Dios se dignó compensar esta pérdida con otro compañero de la misma virtud, pero aún más notable por sus obras. Éste fue Luis Comollo, del cual hablaré en seguida.

«A patadas y bofetones»

Terminé, pues el año de humanidades (último de básica) con bastante éxito, en forma tal que mis profesores, especialmente el doctor Pedro Banaudi, me aconsejaron pidiera examen para pasar a filosofía; y lo aprobé; pero como me gustaba el estudio de las letras, pensé que me iría bien seguir los estudios con regularidad y hacer la retórica en el curso 1834-35.

Precisamente aquel año comenzaron mis relaciones con Comollo.

La vida de este excelente compañero ya fue escrita aparte, y la pueden leer todos cuando quieran. Anotaré aquí un hecho que fue ocasión de que le conociera entre los estudiantes de humanidades.

Se comentaba entre los alumnos de nuestro curso que en aquel año se nos añadiría un alumno santo. Y se decía que era sobrino del cura de Cinzano, sacerdote anciano y muy conocido por su santa vida. Yo deseaba conocer al joven, mas no sabía su nombre. Un suceso me lo puso al alcance.

Estaba muy en boga entonces el peligroso juego del *fil* derecho a la hora de entrar en la escuela. Los más disipados y menos amigos del estudio eran de ordinario los que más afición le tenían.

Hacía algunos días que veía a un tímido joven, como de unos quince años, que, al llegar a la escuela, escogía un lugar y, sin preocuparse del griterío de los demás, se ponía a leer o estudiar.

Un compañero insolente se le acercó, le tomó por un brazo y pretendía que también él se pusiera a saltar.

—No sé —respondió el otro humildemente y mortificado—. No sé; nunca he jugado a estos juegos.

—Pues has de venir. De lo contrario te obligaré yo a patadas y bofetones.

—Puedes pegarme lo que quieras, pero no sé. No puedo y no quiero.

El mal educado y perverso condiscípulo, agarrándolo por el brazo, lo arrastró y le dio un par de bofetones, que resonaron por toda la escuela. Ante aquel espectáculo sentí hervir la sangre en mis venas. Esperaba que el ofendido, lógicamente, se vengase, tanto más cuanto que el ultrajado era mucho mayor que el otro en estatura y en edad. Pero cuál no fue mi maravilla cuando el joven desconocido, con la cara enrojecida y casi lívida, echando una mirada de compasión a su ofensor, le dijo solamente:

—Si con esto te das por satisfecho, dalo por terminado. Yo te perdono.

Aquel acto heroico dejó en mí ganas de saber su nombre: era Luis Comollo, sobrino del cura de Cinzano, de quien tantos encomios se habían oído.

¡Vaya garrote!

Desde entonces le tuve por amigo íntimo, y puedo decir que de él aprendí a vivir como buen cristiano. Puse toda mi confianza en él, y él en mí. Nos necesitábamos mutuamente. Yo necesitaba su ayuda espiritual, y él la mía corporal. Comollo, por su gran timidez, nunca intentaba la propia defensa ni contra los insultos de los malos. Yo, en cambio, era temido por todos los compañeros, aun mayores de edad y estatura, por mi fuerza y coraje.

Lo había hecho patente un día con ciertos individuos que querían burlarse de Comollo y pegarle, lo mismo que a otro muchacho llamado Antonio Candelo, el caso clásico de chico bonachón. Quería yo intervenir en favor de ellos, y la ocasión no se hizo esperar. Viendo un día a aquellos inocentes maltratados, dije en alta voz:

—¡Ay de los que se burlen de éstos!

Muchos de los más altos y descarados se juntaron en defensa común, amenazándome a mí mismo, al tiempo que sonaban dos bofetadas en la cara de Comollo. En aquel instante me olvidé de mí mismo. Echando mano, no de la razón, sino de la fuerza bruta, al no encontrar a mi alcance ni una silla ni un palo, agarré por los hombros a un condiscípulo y me serví de él como de un garrote para golpear a mis enemigos.

Cuatro cayeron tendidos por el suelo, y los otros huyeron gritando y pidiendo socorro.

Mas… ¡ay! En aquel momento entró en el aula el profesor, y, al ver por el aire brazos y piernas en medio de un vocerío de padre y muy señor mío, se puso a gritar dando bofetadas a derecha e izquierda.

Iba a descargar la tempestad sobre mí, pero hizo que le contaran antes la causa del jaleo. Entonces dispuso que se repitiera la escena o, mejor, la prueba de aquella mi fuerza. Rio el profesor, rieron todos los alumnos, y fue tal la admiración, que no se pensó más en el castigo que me había merecido.

«Estás tan atento en tratar a los hombres…»

Comollo me daba lecciones muy diferentes. Apenas pudimos hablar a solas me dijo:

—Amigo mío, me espanta tu fuerza. Créeme, Dios no te la dio para destrozar a tus compañeros. Él quiere que nos amemos los unos a los otros, que nos perdonemos y devolvamos bien a los que nos hacen mal.

Admirado de la caridad de mi amigo, me puse en sus manos, dejándome guiar a donde quería y como quería.

De acuerdo con él y con mi amigo Garigliano, íbamos juntos a confesar, comulgar y hacer la meditación, la lectura espiritual, la visita al Santísimo y a ayudar la santa misa. Luis sabía insinuarse con tanta bondad, dulzura y cortesía que era imposible rechazar sus invitaciones. Recuerdo que un día, conversando con un compañero, pasé de largo por delante de una iglesia sin descubrirme la cabeza. Él me dijo en seguida con gracia:

—Juan, estás tan atento en tratar a los hombres que te olvidas hasta de la casa del Señor.

9. Diversos sucesos

Mocito de café

Tras estos detalles de la vida escolar, contaré algunos sucesos que pueden servir de amena diversión.

El año de humanidades cambié de pensión. Así podía estar más cerca de mi profesor don Pedro Banaudi, y condescender con un amigo de mi familia, llamado Juan Pianta, que abría aquel año un café en la ciudad de Chieri.

Aquel hospedaje era ciertamente bastante peligroso. Pero viviendo con medios cristianos y continuando las relaciones con compañeros ejemplares, pude seguir adelante sin daños morales.

Los deberes escolares me dejaban mucho tiempo libre, que dedicaba, en parte, a leer los clásicos italianos y latinos, y, en parte, a fabricar licores y confituras. Al cabo de medio año estaba en condiciones de preparar café y chocolate, y dominaba los secretos y las fórmulas que me permitían confeccionar toda clase de dulces, licores, helados y refrescos.

Mi amo comenzó dándome albergue gratuito. Y, después, al considerar lo útil que podría serle para su negocio, me hizo proposiciones ventajosas con tal de que dejase todas las demás ocupaciones para dedicarme totalmente a aquel oficio. Pero yo trabajaba en ello sólo por gusto y diversión. Mi intención era la de seguir los estudios.

Una desgracia

El profesor Banaudi era un verdadero modelo de maestro. Había llegado a hacerse respetar y amar por todos los alumnos sin imponer nunca un castigo. Amaba a todos como a hijos, y ellos le correspondían como a un tierno padre.

Se determinó hacerle un regalo en el día de su fiesta onomástica para testimoniarle nuestro aprecio. A tal efecto acordamos preparar composiciones en prosa y en verso, y presentarle algunos obsequios que nosotros juzgamos serían de su agrado.

La fiesta resultó espléndida. No es para decir la alegría del maestro, que, para demostrarnos su satisfacción, nos llevó a comer al campo. Resultó un día felicísimo. Profesor y alumnos formaban un solo corazón y todos buscaban la manera de manifestar la alegría de su espíritu.

A la vuelta, antes de llegar a la ciudad de Chieri, el profesor se encontró con un forastero al que hubo de acompañar, dejándonos a nosotros solos durante un corto trecho de camino.

En aquel momento se acercaron algunos compañeros de clases superiores y nos invitaron a ir a bañarnos en un lugar llamado la Fuente Roja, que estaba a dos kilómetros y medio de Chieri.

Yo, con algunos compañeros más, me opuse, pero inútilmente. Algunos vinieron conmigo a casa, y los otros se empeñaron en irse a nadar.

¡Desgraciada determinación! Pocas horas después de llegar nosotros a casa, vinieron corriendo, espantados y jadeantes, primero uno y luego los demás, diciendo:

—¿Sabéis? Felipe N., el que tanto insistió para que fuéramos a nadar, se ha ahogado.

—¿Cómo? —preguntamos todos al primero—. ¡Pero si se le tenía por un gran nadador!

—¿Qué queréis que os diga? —siguió otro—. Para animarnos a sumergirnos en el agua, confiando en su pericia y no conociendo los remolinos de la peligrosa Fuente Roja, se tiró el primero. Esperábamos que saliera a la superficie, pero nos equivocamos. Nos pusimos a gritar, vino gente, se emplearon muchos medios, y, después de hora y media, no sin arriesgarse alguno, se logró sacar fuera el cadáver.

Aquella desgracia causó en todos profunda tristeza. Ni aquel año, ni el siguiente (1835) se oyó hablar a nadie de ir a nadar.

Hace algún tiempo me encontré con alguno de aquellos antiguos amigos y recordamos con verdadero dolor la desgracia sufrida por el infeliz compañero en el remolino de la Fuente Roja.

10. Amistad con el judío Jonás

Crisis a los dieciocho años

Durante el año de humanidades, estando todavía en el café de Juan Pianta, entablé amistad con un joven hebreo llamado Jonás. Frisaba éste los dieciocho años. Era de hermosísimo aspecto y cantaba con una voz preciosa. Jugaba bien al billar.

Nos conocíamos de encontrarnos en la librería de un tal Elías. Apenas llegaba al café, preguntaba por mí. Yo le tenía gran cariño, y él, a su vez, sentía por mí una gran amistad. Rato libre que tenía, venía a pasarlo conmigo en mi aposento. Nos entreteníamos cantando, tocando el piano, leyendo y relatando mil historias.

Un día tomó parte en una reyerta, que podía acarrearle tristes consecuencias, por lo que corrió a aconsejarse conmigo. Yo le dije:

—Querido Jonás: si fueras cristiano, te acompañaría en seguida a confesarte; pero esto no te es posible.

—También nosotros vamos a confesarnos, si queremos.

—Vais a confesaros, pero vuestro confesor no está obligado al secreto, y no tiene poder para perdonar los pecados, ni puede administrar ningún sacramento.

—Si quieres acompañarme, iré a confesarme con un sacerdote.

—Yo te podría acompañar, pero se requiere una larga preparación.

—¿Cuál?

—La confesión perdona los pecados cometidos después del bautismo. Por lo tanto, si tú quieres recibir cualquier sacramento, se precisa recibir el bautismo primero.

—¿Qué debo hacer para recibir el bautismo?

—Instruirte en la religión cristiana, creer en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Entonces, sí podrías recibir el bautismo.

—¿Y qué ventajas me traería el bautismo?

—El bautismo te borra el pecado original y todos los pecados actuales, te abre la puerta para recibir otros sacramentos; en fin te hace hijo de Dios y heredero del paraíso.

—Entonces los judíos, ¿no nos podemos salvar?

—No, querido Jonás. Después de la venida de Jesucristo, los judíos no pueden salvarse sin creer en él.

—¡Pobre de mí si mi madre llega a enterarse de que quiero hacerme cristiano!

—No temas; Dios es el señor de los corazones, y si te llama para hacerte cristiano, él hará de modo que tu madre se conforme o proveerá de otro modo al bien de tu alma.

—Tú que me aprecias tanto, si estuvieras en mi lugar ¿qué harías?

—Empezaría por instruirme en la religión cristiana; mientras tanto, Dios abriría los caminos para cuanto deba hacerse en lo porvenir. Toma, pues, el catecismo elemental y empieza a estudiarlo. Ruega a Dios que te ilumine y te haga conocer la verdad.

El drama familiar

Desde aquel día empezó Jonás a aficionarse al estudio de la fe cristiana. Venía al

café y, después de echar una partida de billar, me buscaba para conversar sobre religión y catecismo.

En pocos meses aprendió la señal de la cruz, el padrenuestro, el avemaría, el credo y las verdades principales de la fe. Estaba contentísimo de ello y cada día que pasaba mejoraba en su conducta y en sus conversaciones.

Era huérfano de padre desde niño. La madre, de nombre Raquel, había tenido alguna vaga noticia de que el hijo se inclinaba a cambiar de religión, pero no sabía nada seguro.

La cosa se descubrió así. Un día, haciéndole la cama, encontró el catecismo que su hijo había dejado inadvertidamente entre el colchón y el jergón. Se puso a gritar por toda la casa, llevó el catecismo al rabino y, sospechando lo que sucedía, corrió a toda prisa en busca de Bosco, de quien había oído hablar muchas veces a su propio hijo.

Imaginaos el tipo de la misma fealdad y tendréis una idea de la madre de Jonás. Era tuerta, dura de oído, de nariz abultada, desdentada, labios gruesos, boca torcida y barbilla larga y puntiaguda. Tenía una voz que parecía un gruñido. Los judíos solían llamarla la *Bruja Lilí*, nombre con el que ellos indican lo más feo.

Su aparición me espantó, y antes de que pudiera rehacerme, empezó a decir:

—Sepa usted que se equivoca del todo. Usted ha sido el que pervirtió a mi Jonás. Lo ha deshonrado ante todos. No sé qué va a ser de él. Temo que se haga cristiano, y usted será el culpable.

Comprendí entonces quién era y de qué hablaba. Le expuse con toda calma que debía estar satisfecha y dar gracias a quien hacía el bien a su hijo.

—¿Qué bien? ¿Es que es algún bien hacerle a uno renegar de su religión?

—Cálmese, buena señora —le dije—, y escúchenle. Yo no he buscado a su hijo Jonás; nos hemos encontrado en la librería de Elías. Nos hicimos amigos sin saber cómo; él me, aprecia y yo le aprecio también mucho y, como amigo suyo de verdad, deseo que salve su alma y que pueda conocer la religión fuera de la cual no hay salvación para nadie. Advierta que yo le he dado un libro a su hijo, diciéndole únicamente que conozca nuestra religión y que, si él se hace cristiano, no abandona la religión hebrea, sino que la perfecciona.

—Si él se hace cristiano, deberá dejar a nuestros profetas, pues los cristianos no admiten a Abraham, Isaac y Jacob, ni a Moisés ni a los Profetas.

—Nosotros creemos en todos los santos patriarcas y en todos los profetas de la Biblia. Sus escritos, sus palabras y profecías constituyen el fundamento de la fe cristiana.

—Si estuviera aquí nuestro rabino, él sabría responderle. Yo no sé ni la Mishná ni la Gemará (las dos partes del Talmud); pero ¿qué será de mi pobre Jonás?

Dicho esto, se fue. Sería largo contar aquí los muchos ataques que me dirigieron la madre, el rabino y los parientes de Jonás. Y no hubo amenaza ni violencia que no empleasen también contra el animoso joven. Todo lo soportó y siguió instruyéndose en la fe.

Como peligraba su vida en familia, se vio obligado a abandonar su casa y vivió casi de limosna. Pero muchos le socorrieron. Y para que todo procediera con la debida prudencia, recomendé a mi amigo a un sabio sacerdote que le prodigó cuidados paternales.

Cuando estuvo bien instruido en religión y se decidió a hacerse cristiano, se celebró una gran fiesta, que fue de edificación para toda la ciudad y de estímulo para otros judíos, algunos de los cuales abrazaron más tarde el cristianismo.

Los padrinos fueron los esposos Carlos y Octavia Bertinetti, los cuales proveyeron

al neófito de cuanto necesitaba, de forma que, hecho cristiano, pudo ganarse honestamente el pan con su trabajo. El nombre que se le puso fue el de Luis.

11. Magia blanca

«Quemé mis composiciones»

Además de mis estudios y de diversos entretenimientos, como el canto, el piano, la declamación, el teatro, etc., a los que me entregaba con toda el alma, había aprendido otros varios juegos.

Los naipes, las bolas, las chapas, los zancos, los saltos, las carreras eran diversiones que me gustaban mucho y en las que, si no era consumado maestro, tampoco era mediocre.

Muchos los había aprendido en Morialdo, otros en Chieri; y si en los prados de Morialdo era un aprendiz principiante, ahora ya podía competir con profesionales. Todo esto maravillaba no poco, ya que, como en aquella época apenas se conocían tales habilidades, parecían cosas del otro mundo.

¿Qué decir de los juegos de manos? A menudo daba sesiones en público y en privado, y como la memoria me favorecía bastante, me sabía al pie de la letra grandes párrafos de los clásicos, particularmente en verso. Estaba tan familiarizado con Dante, Petrarca, Tasso, Parini, Monti y otros que podía citarlos a capricho como si fueran cosa mía. Por eso me resultaba realmente fácil improvisar sobre cualquier tema.

En aquellas diversiones, en aquellos espectáculos, a veces cantaba, a veces tocaba o componía versos que se tenían por obras de arte, pero que en realidad no eran más que trozos de autores adaptados al tema propuesto. Por eso, nunca di mis composiciones a otros, y alguna que escribí procuré echarla al fuego.

Juegos de manos

Crecía la maravilla con los juegos de manos. Ver salir de una cajita pelotas y más pelotas, todas más gordas que la misma caja. Sacar de una bolsita huevos y más huevos, eran cosas que dejaban a todos boquiabiertos.

Cuando me veían recoger las voluminosas pelotas en la punta de la nariz de los asistentes y adivinar el dinero de los bolsillos ajenos; cuando, sólo al tocar con los dedos, se reducían a polvo monedas de metal, o se hacía aparecer a todo el auditorio bajo un horrible aspecto y hasta sin cabeza, entonces algunos comenzaron a pensar si no sería yo un brujo, ya que no podía realizar tamañas cosas sin intervención del demonio.

Un pollo vivo en la cazuela

Contribuyó a acrecentar esta fama el amo de mi casa, Tomás Cumino. Era éste un fervoroso cristiano y hombre de buen humor. Yo me aprovechaba de su carácter y de su simpleza, para hacérselas de todos los colores.

Un día había preparado, con mucho cuidado, un pollo en gelatina para obsequiar a los huéspedes en su día onomástico. Llevó el plato a la mesa. Pero, al destaparlo, saltó afuera un gallo que, aleteando, cacareaba escandalosamente.

Otra vez preparó una cazuela de macarrones, y, después de haberlos cocido bastante

tiempo, cuando fue a echarlos en el plato salieron convertidos en puro salvado.

Muchas veces llenaba la botella de vino y, al echarlo en el vaso, lo encontraba agua clara; pero se decidía a beber aquella agua y se le había trocado otra vez en vino. Convertir las confituras en rebanadas de pan, el dinero de la bolsa en piezas inútiles de lata roñosa, el sombrero en cofia, y nueces y avellanas en saquito de guijarros, eran transmutaciones la mar de frecuentes.

El bueno de Tomás no sabía a qué carta quedarse.

—Los hombres —decía para sí— no pueden hacer tales cosas. Dios no pierde el tiempo en cosas inútiles. Luego el demonio anda de por medio.

Como no se atrevía a comentarlo con los de casa, se aconsejó con un sacerdote vecino, el reverendo Bertinetti. Y como éste también barruntase algo de magia blanca en todo aquello, decidió contárselo al Delegado del obispo en la escuela. Éste era por entonces un respetable eclesiástico, el canónigo Burzio, arcipreste y párroco de la catedral.

Éste, que era un señor muy instruido, piadoso y prudente, sin decir nada a nadie, me llamó «a dar explicaciones».

«Tú sirves al demonio o el demonio te sirve a ti»

Llegué a su casa mientras él rezaba el breviario, y, mirándome sonriente, me hizo sentar para que esperara un poco. Por fin me dijo que le siguiera a un saloncito, y una vez allí empezó a preguntarme con palabras corteses, pero con aspecto severo:

—Hijo mío, estoy muy contento de tu aplicación y de la conducta que has observado hasta ahora. Pero se cuentan ya tantas cosas de ti… Me dicen que conoces el pensamiento ajeno, que adivinas el dinero que los demás llevan en su bolsillo, que haces ver blanco lo negro y lo negro blanco, que conoces los hechos mucho antes de que sucedan y otras cosas por el estilo. Das mucho que hablar, y alguien ha llegado a sospechar que te sirves de la magia, y que en tus obras puede haber intervención del diablo. Dime, pues: ¿quién te enseñó todas estas ciencias? ¿Adónde fuiste a aprenderlas? Dímelo con toda confianza. Te doy mi palabra de que únicamente me serviré de ello para tu bien.

Con mucha naturalidad le pedí cinco minutos de tiempo para responder y le invité a que me dijera la hora exacta. Metió una mano en el bolsillo y no encontró el reloj.

—Si no tiene el reloj —añadí—, al menos deme una moneda de cinco céntimos. El canónigo registró todos los bolsillos, y no encontró el monedero.

—Bribón —empezó a gritar montando en cólera—, tú sirves al demonio, o el demonio te sirve a ti. Me has robado el reloj y el monedero. Ya no puedo callar; estoy obligado a denunciarte, y aún no sé cómo te aguanto y no te propino una paliza.

Pero, al contemplarme tranquilo y sonriente, se calmó un tanto y continuó:

—Bueno, vamos a tomar las cosas con calma. Ea, explícame tus misterios. ¿Cómo te las has arreglado para que mi reloj y mi monedero se escapasen de mi bolsillo sin darme cuenta? ¿Y adónde diablos han ido a parar esos objetos?

—Señor arcipreste —empecé a decirle respetuosamente—. Se lo explicaré en pocas palabras: todo es habilidad de manos, inteligencia previa o cosa preparada.

—¿Qué tiene que ver la inteligencia con esa desaparición de mi reloj y mi monedero?

—Se lo explico en dos palabras. Al llegar a su casa, estaba usted dando una limosna a una mendiga y dejó el monedero sobre un reclinatorio. Al pasar luego de una habitación a

otra, depositó el reloj en la mesita. Yo escondí ambas cosas, y, mientras usted pensaba que las llevaba consigo, resultó que estaban bajo esta pantalla.

Y así diciendo, levanté la pantalla y aparecieron los dos objetos que, según él, el demonio ya había llevado a otra parte.

Rióse mucho el buen canónigo; me pidió que le hiciera algunos otros juegos de destreza y, cuando supo cómo se hacían aparecer y desaparecer los objetos, quedó muy satisfecho, me hizo un regalo y concluyó:

—Ve y di a tus amigos que la ignorancia es el pasmo de los ingenuos.

12. Las olimpiadas de Juan Bosco

«A la velocidad de un tren»

Demostrado que en mis habilidades no había nada de magia, de nuevo me entregué a reunir a mis compañeros y a divertirme como antes.

Sucedió por entonces que algunos levantaban hasta las nubes a cierto saltimbanqui, que había dado un espectáculo público recorriendo a pie la ciudad de Chieri de punta a punta en dos minutos y medio, que es casi el mismo tiempo que emplea una locomotora a gran velocidad.

Sin medir las consecuencias de mis palabras, dije que yo me desafiaba con el charlatán. Un compañero imprudente fue a contárselo a él, y héteme metido en un desafío: *¡un estudiante desafía a un corredor de profesión*!

El lugar escogido fue la alameda de la Puerta de Turín. La apuesta era de veinte liras. Como yo no tenía tal cantidad, varios amigos que pertenecían a la Sociedad de la Alegría me ayudaron.

Asistía una enorme multitud.

Comenzó la carrera, y mi rival me tomó unos pasos de ventaja. Pero enseguida gané terreno y le dejé tan atrás que se paró a la mitad de la carrera, dándome por ganada la partida.

—Te desafío o saltar —dijo— pero hemos de apostar cuarenta liras, o más, si quieres.

La varita mágica

Aceptamos el desafío, y como le tocase a él la elección del lugar, fijó el salto: consistía en saltar un canal hasta el muro de contención. Saltó él primero y llegó a poner los pies junto al muro justamente. De esta manera, al no poder saltar más allá, yo podía perder, pero no ganar. Mas el ingenio vino en mi ayuda. Di el mismo salto, pero apoyé las manos sobre el parapeto o muro y caí de la otra parte. Me dieron un gran aplauso.

—Te desafío otra vez. Escoge el juego de destreza que prefieras.

Acepté y elegí el de la varita mágica, apostando ochenta liras. Tomé, pues, una varita, puse un sombrero en su extremo y apoyé la otra extremidad en la palma de la mano. Después, sin tocarla con la otra, la hice saltar hasta la punta del dedo meñique, del anular, del medio, del índice, del pulgar; la pasé por la muñeca, por el codo, sobre los hombros, a la barbilla, a los labios, a la nariz, a la frente; luego, deshaciendo el camino, volvió otra vez a la palma de la mano.

—No creas que voy a perder —dijo el rival—; éste es mi juego favorito.

Tomó la misma varita y, con maravillosa destreza, la hizo caminar hasta los labios, donde chocó con su nariz, un poco larga, y, al perder el equilibrio, no tuvo más remedio que agarrarla con la mano, porque se le caía al suelo.

«Nos hubiera gustado que ganase»

El infeliz, viendo que le volaba su dinero, exclamó casi furioso:

—Paso por todo, menos porque me gane un estudiante.

Pongo las cien liras que me quedan. Las ganará el que coloque sus pies más cerca de la punta de aquel árbol.

Señalaba un olmo que había junto a la alameda. Aceptamos también esta vez. En cierto modo hasta nos hubiese gustado que ganase, pues nos daba lástima y no queríamos arruinarle.

Subió primero él, olmo arriba; llegó con los pies a tal altura, que a poco más que hubiera subido se hubiese doblado el árbol, cayendo a tierra el que intentase encaramarse más arriba. Todos convenían en que no era posible subir más alto.

Lo intenté. Subí cuanto fue posible sin doblar el árbol. Después, agarrándome en el árbol a dos manos, levanté el cuerpo y puse los pies un metro más arriba que mi contrincante. ¿Quién podrá nunca expresar los aplausos de la multitud, la alegría de mis compañeros, la rabia del saltimbanqui y mi orgullo por haber resultado vencedor, no de unos condiscípulos, sino de un campeón de charlatanes?

Una comida para veintidós estudiantes

En medio de su gran desolación, quisimos proporcionarle un consuelo. Compadecidos de la desgracia de aquel infeliz, le propusimos devolverle el dinero, si aceptaba una condición: pagarnos una comida en la fonda de Muletto.

Aceptó agradecido. Fuimos en número de veintidós: ¡tantos eran mis partidarios! La comida costó veinticinco liras y le devolvimos doscientas quince.

Fue aquel un jueves de gran alegría. Y yo me cubrí de gloria por haber ganado en destreza a todo un profesional. Los compañeros, contentísimos, porque se divirtieron a más no poder con el espectáculo y el banquete final. También debió de quedar contento el charlatán, que volvió a ver en sus manos casi todo su dinero y gozó también de la comida. Al despedirse dio las gracias a todos diciendo:

—Al devolverme el dinero, me evitáis la ruina. Os lo agradezco de corazón. Guardaré de vosotros grato recuerdo. Pero en la vida me volveré a desafiar con un estudiante.

13. Pasión por los libros

Dos tercios de la noche leyendo

Al verme pasar el tiempo tan disipado, diréis que necesariamente debía de descuidar los estudios.

No os oculto que habría podido estudiar más. Pero recordad que, con atender en clase, tenía suficiente para aprender lo necesario. Tanto más cuanto que entonces yo no distinguía entre leer y estudiar. Podía repetir fácilmente el argumento de un libro leído o expuesto por otro. Además, como mi madre me había acostumbrado a dormir más bien poco, podía emplear dos tercios de la noche en leer libros a mi placer y dedicar todo el día a trabajos de mi libre elección, como dar repaso o lecciones particulares, cosas que, aunque me prestaba a hacerlas por caridad o por amistad, no pocos me las pagaban.

Había por aquel tiempo en Chieri un librero judío, de nombre Elías, con quien me relacioné asociándome a la lectura de los clásicos italianos. Pagaba un sueldo por cada volumen, que devolvía después de leído. Leía en un día un volumen de la Biblioteca Popular.

Al alba con Tito Livio en las manos

El año último de básica lo empleé en la lectura de los autores italianos.

En el de retórica, me di a estudiar los clásicos latinos, y comencé a leer a Cornelio Nepote, Cicerón, Salustio, Quinto Curcio, Tito Livio, Cornelio, Tácito, Ovidio, Virgilio, Horacio y otros.

Yo leía aquellos libros por diversión. Me gustaban como si los entendiese totalmente. Sólo más tarde me di cuenta de que no era cierto, puesto que, ordenado sacerdote, habiéndome puesto a explicar a otros aquellas celebridades clásicas, entendí que, sólo después de mucho estudio y gran preparación, se alcanza el sentido justo y su calidad literaria. Pero los deberes escolares, las ocupaciones de los repasos, el mucho leer, requerían el día y una gran parte de la noche. Varias veces me sucedió que me pillaba la hora de levantarme con las Décadas, de Tito Livio, entre las manos, cuya lectura había empezado la noche anterior.

Esto arruinó de tal forma mi salud, que durante varios años mi vida parecía estar al borde de la tumba. Por eso siempre aconsejaré hacer lo que se pueda y no más. La noche se hizo para descansar, y, fuera del caso de necesidad, nadie debe dedicarse a estudios después de cenar. Un hombre robusto resistirá durante algún tiempo, pero acabará por dañar más o menos su salud.

14. Decisión de la vocación

«Mi poca fe en los sueños»

Mientras tanto, se acercaba el final del curso de retórica, época en que los estudiantes acostumbraban a decidir su vocación. El sueño de Morialdo estaba siempre fijo en mi mente.

Es más, se me había repetido otras veces de un modo bastante más claro, por lo cual, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, hacia el que sentía, en efecto, inclinación.

Pero la poca fe que daba a los sueños, mi estilo de vida, ciertos hábitos de mi corazón y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado, hacían dudosa y bastante difícil tal deliberación.

¡Oh, si entonces hubiese tenido un guía que se hubiese ocupado de mi porvenir! Hubiera sido para mí un gran tesoro; pero este tesoro me faltó. Tenía un buen confesor, que pensaba en hacerme un buen cristiano, pero en cosas de vocación no quiso inmiscuirse nunca.

Aconsejándome conmigo mismo, después de haber leído algún buen libro, decidí entrar en la orden franciscana. Pensaba para mí:

—«Si me hago sacerdote secular, mi vocación corre riesgo de naufragio. Abrazaré el estado eclesiástico, renunciaré al mundo, entraré en el claustro, me daré al estudio, a la meditación, y así, en la soledad, podré combatir las pasiones, Especialmente la soberbia, que ha echado hondas raíces en mi corazón».

«Dios te prepara otro lugar»

Hice, pues, la demanda a los conventuales. Sufrí el correspondiente examen y me aceptaron. Todo quedó a punto para entrar en el convento de la Paz en Chieri.

Pocos días antes del fijado para mi entrada, tuve un sueño bastante extraño. Me pareció ver una multitud de aquellos religiosos con los hábitos rotos, corriendo en sentido contrario los unos de los otros. Uno de ellos vino a decirme:

—«Tú buscas la paz, y aquí no vas a encontrarla. Observa la actitud de tus hermanos. Dios te prepara otro lugar: otra mies».

Quería hacer alguna pregunta a aquel religioso, pero un rumor me despertó y ya no oí nada más.

Expuse todo a mi confesor, el cual no quiso oír hablarle de sueños ni de frailes. Me dijo:

—En este asunto es preciso que cada uno siga sus inclinaciones y no los consejos de los otros.

Una charla aclara el horizonte

Sucedió entre tanto algo que me impidió efectuar aquel mi proyecto. Como los

obstáculos eran muchos y duraderos resolví exponer la cosa al amigo Comollo.

Él me aconsejó que hiciera una novena, durante la cual escribiría a su tío párroco.

El último día de la novena, en compañía de mi inolvidable amigo, confesé y comulgué. Oí después una misa y ayudé otra en el altar de Nuestra Señora de las Gracias, en la catedral. De vuelta a casa encontramos una carta del tío de Comollo, concebida en estos términos:

«Considerado atentamente todo lo expuesto, aconsejaría a tu compañero no entrar en un convento. Tome la sotana y, mientras sigue los estudios, conocerá mejor lo que Dios quiere de él. No tema perder la vocación, ya que con el recogimiento y las prácticas de piedad superará todos los obstáculos».

Seguí aquel consejo y me apliqué seriamente a cuanto pudiera ayudarme para vestir la sotana.

El cólera en Turín

Después del examen de retórica, sufrí el de la toma de hábito clerical en Chieri, precisamente en las actuales habitaciones de la casa de Carlos Bertinetti, que al morir nos dejó en herencia y que tenía alquiladas el arcipreste canónigo Burzio. Aquel año los exámenes no fueron en Turín, según costumbre, a causa del cólera que amenazaba a nuestros pueblos.

Quiero hacer notar aquí una cosa que da a conocer claramente hasta qué punto se cultivaba el espíritu de piedad en el colegio (hoy instituto nacional) de Chieri. Durante los cuatro años en que frecuenté aquellas escuelas, no recuerdo haber oído una conversación o una sola palabra contra las buenas costumbres o contra la religión.

Terminado el curso de retórica, de los veinticinco alumnos que componían la clase, veintiuno abrazaron el estado eclesiástico, tres se hicieron médicos y uno comerciante.

Vuelto a casa para pasar las vacaciones, dejé de hacer el saltimbanqui y me di a las buenas lecturas, que, para vergüenza mía lo digo, había descuidado hasta entonces.

Seguí ocupándome de los niños, entreteniéndoles con historietas, agradables recreos y cantos religiosos. Es más, observando que muchos eran ya mayorcitos, pero muy ignorantes de las verdades de la fe, me apresuré a enseñarles, en primer lugar, las oraciones de cada día, y otras cosas importantes en aquella edad. Era aquello una especie de oratorio al que acudían unos cincuenta muchachos, que me obedecían y me querían como a un padre.

Siguiendo un gran ideal (1835 — 1845)

1. Imposición de la sotana

Despojarse del hombre viejo

Tomada la resolución de abrazar el estado eclesiástico y, después de pasar el examen de ingreso en el seminario, empecé a prepararme para aquel día tan importante, ya que estaba persuadido de que de la elección de estado depende ordinariamente la eterna salvación o la eterna perdición.

Encomendé a varios amigos que rezaran por mí. Hice una novena y el día de San Rafael (25 de octubre de 1835) me acerqué a los santos sacramentos. El teólogo Cinzano, cura y vicario foráneo de mi parroquia, bendijo la sotana, y me la impuso antes de la misa mayor.

Cuando me mandó quitarme los vestidos del siglo con aquellas palabras: *«Que el Señor te despoje del hombre viejo y de sus actos»*, dije en mi corazón: *—¡Oh cuánta ropa vieja he de quitar! Dios mío, destruid, sí, en mí todas mis malas costumbres*.

Después, cuando añadió, al darme el alzacuello: *«Que el Señor te revista del nuevo hombre, que Dios creó en justicia y santidad verdadera»*, me sentí conmovido y añadí en mi corazón: *«Sí, ¡Oh Dios mío! Haced que en este momento vista yo un hombre nuevo, es decir, que desde este momento empiece una vida nueva, todo según vuestro divino querer, y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, de mis palabras y de mis obras. Así sea. ¡Oh María!, sed mi salvación»*.

«Parecía un muñeco disfrazado»

Terminada la fiesta religiosa, quiso mi buen párroco hacerme un obsequio que resultó completamente profano. Se empeñó en llevarme a la fiesta de San Rafael Arcángel, que se celebraba en Bardella, pequeña aldea de Castelnuovo. Él pretendía hacerme un cumplido con aquella fiesta, pero aquello no era para mí. Yo iba a parecer un muñeco disfrazado que se presentaba en público para que lo vieran.

A más, tras varias semanas de preparación para el día suspirado, ¿cómo iba a encontrarme a gusto, después en la comida, entre gente de toda condición y sexo allí reunida para reír, bromear, comer, beber y divertirse, gente cuya mayor parte buscaba entretenimientos, bailes y partidas de todo género? ¿Qué trato podía tener aquella gente con uno que por la mañana del mismo día había vestido el hábito de santidad para entregarse del todo al Señor?

Mi párroco se dio cuenta de ello. Y a la vuelta a casa me preguntó por qué en un día de alegría general me había mostrado yo tan retraído y pensativo. Respondí, con toda sinceridad, que la función celebrada por la mañana en la iglesia no concordaba ni en género, ni en número, ni en caso con lo de la tarde. Y añadí:

—«Es más: el haber visto sacerdotes haciendo el bufón en medio de los convidados y un tanto alegrillos por el vino, casi ha hecho nacer en mí aversión hacia la vocación. Si supiera que había de ser un sacerdote de ésos, preferiría quitarme esta sotana y vivir como un pobre seglar, pero buen cristiano».

Y me respondió el sacerdote:

—El mundo es así, y hay que tomarlo como es. Conviene ver el mal para conocerlo y evitarlo. Nadie llegó a ser guerrero y valeroso sin aprender el manejo de las armas. Así hemos de hacer nosotros, los que sostenemos continuo combate contra los enemigos de las almas.

Callé entonces, pero dije dentro de mi corazón:

—No iré nunca a comidas de fiestas, a no ser que me vea obligado por funciones religiosas.

Plan de vida

Después de aquella jornada debía ocuparme de mí mismo. La vida llevada hasta entonces había que reformarla radicalmente. No es que hubiese sido en los años anteriores propiamente malo. Pero sí disipado, vanidoso y muy metido en partidas, juegos, pasatiempos y cosas semejantes, que por el momento alegran, pero que no llenan el corazón.

Para trazarme un plan de vida estable y no olvidarlo, escribí los siguientes propósitos:

En lo venidero, nunca tomaré parte en los espectáculos públicos, en ferias y mercados. No iré a ver bailes y teatros. Y, en cuanto me sea posible, no iré a las comidas que se suelen dar en tales ocasiones.

No haré más juegos de manos, ni de destreza, ni de cuerda, ni actuaré de saltimbanqui ni de prestidigitador. No tocaré más el violín, ni iré más de caza. Considero todas estas cosas contrarias a la gravedad y espíritu eclesiástico.

Amaré y practicaré el retiro y la templanza en el comer y beber. No tomaré más descanso que las horas estrictamente necesarias para la salud.

Así como en el pasado serví al mundo con lecturas profanas, así en lo porvenir procuraré servir a Dios dándome a lecturas de libros religiosos.

Combatiré con todas mis fuerzas toda lectura, pensamiento, toda conversación, toda palabra y obra, y lo que pueda ir contra la virtud de la castidad. Por el contrario, practicaré cuanto pueda contribuir a conservar esta virtud, por insignificante que sea.

Además de las prácticas ordinarias de piedad, no dejaré de hacer todos los días un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.

Contaré cada día algún ejemplo o máxima edificante en bien del prójimo. Esto lo haré con los compañeros, con los amigos, con los parientes y, cuando no tenga con quién, con mi madre.

Éstos son los propósitos de cuando tomé la sotana. A fin de que se me quedaran bien impresos, fui ante una imagen de la Santísima Virgen, los leí y, después de orar, prometí formalmente a la celestial Bienhechora guardarlos, aun a costa de cualquier sacrificio.

2. Hacia el seminario

«No es el hábito lo que honran»

El día 30 de octubre de 1835 debía estar en el seminario.

El escaso equipo de ropa estaba preparado. Todos mis parientes se mostraban contentos, y yo más que ellos. Sólo a mi madre se la veía pensativa, y no me perdía de vista como si tuviera que decirme alguna cosa.

La víspera de la partida por la tarde me llamó y me dijo estas memorables palabras:

—Querido Juan, ya has vestido la sotana de sacerdote. Como madre experimento un gran consuelo en tener un hijo seminarista. Pero acuérdate de que no es el hábito lo que honra tu estado, sino la práctica de la virtud. Si alguna vez llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no deshonres ese hábito. Quítatelo en seguida. Prefiero tener un pobre campesino a un hijo sacerdote descuidado en sus deberes. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; cuando comenzaste los estudios te recomendé la devoción a esta nuestra madre. Ahora te digo que seas todo suyo. Ama a los compañeros devotos de María, y, si llegas a sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María.

Al terminar estas palabras, mi madre estaba conmovida y yo lloraba. Le respondí.

—Madre, le agradezco todo lo que usted ha hecho y dicho por mí; sus palabras no caen en el vacío, y serán todo un tesoro a lo largo de mi vida.

Por la mañana temprano fui a Chieri, y por la tarde del mismo día entré en el seminario.

Todo un programa

Después de saludar a los superiores y de arreglarme la cama me puse a pasear con el amigo Garigliano por dormitorios y corredores, y al fin bajamos al patio. Alzando los ojos hacia un reloj de sol, leí esta inscripción: *Afflictis lentae, celeres gaudentibus horae* (Las horas pasan lentas para los desgraciados, y volando para los que son felices).

Dije a mi amigo Garigliano:

—He aquí nuestro programa; hemos de estar siempre alegres, y pasará el tiempo de prisa.

Al día siguiente comenzó un retiro de tres días. Y procuré hacerlo lo mejor posible. Hacia el final, me presenté al profesor de filosofía, que era el teólogo Ternavasio de Bra, y le pedí alguna norma de vida para cumplir con mis deberes y ganarme la benevolencia de mis superiores. El digno sacerdote me respondió:

—Una sola cosa: el exacto cumplimiento del deber.

Tomé este consejo como base y me entregué con toda el alma a la observancia del reglamento del seminario. En cuanto a puntualidad no hacía diferencia ninguna, tanto nos llamase la campana al estudio como a la iglesia, al recreo como al comedor o al dormitorio.

Esta exactitud me ganó el aprecio de los compañeros y de los superiores de tal manera, que los seis años de seminario (1835-41) constituyeron para mí un período muy feliz de mi vida.

3. La vida en el seminario

«Como de un perro sarnoso»

Los días de seminario son poco más o menos siempre lo mismo, por lo que escribiré las cosas en general, especificando solamente algunos hechos particulares.

Empezaré por los superiores.

Yo quería mucho a mis superiores, y ellos fueron siempre muy buenos conmigo. Pero mi corazón no estaba satisfecho. Era costumbre visitar al rector (don Sebastián Mottura) y a los otros superiores al volver de vacaciones y al marchar a ellas. Nadie iba a hablar más con ellos, como no los llamasen para darles alguna reprimenda. Uno de los superiores, por turno, vigilaba durante la semana en el refectorio y en los paseos, y nada más. ¡Cuántas veces hubiera querido hablarles, pedirles consejo o aclaración de dudas, y no podía hacerlo!

Es más, cuando algún superior pasaba entre los seminaristas, todos, sin saber por qué, huían precipitadamente de él, como de un perro sarnoso.

Esto avivaba en mi corazón los deseos de ser cuanto antes sacerdote para meterme en medio de los jóvenes, estar con ellos y ayudarles en todo.

Extraña maniobra para comulgar

En cuanto a los compañeros, me atuve al consejo de mi querida madre, es decir que me junté con los devotos de María y amantes del estudio y de la piedad.

Debo decir, para norma de quien entra en un seminario, que allí hay muchos clérigos de virtud sin tacha, pero que también los hay peligrosos. Y no pocos jóvenes, sin preocuparse de su vocación, van al seminario sin poseer el espíritu y la voluntad del buen seminarista. Es más; recuerdo haber oído a algunos compañeros conversaciones realmente malas. Y una vez., al registrar a algunos alumnos, les encontraron libros impíos y obscenos de todo género.

Es cierto que semejantes compañeros, o dejaban espontáneamente la sotana, o eran despedidos del seminario tan pronto como se les descubría. Pero entre tanto constituían la peste para los buenos y para los malos.

Para evitar el peligro de tales compañeros, elegí a algunos que eran públicamente tenidos por modelos de virtud. Éstos eran Guillermo Garigliano, Juan Giacomelli, de Avigliana, y, más tarde Luis Comollo. Estos tres compañeros fueron para mí un verdadero tesoro.

Las prácticas de piedad se cumplían verdaderamente bien. Todas las mañanas teníamos misa, meditación y la tercera parte del rosario. Durante la comida, lectura edificante. Por entonces se leía la Historia Eclesiástica, de Bercastel. La confesión era obligatoria cada quince días, pero quien lo deseara podía hacerla cada sábado.

En cambio, la santa comunión sólo se podía recibir los domingos o en especiales solemnidades. Algunas veces se la recibía durante la semana, mas para ello había que buscar un subterfugio: había que elegir la hora del desayuno e irse, medio a escondidas, a la

contigua iglesia de San Felipe, comulgar, y volver a juntarse con los compañeros en el momento en que entraban en el estudio o en la clase. Esta infracción del horario estaba prohibida, pero los superiores consentían tácitamente, ya que lo sabían, y a veces, lo veían y no decían nada.

De este modo pude frecuentar bastantes veces la comunión, de la que puedo decir que fue el alimento principal de mi vocación.

Ya se ha remediado este defecto en la vida de piedad desde que, por disposición del arzobispo Gastaldi, se ordenaron las cosas de forma que cada mañana se pudieran acercar a la comunión cuantos quisieran hacerlo.

El rey de copas y la sota de espadas

El pasatiempo más común durante el tiempo libre era el conocido juego del marro. Al principio tomé parte en él con mucho gusto. Pero como este juego se aproximaba mucho al de los saltimbanquis, a los que había renunciado totalmente, quise renunciar también a éste.

En ciertos días había permiso para jugar a la baraja. Y también tomé parte durante algún tiempo. Pero aquí tropezaba también igualmente con la mezcla de lo dulce y lo amargo. Aunque no era un gran, jugador, sin embargo, tenía tal suerte, que ganaba casi siempre. Al acabar las partidas tenía las manos llenas de dinero, pero, al ver a mis compañeros tristes por lo que habían perdido, yo me ponía más triste que ellos. Añádase que prestaba tal atención al juego, que después no me era posible rezar ni estudiar, pues siempre tenía la imaginación ocupada por el rey de copas, la sota de espadas y el as de oros o de bastos. Tomé, pues, la determinación de no participar en este juego, lo que ya había hecho con algunos otros. Esto lo hice hacia la mitad del segundo año de filosofía, en 1836.

Cuando el recreo era más largo que de ordinario, se amenizaba con algún paseo que los seminaristas daban por los pintorescos lugares que circundan la ciudad de Chieri. Aquellos paseos eran también ventajosos para el estudio, pues todos procuraban ejercitarse en temas escolares, bien preguntando al compañero, bien respondiendo a preguntas. Fuera del tiempo de paseo propiamente dicho, todos podían distraerse departiendo con los amigos en el seminario, o discurriendo sobre temas interesantes o sobre cuestiones de estudios o de piedad.

Durante las horas de recreo, en casa, a veces nos reuníamos en el refectorio para hacer lo que llamábamos círculo de estudios. Allí uno preguntaba sobre lo que no sabía o lo que no había entendido en la explicación o en el texto. Me gustaba mucho, y me era muy útil para el estudio, para la piedad y para la salud. Llamaba la atención por el modo de preguntar Luis Comollo, que entró en el seminario un año después de mí. Un tal Domingo Peretti, actualmente párroco de Buttigliera (Buttigliera Alta, de 1850 a 1893) tenía mucha facilidad y respondía siempre. Garigliano era un excelente oyente: sólo hacía algunas reflexiones. Yo era el presidente y juez inapelable. Como en nuestras charlas salían ciertas cuestiones a las que ninguno de nosotros sabíamos responder, nos dividíamos las dificultades. Al cabo de un tiempo determinado debía aportar cada cual la solución de la dificultad de que se había hecho cargo.

Las invitaciones de Luis

Mi recreo era frecuentemente interrumpido por Luis Comollo. Me agarraba del brazo y, diciéndome que le acompañase, me conducía a la capilla para hacer la visita al Santísimo Sacramento, para rezar por los agonizantes, el rosario o el oficio de la Virgen en sufragio de las almas del purgatorio.

Este maravilloso compañero fue para mí una bendición. Sabía avisarme en su tiempo oportuno. Me corregía y consolaba; pero con tal tacto y tanta caridad, que hasta me consideraba feliz en darle motivos para que lo hiciese, pues era todo un placer ser corregido por él.

Trataba con él familiarmente. Instintivamente me sentía inclinado a imitarle, y, aunque a mil leguas de él en la virtud, ciertamente le debo el no haber sido arrastrado por los disipados y la perseverancia en mi vocación.

En una sola cosa ni siquiera intenté imitarle: en la mortificación. No acababa de entender que un joven de diecinueve años tuviese que ayunar rigurosamente durante toda la cuaresma y otros tiempos mandados por la Iglesia; y ayunar todos los sábados en honor de la Santísima Virgen, renunciar a menudo al desayuno de la mañana, comer a veces a pan y agua y soportar cualquier desprecio e injuria, sin dar la más mínima señal de resentimiento.

Todo esto me desconcertaba. Pero, al verle cumplir tan exactamente los deberes de estudio y piedad, no podía menos de reconocer en aquel compañero un ideal de amistad, una invitación al bien, un modelo de virtud para quien ha de vivir en un seminario.

4. Las vacaciones

La siega y la vendimia

Las vacaciones suelen ser un gran peligro para los seminaristas. Más aún en aquel tiempo, en que duraban cuatro meses y medio.

Yo empleaba el tiempo en leer y escribir, pero como no sabía aún sacarle partido, perdía mucho sin fruto. Buscaba el modo de entretenerme con algún trabajo manual. Hacía husos, clavijas, trompos, bochas o bolas al torno; cosía sotanas, cortaba o cosía zapatos; trabajaba el hierro, la madera. Aún existe en mi casa de Morialdo un escritorio y una mesa con algunas sillas que recuerdan las obras maestras de aquellas mis vacaciones.

Me ocupaba también en segar hierba en el prado, en recoger trigo en el campo, en deshijar las vides, vendimiar y cosas semejantes.

Me ocupaba también de mis jóvenes de siempre, pero esto no lo podía hacer más que los días festivos. Experimenté una gran satisfacción enseñando el catecismo a muchos amigos míos, que tenían ya sus dieciséis o diecisiete años y estaban en ayunas de las verdades de la fe.

Igualmente me puse a enseñar, y con buen resultado, a leer y escribir, ya que el deseo, más diré, la fiebre de aprender, me traía jovencitos de todas las edades.

Las clases eran gratuitas, pero les exigía asiduidad, atención y la confesión mensual. Al principio hubo algunos que, por no someterse a estas condiciones, dejaron la clase. Esto sirvió de escarmiento y animó a los otros.

«Popularmente…»

También comencé a predicar, con el permiso y la supervisión de mi párroco. Prediqué sobre el rosario en el pueblo de Alfiano, en las vacaciones que siguieron al segundo año de filosofía. Sobre San Bartolomé apóstol, después del primero de teología, en Castelnuovo de Asti. Sobre la Natividad de María en Capriglio.

Desconozco cuál fuese el fruto. Pero en todas partes se me alababa: así que la vanagloria me fue ganando hasta que sufrí el siguiente desengaño.

Un día, después de haber pronunciado el sermón sobre el nacimiento de María, pregunté a uno que parecía de los más inteligentes acerca del sermón que tanto elogiaba y me respondió:

—Su sermón fue sobre las pobrecitas ánimas del purgatorio.

—¡Y yo había predicado las glorias de María!

En Alfiano quise saber el parecer del párroco don José Pelato, persona de mucha piedad y doctrina, y le rogué me dijera su parecer sobre el sermón.

—Su sermón, me respondió, fue realmente bonito, ordenado, expuesto en buen lenguaje, con pensamientos de la Escritura. Si sigue así, puede tener éxito en la predicación.

—¿Habrá comprendido el pueblo?

—Poco. Mi hermano sacerdote, yo y poquísimos más.

—¿Cómo es posible que no se entiendan cosas tan sencillas?

—A usted le parecen fáciles, pero para el pueblo son bastante difíciles. Desgranar la historia sagrada, volar con razonamientos sobre el tejido de hechos de la historia eclesiástica, son cosas que el pueblo no entiende.

—Entonces, ¿qué me aconseja hacer?

—Abandonar el lenguaje y el desarrollo del tema según los clásicos, hablar en dialecto donde se pueda, o aún en lengua italiana, pero popularmente, popularmente, popularmente. Y más que a doctos razonamientos, aténgase a los ejemplos, a las semejanzas, a los apólogos sencillos y prácticos. Recuerde siempre que el pueblo entiende poco y que nunca se le explican bastante las verdades de la fe.

Ese paternal consejo me sirvió para toda mi vida.

Aún conservo, para vergüenza mía, aquellos discursos, en los que al presente no descubro más que vanagloria y afectación. Dios misericordioso dispuso que recibiera aquella lección; lección provechosa para los sermones, el catecismo, las instrucciones y para escribir, a lo que ya entonces me dedicaba.

5. De vacaciones por las colinas de Monferrato

Amenazas y vasos por los aires

Cuando hace poco decía que las vacaciones son peligrosas, me refería precisamente a mí. A un pobre clérigo le sucede a menudo encontrarse, sin darse cuenta, en graves peligros. Soy testigo de ello.

Un año fui invitado a una comida de fiestas en casa de unos parientes. No quería ir.

Pero como se adujera que allí no había ningún clérigo para ayudar en la iglesia y un tío mío insistiera, creí conveniente condescender. Y fui.

Terminadas las funciones sagradas, en las que tomé parte ayudando y cantando, fuimos a comer. La primera parte de la comida transcurrió sin el menor incidente. Pero cuando el vino empezó a hacer sus efectos, comenzaron a emplear ciertos vocablos que un clérigo no podía tolerar. Intenté hacer alguna observación, pero mi voz quedó ahogada.

No sabiendo qué partido tomar, opté por ausentarme. Me levanté de la mesa y tomé el sombrero para irme. Pero mi tío se opuso. Otro comensal empezó a hablar peor y a insultar a todos los presentes. De las palabras se pasó a los hechos: alborotos, amenazas, vasos, botellas, platos, cucharas, tenedores y, al fin los cuchillos, fueron haciendo acto de presencia hasta producir una horrible batahola.

En aquel momento yo no tuve otro recurso que poner pies en polvorosa. Llegado a casa renové de todo corazón el propósito, ya hecho varias veces, de vivir retirado, si no quería caer.

El violín hecho añicos

Un hecho de otro género, pero también desagradable, me sucedió en Crivelle (Croveglia o Crimeville), vecindario de Buttigliera. Se celebraba la fiesta de San Bartolomé, y fui invitado por otro tío mío (se llamaba Mateo y llegó a los ciento dos años de edad (MB 1, pág. 339)) a asistir con el fin de ayudar a las funciones sagradas, cantar y tocar el violín, que había sido para mí un instrumento muy querido y que ya había abandonado.

En la iglesia todo fue muy bien.

La comida era en casa de aquel tío mío, prioste de la fiesta, y hasta entonces no había ocurrido nada particular.

Terminada la comida, los comensales me invitaron a ejecutar alguna pieza a título de pasatiempo. Me negué.

—Por lo menos, dijo un músico, acompáñeme usted. Yo tocaré la primera voz y usted haga la segunda.

¡Desgraciado de mí! No supe rehusar y me puse a tocar. Toqué un buen rato, hasta que oí un cuchicheo y ritmo de pies que indicaba gente en movimiento. Me acerque a la ventana y contemplé un buen grupo de personas en el patio bailando alegremente al son de mi violín. Imposible expresar con palabras el enfado que me invadió en aquel momento.

—¿Cómo?, dije a los comensales; yo, que grito siempre contra estos espectáculos,

¿tengo que convertirme en su promotor? Esto no se volverá a repetir.

Entregué el violín. Fui a mi casa e hice añicos el mío. Y no me serví más de este instrumento aun cuando se presentaron ocasiones y conveniencias en las funciones sagradas.

De caza

Un episodio más, que me sucedió yendo de caza.

Iba a buscar nidos durante el verano, y en otoño cazaba con liga, con la trampa, la lazada y a veces con la escopeta. Una mañana me puse a perseguir una liebre y, corriendo de campo en campo, de viña en viña, atravesé valles y cerros durante varias horas.

Llegué, finalmente, a tiro del animal; de un disparo le deshice las costillas, tanto que el animalito cayó, dejándome abatido al verlo muerto. A la descarga acudieron mis compañeros, y mientras ellos se alegraban por la pieza cobrada, eché una mirada sobre mí mismo y advertí que estaba en mangas de camisa, sin sotana y con un sombrero de caza, por lo que parecía un contrabandista; y esto en un lugar a más de cinco kilómetros de mi casa. Quedé mortificadísimo. Me excusé ante los compañeros del escándalo dado por aquella forma de vestir; volví en seguida a casa, y renuncié de, nuevo y definitivamente a toda suerte de cacería.

Esta vez mantuve la palabra, con la ayuda de Dios. Que Él me perdone aquel escándalo.

Estos tres hechos fueron para mí una terrible lección, y desde entonces me entregué con mejores propósitos a la vida recogida y quedé persuadido del todo de que el que quiera darse plenamente al Señor ha de renunciar completamente a las aficiones mundanas. Es cierto que, a menudo, éstas no son pecaminosas; pero también es cierto que, por las conversaciones que se tienen, por la manera de vestir, de hablar y de comportarse, contienen siempre algún riesgo de ruina para la virtud, especialmente para la delicadísima virtud de la castidad.

Cómo guisar un pollo

Fui siempre muy amigo de Luis Comollo, mientras Dios conservó en vida a este incomparable compañero. Durante las vacaciones iba muchas veces a verle, y muchas venía también él a verme a mí. Nos escribíamos frecuentemente. Veía en él a un joven santo. Yo le quería por sus raras virtudes; y él a mí porque le ayudaba en los estudios eclesiásticos; y, además, cuando estaba junto a él me esforzaba por imitarle de algún modo.

Durante unas vacaciones vino a pasar un día conmigo, cuando mis parientes andaban de siega por el campo. Me dio a leer un sermón que él había de pronunciar en la próxima fiesta de la Asunción de María. Luego lo recitó acompañando las palabras con el gesto.

Después de algunas horas de agradable entretenimiento, nos acordamos de que era hora de comer. Estábamos solos en casa. ¿Qué hacer?

—Nada, resuelto; yo encenderé, dijo Comollo, el fuego. Tú preparas el puchero y coceremos lo que se presente.

—Muy bien, respondí; pero vayamos primero al agarrar un pollo a la era y tendremos carne y caldo. Es ni más ni menos lo que me ha dicho mi madre.

Pronto conseguimos echar la mano a un pollo. Pero después, ¿quién lo mataba? Ninguno de los dos se atrevía. Para llegar a una conclusión convincente, se decidió que Comollo sostuviese el animal por el cuello sobre un tronco de madera, mientras yo se lo cortaba con una hoz despuntada. Descargué el golpe. La cabeza cayó por el suelo, los dos, espantados, afligidos, nos echamos hacia atrás.

—¡Si seremos exagerados!, dijo repuesto Comollo; el Señor ha dicho que nos sirvamos de los animales de la tierra para nuestro bien. ¿Por qué tantos remilgos?

Y sin más problemas, recogimos el animal y, desplumado y cocido, nos lo comimos.

Debía ir yo a Cinzano para oír el sermón de Comollo el día de la Asunción. Pero habiéndoseme encargado también a mí hacer el mismo sermón en otra parte, fui al día siguiente. Daba gusto oír las alabanzas que de todas las bocas salían por el sermón de Comollo.

Improvisación sobre San Roque

Aquel día (16 de agosto) era la fiesta de San Roque, que suele llamarse día de la comida de piñata, o de la cocina, porque los parientes y amigos suelen aprovechar ese día para invitarse recíprocamente a comer y divertirse con algún entretenimiento público.

Con tal motivo sucedió un episodio que demuestra hasta dónde llegaba mi audacia. Se esperó al predicador de aquella solemnidad; era ya la hora de subir al púlpito y no llegaba. Para sacar al párroco de Cinzano de aquel apuro, iba yo de unos a otros, entre los muchos párrocos allí reunidos, rogando e insistiendo para que alguno predicase algo a los innumerables fieles que llenaban la iglesia.

Ninguno quería aceptar. Cansados de mis repetidas invitaciones, me respondieron ásperamente:

—Pero ¿tú qué te has creído? ¿Qué improvisar un sermón sobre San Roque es como beberse un vaso de vino? En vez de molestar a los otros, ¿por qué no lo haces tú?

Todos aplaudieron aquellas palabras. Mortificado y herido en el amor propio, respondí:

—Yo no me atrevía. Pero ya que ustedes no se animan, acepto.

Se cantó en la iglesia un himno sagrado, para que pudiera preparar algo. Subí al púlpito e hice un sermón que siempre dijeron que fue el mejor de cuantos pronuncié antes y después.

«Espero beber vino mejor»

En aquellas vacaciones, y en una ocasión parecida (1838), salí un día de paseo con mi amigo Comollo hasta una colina desde donde se divisa una vasta extensión de campos, prados y viñedos.

—Mira, Luis, empecé a decirle, ¡qué mala cosecha la de este año! ¡Pobres campesinos! Tanto trabajo, y para nada.

—Es la mano del Señor, respondió, que pesa sobre nosotros. Créeme: nuestros pecados son la causa.

—Espero que el año próximo el Señor nos dará frutos más abundantes.

—También yo lo espero, sobre todo para los que todavía vivan y puedan gozarlos.

—Calla, y déjate de pensamientos tristes. Por este año, paciencia: el que viene habrá mejor vendimia y haremos mejor vino.

—Tú lo beberás.

—¿Es que tú piensas seguir bebiendo tu agua de siempre?

—Yo espero beber un vino bastante mejor.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mira, no insistas. El Señor sabe lo que se hace.

—No pregunto eso. Lo que pregunto es qué quieres decir con esas palabras: «Yo espero beber un vino bastante mejor». ¿Quieres acaso irte al paraíso?

—Aunque no estoy del todo seguro de ir al paraíso después de mi muerte, tengo, sin embargo, fundada esperanza, y de un tiempo a esta parte siento un deseo tan vivo de ir a buscar la felicidad de los bienaventurados, que me parece imposible puedan ser muchos los días de mi vida.

Comollo decía esto con el rostro iluminado, gozando aún de óptima salud y mientras se preparaba para volver al seminario.

6. Noticias del más allá

Un pacto poco prudente

Lo más memorable de cuanto precedió y acompañó a la preciosa suerte de este querido amigo se escribió aparte, y quien lo desee puede leerlo a su gusto.

No quiero omitir, con todo, un suceso que dio mucho que hablar y del que apenas se hace mención en los rasgos biográficos ya publicados. Es el siguiente.

Dada la amistad y la confianza ilimitada existente entre Comollo y yo, acostumbrábamos a hablar de lo que podría ocurrir en cualquier momento de nuestra separación en caso de muerte.

Un día, después de haber leído un largo trozo de la vida de los santos, dijimos, medio en broma, medio en serio, que sería un gran consuelo el que aquel de nosotros que muriese primero trajese noticias de su muerte.

Habiendo vuelto varias veces sobre este asunto, hicimos este trato:

—El primero que muera de nosotros, si Dios se lo permite, dará noticia de su salvación al superviviente.

No advertía yo la importancia de tal promesa, y confieso que hubo mucho de ligereza y, desde luego a nadie aconsejaré que repita la experiencia. Sin embargo, hicimos la promesa y la repetimos varias veces, especialmente con ocasión de la última enfermedad de Comollo. Es más, sus últimas palabras y su última mirada confirmaron que quedaba en pie el compromiso. No pocos compañeros lo sabían.

«¡Bosco, me he salvado!»

El 2 de abril de 1839 moría Comollo. Al día siguiente, por la tarde, con toda solemnidad, se le daba sepultura en la iglesia de San Felipe.

Los que estaban en el secreto esperaban con ansias a ver si se cumplía lo prometido. Y yo muchísimo más que ellos, pues creía que ello sería de gran consuelo para mí en medio de mi desolación.

Aquella noche estaba yo ya en cama, en un dormitorio de unos veinte seminaristas, extraordinariamente agitado y persuadido de que aquella noche se cumpliría la promesa, cuando hacia las once y media se comenzó a oír un sordo rumor por los corredores. Parecía como si un enorme carretón, arrastrado por muchos caballos, se acercase a las puertas del dormitorio. El ruido se tornaba por momentos más tétrico, a modo de trueno. Espantados los seminaristas, saltaron de sus camas para reunirse todos y animarse mutuamente. Entonces fue cuando, en medio de aquel trueno violento y temeroso, se oyó la voz de Comollo que repitió hasta tres veces:

—¡Bosco, Bosco, Bosco: me he salvado!

Todos oyeron el rumor. Algunos oyeron las voces, mas sin entenderlas. Pero hubo quien las entendió igual que yo; prueba de ello es que durante mucho tiempo se repitieron por el seminario. Fue la primera vez que recuerdo haber tenido miedo. Un miedo y espanto tales que caí enfermo de gravedad, hasta llegar a las puertas de la muerte.

A nadie le aconsejaría cosa semejante. Dios es omnipotente y misericordioso. Generalmente no escucha pactos de este tipo. Pero en su infinita misericordia, permite que se cumplan en casos como el presente.

7. Memorables palabras de don Juan Borel

Precioso premio

En el seminario fui afortunado y siempre gocé del aprecio de mis compañeros y superiores.

En los exámenes semestrales se solía dar un premio de sesenta liras en cada curso al que obtuviera las mejores calificaciones por estudio y comportamiento. Dios me bendijo mucho, pues en los seis años que pasé en el seminario siempre me lo dieron a mí.

Durante el segundo curso de teología me encargaron de la sacristía, oficio de poca importancia, pero que constituía una preciosa muestra de benevolencia de los superiores, ya que llevaba anejas otras sesenta liras. Así reunía ya la mitad de la pensión, y el caritativo don José Cafasso proveía el resto. El sacristán debía cuidar de la limpieza de la iglesia, de la sacristía, del altar, de la lámpara y las velas y de los ornamentos y objetos necesarios para el culto.

El teólogo Borel

Durante este curso tuve la buena suerte de conocer a uno de los más celosos ministros del santuario, don Juan Borel. Vino a predicar los ejercicios espirituales en el seminario. Entró en la sacristía con rostro alegre y palabras de chanza, pero adornadas de pensamientos morales.

Al observar su preparación y acción de gracias antes y después de la misa, y su porte y fervor al celebrarla, advertí en seguida que se trataba de un digno sacerdote, como en efecto lo era el teólogo Borel, de Turín.

Cuando comenzó sus sermones y se admiró la sencillez, la vivacidad, la claridad y el fuego de su caridad, que se traducía en sus palabras, todos iban repitiendo que era un santo.

En efecto, todos lo buscaban para confesarse con él, tratar sobre la vocación y tener algún recuerdo suyo.

También yo quise irle con los asuntos de mi alma.

Como le pidiera algún medio seguro para conservar el espíritu de la vocación durante el curso, y especialmente durante las vacaciones, me dijo estas memorables palabras:

—Con el recogimiento y la comunión frecuente se perfecciona y se conserva la vocación y se forma un verdadero eclesiástico.

Los ejercicios espirituales del teólogo Borel hicieron época en el seminario. Varios años después se repetían as máximas espirituales que él había formulado en público o en privado.

8. Los estudios

Un librito que ensancha el horizonte

Respecto a los estudios, fui víctima de un error que me hubiese traído funestas consecuencias de no haberme dado cuenta gracias a un hecho que juzgo providencial. Acostumbrado a la lectura de los clásicos a lo largo de todo el bachillerato, y hecho a las figuras enfáticas de la mitología y de las fábulas paganas, no encontraba ningún gusto en los escritos ascéticos.

Llegué a estar persuadido de que el buen lenguaje y la elocuencia no se podía conciliar con la religión. Las mismas obras de los santos padres me parecían producto de ingenios harto limitados, hecha excepción de los principios religiosos que ellos exponían con fuerza y claridad.

Hacia el principio del segundo año de filosofía fui un día a hacer la visita al Santísimo Sacramento. Por no tener a mano el devocionario, tomé la Imitación de Cristo y leí un capítulo sobre el Santísimo Sacramento. Al considerar atentamente la sublimidad del pensamiento y el modo claro y, al mismo tiempo ordenado y elocuente con que quedaban expuestas las grandes verdades, dije para mí: «El autor de este libro era un hombre docto».

Seguí una y otra vez leyendo aquel libro de oro, y no tardé en darme cuenta de que uno solo de sus versículos contenía más doctrina y moral que todos los gruesos volúmenes de los clásicos antiguos.

A este libro debo el haber cesado en la lectura profana.

Después me di a leer a Calmet, en su Historia del Antiguo y Nuevo Testamento; a Flavio Josefo, en sus Antigüedades judías, y en la Guerra judía. Después, a monseñor Marchetti, en Razonamientos sobre la religión; a Frayssinous, Balmes, Zucconi y muchos otros autores religiosos. Saboreé la lectura de la Historia eclesiástica, de Fleury, ignorando entonces que no convenía leerlo. Con mayor fruto aún leí las obras de Cavalca, de Passavanti, Segneri y toda la Historia de la Iglesia, de Henrion.

Tal vez diréis que leyendo tanto no podía atender gran cosa a los estudios. No fue así. Mi memoria seguía favoreciéndome, y con sólo leer el texto y oír la explicación de la clase me bastaba para cumplir mi deber. Así que todas las horas de estudio las podía dedicar a lecturas diversas. Los superiores lo sabían y me dejaban hacer.

Mano a mano con Homero

Tenía mucho empeño en el estudio del griego.

Había ya aprendido los primeros elementos en el curso eclesiástico y estudiado la gramática y hecho las primeras traducciones con auxilio del diccionario.

Se presentó además una ocasión que me fue muy provechosa al respecto. Por la amenaza del cólera del año 1836, los jesuitas de Turín anticiparon el traslado de los internos del Colegio del Carmen a Montaldo. Esta anticipación exigía doble personal docente, ya que, aunque se ausentasen los internos, debían atender en el colegio a los externos. Don José Cafasso, que había sido consultado, me propuso para dar una clase de

griego.

Esto me empujó al estudio serio de esa lengua para ser capaz de enseñarla. Además, fue para mí una gran ventaja, que aproveché debidamente, encontrar en la Compañía al padre Bini, profundo conocedor del griego. En sólo cuatro meses me hizo traducir casi todo el Nuevo Testamento, los dos primeros libros de Homero y algunas odas de Píndaro y Anacreonte. Aquel digno sacerdote, admirado de mi buena voluntad, continuó ayudándome, y durante cuatro años leía, semana tras semana, la composición griega o la traducción que yo le remitía. Él hacía la corrección pertinente y me devolvía el trabajo con las observaciones del caso. De esta manera pude llegar a traducir griego como si tradujera latín.

También durante este tiempo estudié francés y elementos de hebreo. Después del latín y el italiano, éstas fueron mis lenguas predilectas: hebreo, griego y francés.

9. Ordenación sacerdotal

Una petición del Arzobispo

Al año de la muerte de Comollo (1839), recibí la tonsura y las cuatro órdenes menores, ya en tercer curso de teología (25 de marzo de 1840).

Después de aquel curso me vino la idea de intentar lo que rara vez era permitido: adelantar un curso durante el verano. A tal fin, sin decir nada a nadie, me presenté yo solo al arzobispo Fransoni y le pedí me dejara estudiar los tratados correspondientes al cuarto curso durante el verano, para así dar por acabado el quinquenio de teología en el curso escolar siguiente, 1840-41. Aducía mi avanzada edad de veinticuatro años cumplidos.

Aquel santo prelado me acogió con mucha bondad y, visto el éxito de los exámenes hasta entonces sufridos en el seminario, me concedió el favor implorado, con la condición de que me presentase a examen de todos los tratados correspondientes al curso que yo deseaba adelantar. El teólogo Cinzano, vicario de mi parroquia, fue el encargado de llevar a cabo la voluntad del superior.

Estudiando, logré terminar en dos meses los tratados prescritos y, por las cuatro témporas de otoño, fui admitido al subdiaconado (19 de septiembre de 1840).

Un paso decisivo

Ahora que sé las virtudes que se requieren para este importantísimo paso, estoy convencido de que yo no estaba lo suficientemente preparado. Pero, no teniendo quien se cuidase directamente de mi vocación, me aconsejé con don José Cafasso, el cual me dijo que siguiera adelante y fiase en su palabra.

Durante los diez días de los ejercicios espirituales, hechos en la casa de la Misión, de Turín, hice la confesión general para que el confesor pudiese tener una idea clara de mi conciencia y me diera consejos a propósito. Deseaba terminar mis estudios, pero temblaba al pensar que me ataba para toda la vida. Por eso no quise tomar una decisión definitiva sin antes tener el pleno consentimiento del confesor.

Desde entonces me empeñé en practicar el consejo del teólogo Borel. «Con el recogimiento y la frecuente comunión, la vocación se conserva y se perfecciona».

De vuelta en el seminario, pasé al quinto curso y me hicieron prefecto, que es el cargo más alto al que puede llegar un seminarista.

El sábado 27 de marzo de 1841 recibí el diaconado, y fui ordenado sacerdote por las témporas de verano.

Día de verdadera pena fue aquel en que hube de abandonar el seminario. Los superiores me querían y me habían dado continuas pruebas de benevolencia. Yo también quería mucho a mis compañeros. Se puede decir que yo vivía para ellos y ellos para mí. Si uno necesitaba afeitarse o hacerse la coronilla, recurría a Bosco. Si otro necesitaba un bonete o necesitaba hacer un cosido o remendar una sotana, acudía a Bosco.

Por esto me resultó dolorosísima aquella separación. Dejaba un lugar en donde había vivido seis años, donde había recibido educación, ciencia, espíritu eclesiástico y

cuantas muestras de bondad y cariño se puedan desear.

La primera misa

El día de mi ordenación (5 de junio de 1841) era vigilia de la Santísima Trinidad. Celebré la primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, aneja al Colegio Eclesiástico, del que era director de estudios don José Cafasso.

Me esperaban ansiosamente en mi pueblo, en donde hacía muchos años no se había celebrado primera misa alguna. Pero preferí celebrarla en Turín, sin ruido ni distracciones, y puedo decir que ese día fue el más hermoso de mi vida. En el Memento de aquella inolvidable misa procuré recordar devotamente a todos mis profesores, bienhechores espirituales y temporales. Y de modo más señalado a don Juan Calosso, al que siempre recordé como grande e insigne bienhechor.

El lunes fui a celebrar a la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolación (Consolata), para agradecer a la Virgen los innumerables favores que me había obtenido de su divino hijo Jesús. El martes fui a Chieri, y celebré la misa en Santo Domingo, en donde todavía vivía mi antiguo profesor el padre Giusiana, que me atendió con afecto paternal. Durante toda la misa estuvo el buen profesor llorando de emoción. Pasé a su lado el día entero, que fue verdaderamente de cielo.

El jueves, solemnidad del Corpus Christi, contenté a mis paisanos. Canté la misa y presidí la procesión. El párroco invitó a comer a mis parientes, al clero y a los principales del lugar. Todos tomaron parte en aquella alegría, ya que yo era muy querido de mis paisanos, y cada uno de ellos se alegraba con cuanto pudiera constituir un bien para mí.

Por la noche volví finalmente a mi casa.

Pero cuando estuve próximo a ella y contemplé el lugar del sueño que tuve alrededor de los nueve años, no pude contener las lágrimas y exclamé:

—¡Cuán maravillosos son los designios de la divina Providencia! Verdaderamente es Dios quien sacó de la tierra a un pobre chiquillo para colocarlo entre los primeros de su pueblo.

10. Y se espantó el caballo

«Siempre rodeado de muchachos»

Aquel año (1841), al faltar vicario en mi parroquia (Castelnuovo), lo suplí yo durante cinco meses.

Experimentaba el mayor placer del mundo en el trabajo parroquial. Predicaba todos los domingos, visitaba a los enfermos, les administraba los santos sacramentos, excepto la confesión, pues aún no había sufrido el examen. Asistía a los entierros, llevaba al día los libros parroquiales, extendía certificados de pobreza o lo que fuese.

Pero mi delicia era enseñar catecismo a los niños, entretenerme con ellos, hablar con ellos. Muchas veces me venían a visitar desde Morialdo, y al volver a casa iba siempre rodeado de ellos. Cuando ellos llegaban a sus aldeas, se hacían, a su vez, nuevos amigos. El resultado era que, al salir de la casa parroquial, iba siempre acompañado de una tropa de chicos, y adondequiera que fuese, marchaba envuelto en una nube de amiguitos la mar de contentos.

«Una bandada de pájaros espantó a mi caballo»

Como tenía mucha facilidad para exponer la palabra de Dios, era a menudo buscado para predicar y hacer panegíricos en los pueblos vecinos. Me invitaron para San Benigno, en Lavriano, hacia el final de octubre de aquel año, a que les dirigiese la palabra. Condescendí de buen grado, porque era aquel el pueblo de mi querido amigo y compañero don Juan Grassino, hoy párroco de Scalenghe. Deseaba dar brillo a aquella solemnidad, y para ello preparé y escribí un sermón en piamontés, pero pulido. Lo estudié bien, persuadido de la fama que iba a conquistar. Pero Dios quiso dar una lección terrible a mi vanagloria.

Como era día festivo y debía celebrar la misa antes de partir, a una hora cómoda para mi parroquia, fue preciso emplear un caballo para llegar a tiempo al sermón de Lavriano.

Recorrida la mitad del camino al trote y al galope, llegué al valle de Casalborgone, entre Cinzano y Bersano, cuando he aquí que, de repente, de un campo sembrado de maíz, se levantó una bandada de pájaros, cuyo revoloteo espantó a mi caballo, el cual se lanzó a correr desbocado a campo traviesa por prados y cultivos. Me mantuve un rato sobre la silla, mas al darme cuenta de que ésta se escurría bajo el vientre del animal, intenté una maniobra de equitación. Pero la silla, fuera de su sitio, me lanzó al aire y fui a caer sobre un montón de piedra picada.

«Volví en mí, en casa ajena»

Un hombre, desde la colina cercana, observó el desgraciado accidente y vino en mi ayuda con un criado suyo. Al encontrarme sin sentido, me llevó a su casa y me puso en la mejor cama que tenía. Me prodigaron caritativos cuidados; después de una hora, volví en

mí, y advertí que estaba en casa ajena.

—No se apure mi huésped, dijo; no se preocupe por estar en casa ajena. Aquí no le faltará de nada. Ya he mandado buscar al médico, y otro hombre fue en seguimiento del caballo. Soy un campesino, pero provisto de cuanto hace falta. ¿Se encuentra muy mal?

—Dios le premie tanta caridad, buen amigo. No creo que sea cosa grave, tal vez alguna costilla rota, pues no puedo mover la espalda. ¿En dónde estoy?

—Está usted en la colina de Bersano, en casa de Juan Calosso, de apodo Brina, para servirle. También yo he rodado por el mundo y he necesitado de los demás. ¡Ah, cuántas aventuras me han sucedido yendo por ferias y mercados!

—Cuénteme algo mientras esperamos al médico.

—Pues tendría mucho que contar. Ahí va una muestra:

«Hace algunos años fui, por otoño, a Asti con mi borriquilla a hacer provisiones para el invierno. A la vuelta, y cuando llegué a los valles de Morialdo, mi pobre animal, demasiado cargado, cayó en un barrizal y quedó inmóvil en medio del camino. Todos mis esfuerzos para levantarlo resultaron inútiles. Era ya medianoche, con un tiempo oscuro y lluvioso. No sabiendo qué hacer, me puse a gritar pidiendo auxilio. Unos minutos después, ya me habían oído en la casa vecina. Acudieron un seminarista, un hermano suyo y otros dos hombres, con hachas encendidas. Me ayudaron a descargar la burra y a sacarla del fango, y me condujeron con todo lo mío a su casa. Estaba medio muerto y completamente manchado de barro. Me limpiaron, me ofrecieron una cena suculenta y me proporcionaron una cama comodísima. A la mañana siguiente quise, antes de marchar, pagarles como era justo; pero el seminarista lo rechazó diciendo:

—Puede darse que mañana necesitemos nosotros de usted».

«Se dio cuenta de mis lagrimas»

Al llegar aquí me sentí conmovido, tanto que el otro se dio cuenta de mis lágrimas.

—¿Se siente usted mal?, preguntó.

—No, respondí; me gusta tanto su relato, que me conmueve…

—¡Si yo supiera cómo pagar a aquella buena familia! ¡Qué buena gente era!

—¿Sabe usted su nombre?

—La familia Bosco, vulgarmente llamada los Boschetti. Pero ¿por qué se conmueve usted así? ¿Conoce tal vez a esa familia? ¿Vive aún aquel seminarista?

—Aquel seminarista, amigo mío, es este sacerdote a quien usted paga con creces lo que él hizo. Es el mismo que ha traído a su casa y ha puesto en esta cama. La divina Providencia ha querido enseñarnos con este hecho que el que bien hace, bien encuentra.

Fácil es imaginar la sorpresa, la alegría de aquel buen cristiano y la mía, al ver cómo en la desgracia, había Dios dispuesto que yo cayera en manos de un amigo. Su esposa, su hermana y otros parientes y amigos se alegraron inmensamente al saber que tenían en casa a aquél de quien tantas veces habían oído hablar. No hubo atención que no se me prodigara. Llegó a poco el médico, comprobó que no había fracturas, y, pocos días después, pude volver a mi pueblo con el caballo, que también fue encontrado. Juan Brina me acompañó hasta casa, y mientras vivió conservamos una estrecha amistad.

Después de este aviso del cielo, tomé la firme resolución de preparar mis sermones para la mayor gloria de Dios, y no para mostrar sabiduría y oratoria.

11. La Residencia Sacerdotal

Tres empleos rechazados

Al acabar aquellas vacaciones se me ofrecieron tres empleos: el de preceptor en casa de un señor genovés con la paga de mil francos al año; el de capellán de Morialdo, en donde los buenos campesinos, por el vivo deseo de tenerme con ellos, doblaban la paga de los capellanes anteriores, y, finalmente el de vicario de Castelnuovo, mi parroquia.

Antes de tomar una determinación definitiva hice un viaje a Turín con la intención de pedir consejo a don José Cafasso, quien, desde hacía varios años, era mi guía en lo espiritual y en lo temporal. Aquel santo sacerdote lo escuchó todo, los ofrecimientos de buenos estipendios, las insistencias de parientes y amigos y mis grandes deseos de trabajar. Pero, sin dudar en lo más mínimo, me dijo estas palabras:

—Lo que usted necesita es estudiar moral y predicación. Renuncie por ahora a toda propuesta y véngase conmigo a la Residencia Sacerdotal (Convictorio Eclesiástico).

Seguí con gusto el sabio consejo, y el 3 de noviembre de 1841 entré en la Residencia Sacerdotal.

El profesor Luis Guala

Se puede afirmar que la Residencia Sacerdotal viene a ser complemento de los estudios teológicos, allí se aprendía a ser sacerdote.

La meditación, la lectura espiritual, dos conferencias diarias y lecciones de predicación, en medio de una vida tranquila y de facilidades para estudiar y leer buenos autores, constituían las ocupaciones a las que cada uno debía entregarse a fondo.

Dos hombres muy conocidos en aquel tiempo estaban a la cabeza de esta utilísima institución: el teólogo don Luis Guala y don José Cafasso.

El teólogo Guala era el fundador de la obra. Hombre desinteresado, rico en ciencia y prudencia y muy emprendedor, se dio en alma y vida a todos en tiempo del gobierno de Napoleón I. Para que los jóvenes levitas, una vez terminados los cursos del seminario, pudieran aprender la vida práctica del sagrado ministerio, fundó aquel bendito hogar que ha hecho muy bien a la Iglesia; especialmente extirpando las últimas raíces del jansenismo que aún se conservaban entre nosotros.

Entre otras cuestiones se agitaba mucho entre nosotros la del probabilismo y del probabiliorismo. A la cabeza de éste estaban Alassia, Antoine y otros autores rigurosos, cuya práctica, la del probabiliorismo, puede conducir al jansenismo.

Los probabilistas seguían]a doctrina de San Alfonso, hoy ya proclamado doctor de la Santa Madre Iglesia (23 de marzo de 1871), y cuya autoridad ha quedado así refrendada por el Papa, ya que la Iglesia proclamó que se puede enseñar, predicar y practicar sus doctrinas, en las cuales no hay nada que merezca censura.

El teólogo Guala se situó fielmente en medio de los dos partidos y, poniendo como centro de las dos opiniones la caridad de nuestro Señor Jesucristo, logró que se acercasen ambos extremos. Las cosas llegaron a tan buen punto que, gracias al teólogo Guala, San

Alfonso se convirtió en nuestro maestro, con las ventajas tanto tiempo deseadas: los saludables efectos los experimentamos hoy.

Don José Cafasso y don Félix Golzio

Don José Cafasso era el brazo derecho del teólogo Guala. Con su virtud a toda prueba, su calma prodigiosa, su perspicacia y prudencia.

Una verdadera mina de oro se escondía a su vez en el sacerdote turinés, el teólogo Félix Golzio, perteneciente también a la Residencia Sacerdotal. Hizo poco ruido en su modesta vida; pero con su trabajo incansable, su humildad y su saber era un verdadero apoyo, o por mejor decir, el brazo derecho de don Luis Guala y don José Cafasso.

Las cárceles, los hospitales, las instituciones benéficas, los enfermos en sus propias casas, las ciudades y los pueblos, los palacios de los grandes y los tugurios de los pobres experimentaron los saludables efectos del celo de estas tres lumbreras del clero turinés.

Éstos eran los tres modelos que la divina Providencia me ponía delante. A mí sólo me quedaba seguir sus huellas, su doctrina y su virtud.

Muchachos tras los barrotes de la cárcel

Don José Cafasso, que desde seis años atrás era mi mentor, fue también mi director espiritual. Si he hecho algún bien en la vida, a este digno eclesiástico se lo debo. Puse en sus manos todas mis aspiraciones, todas mis decisiones y todas mis actuaciones.

Empezó primero por llevarme a las cárceles, en donde aprendí en seguida a conocer cuán grande es la malicia y la miseria de los hombres. Me horroricé al contemplar cantidad de muchachos, de doce a dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, atormentados por los insectos y faltos en absoluto del alimento espiritual y material.

En estos infelices estaban personificados el oprobio de la patria, el deshonor de la familia y su propia infamia. Pero ¡cuál no fue mi asombro y mi sorpresa cuando me di cuenta de que muchos de ellos salían con propósito firme de una vida mejor y que luego volvían a ser conducidos al lugar de castigo de donde habían salido pocos días antes!

En esas ocasiones constaté que algunos volvían a la cárcel porque estaban abandonados a sí mismos. «¡Quién sabe, decía para mí, si estos muchachos tuvieran fuera un amigo que se preocupase de ellos y los atendiese e instruyese en la religión los días festivos, quién sabe si no se mantendrían alejados de su ruina, o por lo menos si no se reduciría el número de los que vuelven a la cárcel!».

Comuniqué mi pensamiento a don José Cafasso y, con su consejo y su luz, me puse a estudiar la manera de llevarlo a cabo, dejando el éxito en manos del Señor, sin el cual resultan vanos todos los esfuerzos de los hombres.

12. La Inmaculada Concepción: principio del oratorio festivo

El muchacho escapó a todo correr

Apenas entré en la Residencia Sacerdotal de San Francisco, me encontré con una bandada de muchachos que me acompañaban por calles y plazas hasta la misma sacristía de la iglesia de la Residencia. Pero no podía ocuparme de ellos directamente por falta de local.

Un feliz encuentro me ofreció la ocasión para intentar llevar a la práctica el proyecto en favor de los muchachos errantes por las calles de la ciudad, especialmente de los salidos de las cárceles.

El día solemne de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre de 1841, estaba, a la hora establecida, revistiéndome de los ornamentos sagrados para celebrar la santa misa. El sacristán José Comotti, al ver un jovencito en un rincón, le invitó a que me ayudara la misa.

—No sé hacerlo, respondió él, muy avergonzado.

—Ven, dijo el otro, tienes que ayudar.

—No sé, contestó el jovencito; no lo he hecho nunca.

—Eres un animal, le dijo el sacristán muy furioso. Si no sabes ayudar, ¿entonces a qué vienes aquí?

Y diciendo esto, agarró el mango del plumero y la emprendió a golpes contra las espaldas y la cabeza del pobre chico. Entonces yo grité en alta voz:

—Pero ¿qué haces? ¿Por qué le pegas de ese modo? ¿Qué te ha hecho?

—¿A qué viene a la sacristía si no sabe ayudar a misa?

—Haces mal.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa mucho; se trata de un amigo mío; llámalo en seguida que voy a hablar con él.

«Mi madre murió»

Se puso a llamarlo:

—¡Oye, pillo!

Y corriendo tras él y asegurándole mejor trato, lo condujo de nuevo. Llegó temblando y llorando el pobre chico por los golpes recibidos.

—¿Ya has oído misa?, le dije con la mayor amabilidad que pude.

—No, respondió.

—Ven y la oirás; después querría hablarte de un negocio que te va a gustar.

Accedió sin mayor dificultad. Era mi deseo quitarle la mala impresión recibida del sacristán. Celebrada la santa misa y terminada la acción de gracias, llevé al muchacho al coro. Asegurándole que no tenía por qué temer más palos, con la cara sonriente empecé a preguntarle como sigue:

—Amigo, ¿cómo te llamas?

—Bartolomé Garelli.

—¿De qué pueblo eres?
—De Asti.
—¿Vive tu padre?
—No, murió ya.
—¿Y tu madre?
—También murió.
—¿Cuántos años tienes?
—Dieciséis.
—¿Sabes leer y escribir?
—No sé.
—¿Has hecho ya la primera comunión?
—Todavía no.
—¿Te has confesado?
—Sí, cuando era pequeño.
—Y ahora, ¿vas al catecismo?
—No me atrevo.
—¿Por qué?
—Porque los compañeros pequeños saben el catecismo y yo; tan mayor; no sé nada. Por eso tengo vergüenza de ir a la catequesis.
—Y si yo te diera catecismo aparte; ¿vendrías?
—Vendría con mucho gusto.
—¿Te gustaría que fuese aquí mismo?
—Vendría con gusto; siempre que no me peguen.
—Estate tranquilo; nadie te tocará: serás amigo mío y tendrás que vértelas sólo conmigo. ¿Cuándo quieres que comencemos nuestro catecismo?
—Cuando le plazca.
—¿Esta tarde?
—Sí.
—¿Quieres ahora mismo?
—Pues sí; ahora mismo; con mucho gusto.

El fruto de un Avemaría

Me levanté e hice la señal de la cruz para empezar; pero mi alumno no lo hacía porque no sabía hacerla. En aquella primera lección me entretuve en enseñarle a hacer la señal de la cruz y en darle a conocer a nuestro Señor Creador y el fin para que nos creó.

Aunque de flaca memoria, en pocos domingos, dada su asiduidad y atención, logró aprender las cosas necesarias para hacer una buena confesión y poco después haría su primera comunión.

A este primer alumno se unieron otros. Durante aquel invierno me dediqué a algunos mayorcitos que necesitaban una catequesis especial y, sobre todo, a los que salían de las cárceles. Entonces palpé por mí mismo que, si los jóvenes salidos de un lugar de castigo encontraran una mano bienhechora, que se ocupara de ellos, les asistiera los días festivos, les buscara colocación con buenos patronos y les visitara durante la semana, estos jóvenes se daban a una vida honrada, olvidaban el pasado y resultaban, al fin, buenos cristianos y dignos ciudadanos.

Éste es el origen de nuestro Oratorio, que con la bendición del Señor, tomó tal incremento como yo nunca hubiera podido imaginar.

13. Año 1842: El primer oratorio

Y después del catecismo, un bonito ejemplo

Durante aquel invierno me preocupé de consolidar el incipiente Oratorio. Aunque mi finalidad era recoger solamente a los chicos en mayor peligro, y con preferencia los salidos de las cárceles, sin embargo, para poner cimientos donde apoyar la disciplina y la moralidad, invité a otros de buena conducta y ya instruidos.

Ellos me ayudaban a guardar el orden, y a leer, y a cantar cantos religiosos. Por esto, desde entonces me di cuenta de que las reuniones dominicales sin cierta cantidad de libros de canto y de lectura amena eran un cuerpo sin alma.

Por la fiesta de la Purificación (2 de febrero de 1842), que entonces era fiesta de precepto, tenía ya una veintena de niños, con los que pudimos cantar por vez primera el «Load a María».

Para la fiesta de la Anunciación éramos ya treinta. Aquel día se hizo una fiestecilla. Por la mañana, los alumnos recibieron los santos sacramentos; por la tarde se cantó una letrilla, y después del catecismo se explicó un ejemplo a modo de sermón. Como el coro en que hasta entonces nos habíamos reunido resultaba estrecho, nos cambiamos a la capilla próxima a la sacristía.

José Buzzetti, un muchacho constante

Aquel oratorio se organizaba del siguiente modo: todos los días festivos se daban facilidades para acercarse a los sacramentos de la confesión y comunión. Pero además se determinaba un sábado y un domingo al mes para atender de un modo particular a la práctica de estos sacramentos. Por la tarde, a una hora determinada, se cantaba una copla y se daba catecismo, después se explicaba un ejemplo y se distribuía cualquier cosilla, bien a todos, o bien por suerte.

Entre los muchachos que frecuentaban el primer Oratorio hay que señalar a José Buzzetti, que fue constante en la asistencia de un modo ejemplar (posteriormente se hizo salesiano). De tal manera se aficionó a don Bosco y a aquellas reuniones dominicales, que rehusó volver a su casa con la familia (en Caronno Ghiringhello, hoy Caronno Varesino), como hacían sus otros hermanos y amigos. Se distinguían también sus hermanos Carlos, Ángel y Josué, Juan Gariboldi y su hermano, peones entonces y hoy maestros de obras.

En general, el Oratorio se componía de picapedreros, albañiles, estucadores, adoquinadores, enyesadores y otros que venían de pueblos lejanos. Como no conocían las iglesias ni a nadie que les acompañara, estaban expuestos a todos los peligros de perversión, especialmente en los días festivos.

El buen teólogo Guala y don José Cafasso se mostraban contentos de que existiesen aquellas reuniones de muchachos y me facilitaban de buena gana estampas, folletos, medallas y crucifijos para regalos. Alguna vez me dieron también con qué vestir a algunos de los más necesitados y con qué alimentar a otros durante varias semanas hasta que conseguían ganarse el sustento. Más aún, como creció bastante el número, me concedieron

poder reunir alguna vez mi pequeño ejército en el patio contiguo para jugar. De haberlo permitido el espacio, hubiésemos llegado en seguida a varios centenares, pero nos tuvimos que conformar con unos ochenta.

La Patrona de los albañiles

Cuando se acercaban a los santos sacramentos, el mismo teólogo Guala o don José Cafasso solían venir a hacernos una visita y contarnos algún episodio edificante.

El teólogo Guala proyectaba que se hiciese una buena fiesta en honor de Santa Ana, patrona de los albañiles, y, después de la función religiosa de la mañana, les invitó a todos a desayunar con él.

Se reunieron casi un centenar en la gran sala de conferencias. Allí sirvieron a todos a discreción café, leche, chocolate, panecillos, pastas y otros dulces que tanto gustan a los chicos. ¡Es de imaginar el buen recuerdo que dejó aquella fiesta, y que hubiesen venido muchos más de haberlo permitido el local!

También los muchachos de la cárcel

Dedicaba todo el domingo a asistir a los muchachos.

Durante la semana iba a visitarles en pleno trabajo, en talleres y fábricas; esto les entusiasmaba a los chicos, al ver que había un amigo que se preocupaba de ellos, y lo veían muy bien los patronos, los cuales se complacían en tener bajo su disciplina a muchachos que estaban atendidos durante la semana, y sobre todo los días de fiesta, que son los más peligrosos.

Los sábados iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de panecillos, con el objeto de conquistar a aquellos chicos, que tenían la desgracia de ser encarcelados, y asistirlos así de alguna manera, hacerlos amigos, y lograr que vinieran al Oratorio cuando salieran de aquel lugar de castigo.

14. El dedo de Dios señala Valdocco

En derredor de un confesionario

Por aquel tiempo comencé a predicar en público en algunas iglesias de Turín, en el hospital de la Caridad, en el asilo de las Virtudes (institución que albergaba un centenar de niños pobres), en las cárceles, en el colegio de San Francisco de Paula. Dirigía triduos, novenas, ejercicios espirituales.

Terminados los dos años de moral sufrí examen de confesión (10 de junio de 1843), y así pude cuidarme con mayor provecho de la disciplina, la moralidad y el bien de las almas de mis muchachos en las cárceles, en el Oratorio y donde fuese menester.

Me resultaba consolador ver durante la semana, y principalmente en los días festivos, mi confesionario rodeado de cuarenta o cincuenta muchachos que aguardaban horas y horas a la espera de poder confesarse.

Ésta fue la vida normal en el Oratorio durante casi tres años, es decir, hasta octubre de 1844.

Mientras tanto, la Providencia nos iba preparando novedades, cambios y también tribulaciones.

«Veo una multitud de muchachos que me piden ayuda»

Al acabar los tres cursos de moral, debía decidirme por un ministerio determinado.

El anciano, y ya sin fuerzas, tío de Luis Comollo, don José Comollo, cura párroco de Cinzano, me rogaba, de acuerdo con el obispo, que le ayudase como ecónomo de su parroquia, ya que no podía regirla por su edad y sus achaques. Pero el teólogo Guala me dictó la carta de agradecimiento al arzobispo Fransoni, mientras me buscaba otro sitio.

Un día me llamó don José Cafasso y me dijo:

—Ya ha acabado usted sus estudios; ahora, a trabajar. En los tiempos que corremos, la mies es abundante. ¿A qué se siente más inclinado?

—A lo que usted me indique.

—Hay tres empleos para usted: vicario en Buttigliera de Asti, repetidor de moral aquí en el colegio y director del pequeño hospital, vecino al Refugio. ¿Qué elige?

—Lo que usted juzgue conveniente.

—¿No se inclina más a una cosa que a otra?

—Mi inclinación es hacia la juventud. Usted haga de mí lo que quiera. Veré la voluntad del Señor en su consejo.

—¿Qué es lo que llena en este momento su corazón, qué se agita en su mente?

—En este momento me parece encontrarme en medio de una multitud de muchachos que me piden ayuda.

—Pues entonces marche usted de vacaciones una semanita. A la vuelta ya le diré su designio.

Después de las vacaciones, don José Cafasso dejó pasar como una semana sin decirme nada. Tampoco yo le pregunté nada.

—¿Por qué no me pregunta por su destino?, me dijo un día.

—Porque quiero ver la voluntad de Dios en su deliberación. No quiero poner nada de mi parte.

—Vaya con el teólogo Borel. Será usted el director del pequeño hospital de Santa Filomena. Trabajará también en la obra del Refugio. Mientras tanto, Dios le hará ver lo que deba hacer en pro de la juventud.

«¿Dónde reunir a mis muchachos?»

Parecía a primera vista que tal consejo se oponía a mis inclinaciones, pues la dirección de un hospital y predicar y confesar en una institución de más de cuatrocientas jovencitas no me habían de dejar tiempo para otras ocupaciones. Sin embargo, éste era el designio del cielo, como pronto advertí.

Desde el primer momento en que conocí al teólogo Borel vi en él a un sacerdote santo, modelo digno de admiración y de imitación. Cuando podía entretenerme con él, recibía lecciones de celo sacerdotal, buenos consejos y estímulo al bien.

Durante los tres años que pasé en la Residencia Sacerdotal me había invitado muchas veces a que le ayudase en las funciones sagradas, a confesar y predicar junto a él, de modo que mi nuevo campo de trabajo me era conocido y en cierto modo familiar.

Hablamos mucho diversas veces sobre el horario que teníamos que seguir para podernos ayudar mutuamente en las visitas a las cárceles, en el cumplimiento del cargo que se nos había confiado y, al mismo tiempo, poder atender a los jóvenes, cuya moralidad y abandono reclamaban cada vez con más insistencia el cuidado del sacerdote.

Pero ¿Cómo hacerlo? ¿Dónde reunir a aquellos muchachos?

—La habitación, dijo el teólogo Borel, a usted destinada, podrá servir durante algún tiempo para reunir a los chicos que hoy van a San Francisco de Asís. Cuando tengamos que irnos al edificio preparado para los sacerdotes, junto al pequeño hospital, entonces encontraremos otro sitio mejor.

15. Otro sueño

«Fui a dormir con el corazón inquieto»

El segundo domingo de octubre de aquel año (1844) tenía que anunciar a mis chicos que el Oratorio pasaría a Valdocco. Pero la incertidumbre del lugar, de los medios y de las personas me tenía preocupado. La víspera fui a dormir con el corazón inquieto.

Aquella noche tuve otro sueño que parece ser un apéndice del que tuve en I Becchi cuando tenía nueve años. Creo oportuno exponerlo con detalle.

Soñé, pues, que estaba en medio de una multitud de lobos, zorros, cabritos, corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Todos juntos hacían un ruido, un alboroto, o, mejor, una batahola capaz de espantar al más intrépido. Iba a huir, cuando una señora muy bien vestida a guisa de pastorcilla, me indicó que siguiera y acompañase aquel extraño rebaño; mientras, ella se ponía al frente. Anduvimos vagando por varios lugares; hicimos tres estaciones o paradas. A cada parada, muchos de aquellos animales, cuyo número cada vez aumentaba más, se convertían en corderos. Después de andar mucho, me encontré en un prado, en donde aquellos animales corrían y se alimentaban juntos, sin que los unos intentasen dañar a los otros.

«Los corderos se convertían en pastores»

Agotado de puro cansancio, quise sentarme junto al camino vecino: pero la pastorcilla me insistió que siguiera andando.

Después de un corto trecho de camino me encontré un patio grande, rodeado de pórticos y a cuyo extremo se levantaba una iglesia. En aquel momento me di cuenta de que las cuatro quintas partes de aquellos animales ya se habían convertido en corderos. A este punto llegaron algunos pastorcillos para custodiarlos, pero estaban poco tiempo y se marchaban. Entonces sucedió algo maravilloso: no pocos de los corderos se convertían en pastores, que crecían y cuidaban el resto del rebaño. Como aumentaba mucho el número de pastores, fueron dividiéndose y marchando a diferentes pastos, para recoger otros animales de otro origen.

Yo quería marcharme de allí, porque me pareció que era hora ya de celebrar misa; pero la pastora me invitó a mirar hacia el mediodía. Miré y vi un campo sembrado de maíz, patatas, coles, remolachas, lechugas y muchas otras verduras.

—Mira de nuevo, me dijo la majestuosa señora.

Miré otra vez. Entonces vi una iglesia alta y grandiosa.

Un coro orquestal, música instrumental y vocal me invitaban a cantar la misa. En el interior de la iglesia había una franja blanca en la que estaba escrito con caracteres cubitales: Ésta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria.

«Comprendí las cosas según se iban realizando»

Siempre en sueño, pregunté a la pastora que en dónde me encontraba; qué querían

decir aquel andar y detenerse, aquella casa, una iglesia y después otra iglesia.

—Todo lo comprenderás cuando con los ojos materiales veas realizado lo que ahora contemplas con los ojos del entendimiento.

Y como me pareciera que estaba despierto, dije:

—Yo veo claro y veo con los ojos materiales. Sé adónde voy y qué hago.

En aquel momento sonó la campana del avemaría en la iglesia de San Francisco, y me desperté.

Esto duró casi toda la noche; lo acompañaron muchas circunstancias. Entonces entendí poco de su significado, porque no le daba gran crédito; pero comprendí poco a poco las cosas según se iban realizando. Más tarde me sirvió, juntamente con otro nuevo sueño, de programa en mis decisiones.

16. En casa de la marquesa

Traslado del Oratorio junto al Refugio

El segundo domingo de octubre, consagrado a la Maternidad de María, comuniqué a mis jovencitos el traslado del Oratorio junto al Refugio. Al primer momento se asustaron un poco, pero cuando les dije que allí nos aguardaba un amplio local, todo para nosotros, para cantar, correr, saltar y divertirse, quedaron contentos, y aguardaban con impaciencia el domingo siguiente para contemplar las novedades que se iban imaginando.

El tercer domingo de octubre, día dedicado a la Pureza de la Virgen María, una turba de jovenzuelos de diversa edad y condición corría, poco después de mediodía, hacia Valdocco buscando el nuevo Oratorio.

—¿Dónde está el oratorio? ¿Dónde vive don Bosco?, preguntaban por todas partes.

Nadie sabía responderles, pues en aquel vecindario no se había oído hablar nunca de don Bosco ni del Oratorio. Los chicos, creyéndose burlados, alzaban la voz e insistían en sus pretensiones; los vecinos, a su vez, se creían insultados, y oponían amenazas y golpes. Las cosas comenzaron a tomar mal cariz, cuando el teólogo Borel y yo, oyendo desde el Refugio el alboroto, salimos a ver qué pasaba.

Al aparecer nosotros cesaron el ruido y los altercados. Corrieron en grupo hacia nosotros y preguntaron en dónde estaba el Oratorio. Se les dijo que el verdadero Oratorio no estaba todavía acabado, pero que mientras tanto nos arreglaríamos con mi habitación, que, como era espaciosa, nos vendría bien. En efecto, aquel domingo las cosas fueron bastante bien.

«Así no se puede seguir»

Al domingo siguiente, como a los viejos se unieron algunos del vecindario, no supe dónde meterlos. La habitación, el corredor y las escaleras, todo estaba atestado de chicos.

El día de Todos los Santos me puse a confesar con el teólogo Borel, y todos querían confesarse; pero ¿cómo hacer si éramos dos confesores para más de doscientos chicos? Uno se empeñaba en encender fuego, y otro se daba prisa en apagarlo. Éste llevaba leña, aquél agua; tubos, tenazas, paletas, cántaros, palanganas, sillas, zapatos, libros, todo quedaba en admirable confusión por querer ordenar y arreglar las cosas.

—Así no se puede seguir, dijo el buen teólogo; hay que buscar un lugar más a propósito. Sin embargo, aún hubimos de utilizar otros seis días festivos aquel estrecho local, que no era otro que la habitación que está encima del vestíbulo correspondiente a la primera puerta de entrada en el Refugio.

En conversación con el Arzobispo

En el entretanto se habló con el Arzobispo Fransoni, el cual se percató de la importancia del proyecto.

—Seguid adelante, nos dijo; haced cuanto juzguéis oportuno para el bien de las

almas. Os doy cuantas facultades os sean necesarias. Hablad con la marquesa Barolo. Quizás ella os facilite otro local más cómodo. Pero decidme: ¿No podrían acudir estos chicos a sus propias parroquias?

—Los más de ellos son emigrantes y sólo pasan en Turín una parte del año. Ni siquiera saben cuál es su parroquia, Muchos son gente harapienta, que hablan dialectos difíciles y, por lo mismo, que entienden poco y se hacen difícilmente entender. Algunos, además, son ya de cierta edad y rehúsan mezclarse en las explicaciones con los pequeños.

—En consecuencia, replicó el Arzobispo, se necesita un lugar aparte, destinado a ellos. Adelante, pues. Os bendigo a vosotros y vuestros planes. Os ayudaré todo lo que pueda; mantenedme al tanto y en todo momento haré lo que esté en mi mano.

En efecto, se habló con la marquesa Barolo y, como quiera que hasta finales de agosto del año siguiente no se abriría el pequeño hospital, la caritativa dama estuvo de acuerdo en que convirtiésemos en capilla dos habitaciones destinadas a salas de estar para los sacerdotes del Refugio que, con el tiempo, debían instalarse en aquel edificio.

«Por qué Oratorio de San Francisco de Sales»

Por lo tanto, para ir al nuevo Oratorio se pasaba por donde actualmente está la puerta del hospital; y, por el callejón que separa la obra del Cottolengo del edificio citado, se iba hasta la actual habitación de los sacerdotes, y por la escalera interior se subía a la tercera planta.

Aquel era el sitio elegido por la divina Providencia para la primera iglesia del Oratorio.

Comenzó a llamarse de San Francisco de Sales por tres razones: primera, porque la marquesa Barolo tenía intención de fundar una congregación sacerdotal bajo este título, por esto había hecho pintar a este santo a la entrada del local, como todavía se contempla; segunda, porque como nuestro ministerio entre los jóvenes exigía gran calma y mansedumbre, nos habíamos puesto bajo la protección del santo, a fin de que nos obtuviese de Dios la gracia de poder imitarle en su extraordinaria dulzura y en la conquista de las almas. Una tercera razón era la de ponernos bajo la protección de este santo, para que nos ayudase desde el cielo a imitarle en el combate contra los errores de la religión, especialmente del protestantismo, que empezaba a insinuarse insidiosamente en nuestros pueblos, y principalmente en la ciudad de Turín.

En consecuencia, el año 1844, el día 8 de diciembre, dedicado a la Inmaculada Concepción de María, con la autorización del Arzobispo, en un día verdaderamente invernal, mientras caía una copiosa nevada, se bendijo la suspirada capilla, se celebró la santa misa y confesaron y comulgaron algunos chicos. Yo celebré aquella función emocionado hasta derramar lágrimas, porque veía ya de una forma que me parecía estable la obra del Oratorio; su fin no era otro que el de tener alegremente ocupada a la juventud desatendida y en peligro, después de cumplir sus deberes religiosos en la iglesia.

17. Desahucio del Oratorio

Meses de paraíso

En la capilla del edificio del pequeño hospital de Santa Filomena, el Oratorio se iba encarrilando. Los días festivos acudían muchos jovencitos para confesar y comulgar. Después de misa se daba una breve explicación del Evangelio. Por la tarde, catecismo, canto de coplas religiosas, breve instrucción, letanías de la Virgen y bendición.

Durante los intervalos, se entretenía a los muchachos con juegos diversos. Éstos se hacían en la calle que aún existe entre el monasterio de las Magdalenas y la vía pública.

Allí pasamos siete meses, y nos creíamos haber encontrado el paraíso en la tierra cuando nos vimos obligados a abandonar aquel albergue acogedor para irnos en busca de otro.

La marquesa Barolo, aunque veía con buenos ojos toda obra de caridad, como se acercaba la apertura de su pequeño hospital (se abrió el 10 de agosto de 1845), decidió que nuestro Oratorio desapareciese de allí. La verdad es que el local destinado a capilla, escuela o recreo de los jóvenes no tenía comunicación alguna con el interior del establecimiento; hasta las mismas persianas estaban fijas y vueltas hacia arriba. Sin embargo, no hubo más remedio que obedecer.

A San Martín de los Molinos

Se presentó una razonada instancia al municipio de Turín y gracias a la recomendación del arzobispo Fransoni, conseguimos que el Oratorio se trasladase a la iglesia de San Martín de los Molinos.

Y hete aquí que un domingo del mes de julio se carga con los bancos, reclinatorios, candelabros y alguna que otra silla, con luces, cuadros y demás, y, llevando cada uno el objeto de que era capaz, a manera de una emigración popular, entre la algazara, la risa y la pena, fuimos a establecer nuestro cuartel general en el lugar concedido.

El sermón de las coles

El teólogo Borel hizo un discurso de ocasión, lo mismo a la partida que a la llegada a la nueva iglesia.

Aquel digno ministro del altar, en un lenguaje popular muy suyo, dijo lo siguiente:

«Las coles, queridos jóvenes, si no se trasplantan, no se hacen grandes y hermosas. Pues lo mismo ocurre con nuestro Oratorio. Hasta ahora ha ido pasando de lugar a lugar, pero en cada sitio en que se plantó, logró un buen incremento, y con gran ventaja para los jóvenes. San Francisco de Asís lo vio empezar como una catequesis, amenizada con algún que otro canto, allí no se podía hacer más. El Refugio fue como una parada de esas que hacen los trenes y que sirvió para que nuestros jóvenes no careciesen, en aquellos meses escasos, de la ayuda espiritual que suponen las confesiones, el catecismo, las charlas y los entretenimientos agradables.

Junto al pequeño hospital del Refugio comenzó propiamente un verdadero oratorio, y nos parecía que habíamos encontrado ya la paz completa, nuestro lugar definitivo; pero la divina providencia dispuso que tuviéramos que desalojar aquel edificio y venir aquí, a San Martín.

¿Y estaremos aquí mucho tiempo? No lo sabemos; esperamos que sí, pero sea ello como quiera, nosotros tenemos fe en nuestro Oratorio y, como en el caso de las coles trasplantadas, irá en aumento el número de jóvenes que aman la virtud, crecerá el interés por el canto y la música, y por las escuelas nocturnas, y aun por las diurnas.

¿Estaremos, pues, aquí mucho tiempo?

Dejemos de lado a los pensamientos tristes y pongámonos por completo en las manos del Señor, que él cuidara de nosotros. Una cosa es clara: que él nos bendice, nos ayuda y nos provee. Él pensará en el lugar conveniente para promover su gloria y el bien de nuestras almas.

Pero como las gracias del Señor forman una especie de cadena, de suerte que un anillo se une a otro anillo, así, si nosotros aprovechamos las primeras gracias, podemos estar seguros de que nos concederá otras mayores; y si nosotros secundamos los fines propios del Oratorio, caminaremos de virtud en virtud hasta llegar a la patria feliz, en donde la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo dará a cada uno el premio que se merezca».

A aquella solemne función asistió un gran número de muchachos y se cantó un Tedeum en acción de gracias con verdadera emoción.

¿Reuniones peligrosas?

Aquí las prácticas de piedad se tenían como en el Refugio. Pero no se podía celebrar misa ni dar la bendición por la tarde. Por consiguiente, no se podía dar la comunión, que es el elemento básico de nuestra institución. El mismo recreo era más bien pobre, paralizado a menudo porque los muchachos debían jugar en la calle y en la plazoleta delante de la iglesia, por donde pasaban a menudo peatones, carros, caballos y carretones. Como no podíamos tener otra cosa mejor, dábamos gracias al cielo por cuanto nos había concedido hasta entonces en espera de un lugar mejor, pero sobrevinieron nuevos trastornos.

Como los molineros, los mozos y empleados no pudiesen soportar los saltos, los cantos, y menos aún la algazara de nuestros chicos, se alarmaron y de común acuerdo presentaron sus quejas ante el municipio. Fue por entonces cuando empezó a decirse que aquellas reuniones de jóvenes eran peligrosas y que podían producirse de un momento a otro motines y revueltas. Al decir esto se apoyaban en la obediencia pronta con que ellos ejecutaban la más pequeña indicación de su superior. Añadíase, sin razón, que los muchachos causaban muchos desperfectos en la iglesia y fuera de ella, y en el adoquinado, y no parecía sino que Turín se iba a venir abajo porque nosotros nos reuniéramos en aquel lugar.

Graves acusaciones

Fue el colmo de nuestros males una carta escrita por un secretario de los Molinos al alcalde de Turín, en la que se recogían toda clase de rumores sin la menor base y se decía, abultando los daños imaginarios, que era imposible a las familias que se dedicaban a

aquellos trabajos poder desempeñar sus obligaciones y gozar de tranquilidad. Se llegó a decir que aquello era un semillero de inmoralidad.

El alcalde, aunque persuadido de lo infundado del informe, escribió una violenta carta (el 18 de noviembre de 1845), en virtud de la cual el Oratorio debía trasladarse inmediatamente a otro sitio. ¡Duelo general, lamentos inútiles! Total: tuvimos que irnos.

Bueno es advertir que el secretario, llamado… (no debe publicarse nunca), autor de la famosa carta, fue la última vez que escribió, ya que, atacado de un fuerte temblor en la mano derecha, bajó a la tumba tres años después. Dios dispuso que su hijo quedase abandonado en medio de la calle y se viera obligado a pedir pan y asilo en el internado que más tarde se abrió en Valdocco.

18. El Oratorio en san Pedro *ad Víncula*

La oposición de la criada

Como quiera que el alcalde y, en general, el municipio, estaban convencidos de la inconsistencia de cuanto se escribía contra nosotros, bastó una simple instancia, y la recomendación del arzobispo, para que pudiéramos reunirnos en el patio y en la capilla del Santo Cristo, llamado vulgarmente *San Pedro ad Víncula*.

Así que, después de dos meses en San Martín, tuvimos que cambiarnos con amarga pena a otro lugar que, por lo demás, nos resultaba mejor. Los anchos pórticos, el patio espacioso y la iglesia, muy apta para las funciones sagradas, excitaron el entusiasmo de los jóvenes, que se pusieron locos de alegría.

Pero había allí un terrible rival por nosotros ignorado. Y no fue éste ningún muerto, de los que en gran número reposaban en los próximos sepulcros, sino un vivo, la criada del capellán. Apenas empezó a oír los cantos y las voces (el 25 de mayo de 1845) y también, naturalmente, el barullo de la muchachada, salió fuera de casa hecha una furia y, con la cofia de través y los brazos en jarras, se puso a apostrofar a toda aquella juventud en pleno juego.

Chillaban a la vez que ella, una chiquilla, un perro, un gato y todo un gallinero, de modo que parecía iba a estallar allí toda una guerra europea. Intenté calmarla, dándole a entender que aquellos chicos no tenían ninguna mala intención; que, si se divertían, no cometían con ello el menor pecado. Entonces ella se volvió contra mí y me tocó aguantar lo mío.

La última carta del capellán

En aquel momento juzgué que lo más oportuno era interrumpir el recreo, dar un poco de catecismo y, después de rezar el rosario en la iglesia, marcharnos, con la esperanza de encontrar más paz al domingo siguiente.

Pues ocurrió todo lo contrario. Cuando, al atardecer, llegó el capellán, la buena criada lo abordó, y después de llamar a don Bosco y a sus muchachos profanadores de los lugares santos y cosas peores, obligó a su señor amo a escribir una carta al municipio.

Escribió éste al dictado, pero con tal aspereza, que inmediatamente se dio orden de captura contra cualquiera de nosotros que volviera por allí.

Es doloroso decirlo, pero fue aquélla la última carta del capellán don José Tesio. La escribió el lunes, y horas más tarde, víctima de un ataque apopléjico, moría casi de repente (28 de mayo). Días después la sirvienta corría la misma suerte.

Estas cosas se divulgaron e impresionaron profundamente a los jóvenes y a cuantos supieron el desenlace. El afán de acudir y de enterarse de los tristes sucesos fue grande en todos; pero al prohibirse las reuniones en San Pedro *ad Víncula* y no habiendo podido avisar con tiempo el cambio, nadie estaba en condiciones de saber, ni yo mismo, dónde tendría lugar la reunión siguiente.

19. Tres residencias un desahucio en primavera

El Oratorio por las calles

El domingo siguiente a la prohibición, fue a San Pedro *ad Víncula* una multitud de chicos por no habérseles podido avisar previamente. Al encontrar todo cerrado, se llegaron en masa a mi habitación, junto al Refugio.

¿Qué hacer? Me encontraba con un montón de útiles de iglesia y de juego, y una turba de jóvenes que seguía mis pasos adondequiera que fuese, y yo no contaba con un palmo de terreno donde poderlos reunir.

Ocultando mis penas, aparentaba buen humor con todos y les divertía, anticipándoles las mil maravillas del nuevo Oratorio, que por aquel entonces no existía en ninguna parte más que en mi mente y en los designios de Dios.

Con el fin de entretenerlos de algún modo en los días de fiesta, los llevaba algunas veces a Sassi, otras a la Virgen del Pilón, o a la Virgen del Campo, o al monte de los Capuchinos, y hasta nos largábamos a Superga.

Por la mañana procuraba celebrar misa en aquellas iglesias, explicándoles también el Evangelio; por la tarde había un poco de catecismo, cantos de coplas y algún que otro relato; después de alguna vuelta por los alrededores, paseábamos hasta que llegaba la hora de volver a casa. Parecía que esta situación difícil iba a reducir a puro humo cualquier plan de oratorio. Y, sin embargo, increíblemente, aumentaba de un modo extraordinario el número de los que acudían.

Las escuelas nocturnas en Casa Moretta

Entre tanto ya estábamos en el mes de noviembre (1845), tiempo nada a propósito para paseos o caminatas fuera de la ciudad. De acuerdo con el teólogo Borel, tomamos en alquiler tres habitaciones de la casa del sacerdote Moretta, que está próxima y casi enfrente de la iglesia actual de María Auxiliadora. Hoy aquella casa, a fuerza de reparaciones, casi se ha convertido en otra. En ella pasamos cuatro meses, angustiados por las estrechuras del lugar, pero contentos por poder recoger al menos en aquellas habitacioncitas a nuestros alumnos y poder instruirlos y darles facilidades, sobre todo, para confesarse. Aún más, allí, aquel invierno, comenzamos las escuelas nocturnas. Era la primera vez que en nuestra tierra se hablaba de tal género de escuela. Por eso se habló mucho de ello; unos en favor, otros en contra. Fue precisamente por aquel tiempo cuando se propagaron habladurías muy extrañas. Unos calificaban a don Bosco de revolucionario, otros lo tomaban por loco o hereje.

Los párrocos quieren aclarar la situación

Pensaban así: el Oratorio lo que hace es alejar a los chicos de las parroquias; por consiguiente, el párroco se encontrará con la iglesia vacía y no podrá conocer a unos chicos de quienes habrá de dar cuenta a Dios. Lo que tiene que hacer don Bosco es enviarlos a sus parroquias y dejarse de reunirlos fuera de ellas.

Así me hablaban dos respetables párrocos de la ciudad que me visitaron en nombre de sus colegas.

—Los jóvenes que yo reúno, les respondí, no disminuyen la asistencia a las parroquias, puesto que ninguno de ellos o muy pocos tienen párroco o parroquia.

—¿Por qué?

—Porque los más son forasteros y están en esta ciudad totalmente incontrolados por parte de sus padres, o han venido en busca de un trabajo que no pudieron encontrar. Los que de ordinario frecuentan mis reuniones son saboyanos, suizos, de Biella, de Novara, de Lombardía, del valle de Aosta.

—¿Y no podría mandar a estos jovencitos a sus respectivas parroquias?

—No saben cuáles son.

—¿Y por qué no se lo indica usted?

—No es posible. La lejanía de la patria, la diversidad de lenguajes, la inseguridad del domicilio y el desconocimiento de los lugares hacen difícil, por no decir imposible, el acudir a las parroquias. Además, muchos de ellos son ya crecidos: están entre los dieciocho, los veinte y aun los veinticinco años de edad y son ignorantes en religión ¿Quién les va a convencer de que vayan a mezclarse con chiquillos de ocho o diez años mucho más instruidos que ellos?

—¿No podría usted acompañarles e ir a darles catecismo en las mismas iglesias parroquiales?

—Podría ir a una parroquia, pero no a todas. Esto se podría arreglar en el caso de que cada párroco quisiera preocuparse de venir personalmente o de enviar a alguien para que se hiciese cargo de estos chicos y se los llevase a las respectivas parroquias. Pero aun esto resulta difícil, porque no pocos de ellos son ligeros y también traviesos, y vienen únicamente atraídos por nuestros paseos y diversiones, y sólo así se determinan a asistir también al catecismo y a las demás prácticas de piedad. Luego sería conveniente que cada parroquia tuviera además un lugar adecuado en donde reunir, y entretener a chicos de esta edad en agradable esparcimiento.

—Esto es imposible. Ni existen locales ni se encuentran sacerdotes que dispongan del domingo para esto.

—¿Entonces?

—Entonces, haga lo que le parezca. Mientras, nosotros deliberaremos lo que convenga hacer.

Con la música a otra parte

Se agitó entre los párrocos de Turín la cuestión de si se debían promover o rechazar los oratorios. Hubo quien se declaró en pro y quien en contra. El cura de Borgo Dora, don Agustín Gattino, en compañía del teólogo Ponzati, cura de San Agustín, me trajo la respuesta en estos términos:

—Los párrocos de Turín, reunidos según costumbre, se ocuparon de la conveniencia de los oratorios. Pesados el pro y el contra, ante la imposibilidad de que cada párroco pueda montar un oratorio en su parroquia, animan al sacerdote Bosco a continuar mientras no se tome una decisión en contra.

Entre tanto llegaba la primavera de 1846. La casa Moretta estaba habitada por otros inquilinos, bastante numerosos, quienes, aturdidos por el alboroto y el ruido continuo del ir

y venir de los jóvenes, se quejaron al dueño, haciendo constar que, si no se acababa inmediatamente con aquellas reuniones, se marcharían todos. Con lo que el buen sacerdote Moretta se vio obligado a comunicarnos (2 de marzo 1846) que nos buscáramos en seguida otro lugar donde reunirnos, si queríamos que nuestro oratorio siguiese con vida.

20. El Oratorio en un prado

Confesando en un ribazo

Con gran pena, y no pequeños inconvenientes para nuestras reuniones, en marzo de 1846 nos vimos obligados a abandonar la casa Moretta y a tomar en arriendo un prado de los hermanos Filippi, en donde actualmente existe una fundición de hierro.

Allí me encontré a cielo descubierto, en pleno prado cercado de un pobre seto, que dejaba paso libre a quien desease entrar. Los jóvenes, que ya eran de trescientos a cuatrocientos, encontraron su paraíso terrenal en aquel nuevo oratorio, que por techo y paredes tenía la bóveda del cielo.

Pero ¿cómo realizar prácticas de piedad en aquel lugar? Hacíamos el catecismo a la buena de Dios, se rezaban oraciones y se cantaban vísperas, después el teólogo Borel o yo subíamos a un ribazo o sobre una silla, y teníamos nuestra plática a los muchachos, que se acercaban ansiosos a escucharnos.

Las confesiones tenían lugar del siguiente modo: los días de fiesta, muy de mañana, ya estaba yo en el prado, en donde encontraba a varios aguardándome. Me sentaba en la linde y oía la confesión a unos, mientras los otros se preparaban y daban gracias; tras lo cual la mayoría reanudaba sus juegos.

Paseo a Superga

A cierta hora de la mañana se tocaba una trompeta, y los jóvenes se congregaban; a un segundo toque se hacía silencio. Ello permitía hablar y avisar adónde íbamos a oír la santa misa y a hacer la comunión.

A veces, como ya dije, nos dirigíamos a la Virgen del Camino, a la iglesia de la Consolata, o a Stupinigi, o a aquellos otros lugares ya mencionados.

Como hacíamos frecuentes caminatas hasta lugares lejanos, relataré una que se hizo a Superga, para que por ella se entienda cómo solíamos organizarnos.

Reunidos los jóvenes en el prado, se les daba tiempo para jugar a las bochas, a las chapas, etc.; luego se tocaba un tambor, y después una trompeta, y con ello se anunciaba la reunión y la partida. Teníamos buen cuidado de que todos oyesen misa primero, y, poco después de las nueve, salíamos hacia Superga. Unos llevaban cestos de pan, otros queso, o embutido, o fruta, y otras cosas necesarias para pasar el día. Se guardaba silencio hasta las afueras de la ciudad; después empezaba el alboroto: cantos, gritos, pero siempre en fila y en orden.

Ruido y algazara

Al llegar a los pies de la subida que conduce a aquella basílica, me encontré con que me tenían preparado un caballito estupendo, con sus arreos y todo, enviado por el sacerdote Anselmetti, cura de aquella parroquia. Allí mismo recibí una nota del teólogo Borel, que nos había precedido, en la que decía: «Venga tranquilo con nuestros queridos jóvenes; la

sopa, el cocido y el vino están preparados».

Monté a caballo y, sin más, leí en alta voz la carta. Todos se arremolinaron alrededor y, enterados de su contenido, estallaron a la vez en aplausos, ovaciones, gritos, algazara y cantos. Unos tomaban al caballo por las orejas, otros por el belfo o por la cola, topando unas veces con el pobre animal y otras con el que lo cabalgaba. El manso animal lo soportaba todo pacíficamente, dando señales de una paciencia mayor que la del que iba encima. En medio de aquel alboroto hacíamos oír nuestra música, consistente en un tambor, una trompeta y una guitarra. Todo desafinaba, pero servía para hacer ruido; y bastaban las voces de los jóvenes para que se produjera una maravillosa armonía.

Globos al aire

Cansados de reír, bromear y cantar, llegamos a la meta. Los jovencitos, como estaban sudorosos, se recogieron en el patio del santuario, y en seguida se les proveyó de lo necesario para apagar su voraz apetito. Después de descansar, los reuní a todos y les conté detalladamente la historia maravillosa de la basílica, la de las tumbas reales de la cripta y la de la Academia Eclesiástica, allí erigida por Carlos Alberto y promovida por los obispos de los Estados sardos.

El teólogo Guillermo Audisio, que era el presidente, pagó generosamente la sopa y el cocido para todos los huéspedes. El párroco regaló el vino y la fruta.

Se dio un par de horas para visitar los locales, y después nos reunimos en la iglesia en la que ya había mucha gente. A las tres de la tarde les hice un sermoncito desde un púlpito; después, algunos de buena voz cantaron el Tantum ergo; lo que por la novedad de las voces blancas causó la admiración de todos.

A las seis soltamos algunos globos aerostáticos, y en seguida, con vivas manifestaciones de gratitud a quienes nos habían agasajado, emprendimos el regreso hacia Turín. Los mismos cantos, risas y carreras de antes, unidos a veces a plegarias, ocuparon nuestro camino.

Llegados a la ciudad, si alguno pasaba cerca de su casa, abandonaba la fila y se iba. Cuando yo llegué al Refugio, aún venían conmigo siete u ocho jóvenes de los más robustos, portando los utensilios empleados aquel día.

21. El marqués de Cavour y sus amenazas

«Si este cura fuera general…»

No es posible explicar el entusiasmo que los paseos suscitaban en los jovencitos. Y contentos con aquella mezcla de juegos y paseos, se me encariñaban de forma tal, que no solamente eran obedientísimos a mis órdenes, sino que estaban deseando les confiase cualquier cosa para ejecutarla. Un día, un guardia, al ver que imponía silencio con un solo gesto de la mano a unos cuatrocientos jovencitos que saltaban y alborotaban en el prado, se puso a gritar:

—Si este cura fuera general, podría combatir contra el más poderoso ejército del mundo.

Verdaderamente la obediencia y el afecto de mis chicos llegaba a extremos increíbles.

Por otra parte, esto dio ocasión de renovar las habladurías que don Bosco podía desencadenar una revolución con sus jóvenes en el momento que se lo propusiera.

Frente a frente con Cavour

Tan ridícula afirmación volvió a encontrar eco en las autoridades locales, especialmente en el marqués (Miguel Benso) de Cavour que era teniente-alcalde de la ciudad, que equivalía a jefe del poder urbano. Mandó que me personara en el palacio municipal y, tras largo razonamiento —sobre las patrañas que se me imputaban sin ningún fundamento—, concluyó diciendo:

—Señor cura, acepte mi consejo. No se meta con esos granujas. No harán más que dar disgustos a usted y a la autoridad pública. Se me ha asegurado que esas reuniones son peligrosas y, por consiguiente, no puedo tolerarlas.

—Yo no tengo, señor marqués, le respondí, más miras que las de mejorar la suerte de estos pobres hijos del pueblo. No pido dinero, sólo un lugar en donde poder reunirlos. Espero de este modo disminuir el número de los golfos y de los delincuentes que acaban en las cárceles.

—Se equivoca, señor cura; se cansa en balde, yo no puedo asignar un local teniendo por seguro que tales reuniones resultan peligrosas; además, ¿en dónde encontraría usted medios para pagar alquileres y hacer frente a tantos gastos como le ocasionarían estos vagabundos? Le repito que no puedo permitir tales concentraciones.

—Los resultados obtenidos, señor marqués, me aseguran que mi trabajo no es estéril. Muchos jovencitos totalmente abandonados fueron recogidos, librados de los peligros, orientados hacia algún oficio, y ya no volvieron más a entrar en la cárcel. Hasta ahora los medios materiales no me han faltado: están en las manos de Dios, quien a veces se sirve de instrumentos menguados para cumplir sublimes designios.

—Lo siento. Obedezca sin más; no me es posible permitir esas reuniones.

—No es por mí, señor marqués, sino por el bien de tantos jovencitos abandonados, que tal vez tendrían un triste fin.

—¡No insista! Nada de objeciones. Es una orden. Y yo debo y quiero impedirlo ¿No sabe que está prohibida cualquier reunión para la que no se tenga legítimo permiso?

—Mis reuniones no tienen finalidad política. Enseño el catecismo a los muchachos pobres, y lo hago con el permiso del señor arzobispo.

—El arzobispo, ¿está enterado de todo?

—Totalmente informado; nunca di un paso sin su consentimiento.

—Así y todo, yo no puedo permitir semejantes aglomeraciones.

—Creo, señor marqués, que usted no querrá prohibirme dar catecismo con la autorización de mi prelado.

—Y si el arzobispo le dijera que desistiese de esa su ridícula empresa, ¿pondría usted alguna dificultad?

—¡Absolutamente ninguna! Comencé y he seguido hasta el presente con la venía de mi superior eclesiástico; una simple indicación suya sería para mí una orden.

—Retírese. Hablaré con el arzobispo. Pero no se obstine ante sus órdenes, porque me obligaría a tomar medidas de las que no querría echar mano.

Llegadas las cosas a este punto, creí que ya no tendría más quebraderos de cabeza por algún tiempo. Pero ¡cuál no sería mi estupor cuando, al llegar a casa, me encontré con una carta de los hermanos Filippi en la que se me echaba del local que me habían alquilado!

—Sus muchachos, me decían, pisotean incesantemente nuestro prado y van a echar a perder las raíces de la hierba. Con gusto le perdonamos el alquiler vencido, con tal de que dentro de quince días deje libre el terreno. No nos es posible arrendarle más tiempo.

Corrió la voz de las dificultades por las que íbamos atravesando, y varios amigos me insistían en que abandonase una empresa que, según ellos decían, era del todo inútil. Otros, al verme muy pensativo y siempre rodeado de chiquillos, empezaron a decir si no me había vuelto loco.

«Pobre don Bosco, se ha trastornado»

Un día, el teólogo Borel, en presencia del sacerdote Sebastián Pacchiotti y otros, comenzó a decirme:

—Antes de exponernos a perderlo todo, es mejor salvar alguna cosa. Dejemos a todos los jóvenes que tenemos y quedémonos únicamente con una veintena de los más pequeños. Mientras seguimos enseñándoles el catecismo, Dios nos abrirá camino y nos ofrecerá oportunidad de hacer algo más.

—No es preciso, le respondí, aguardar nuevas oportunidades. El sitio está preparado; tenemos un patio espacioso, una casa con muchos niños, con pórticos, iglesia, sacerdotes, clérigos, todo a nuestra disposición.

—Pero ¿dónde está todo eso?, interrumpió el teólogo.

—No sé dónde está, pero ciertamente existe y es nuestro. Entonces el teólogo Borel empezó a llorar y exclamó.

—¡Pobre don Bosco! ¡Se le ha trastornado la cabeza!

Me tomó de la mano, me la besó y se marchó con don Sebastián Pacchiotti dejándome solo en mi habitación.

22. Y tras el Marqués, la Marquesa

Las muchas cosas que se decían sobre don Bosco empezaron a inquietar a la marquesa de Barolo, tanto más que el municipio de Turín se oponía a mis proyectos. Vino un día ella a mi despacho y empezó a hablarme así:

—Estoy muy contenta del interés que se toma por mis instituciones. Le agradezco su gran trabajo para introducir en ellas cantos religiosos, el canto gregoriano, la música, la aritmética e incluso el sistema métrico.

—No me lo agradezca. El deber de un sacerdote es trabajar. Dios lo pagará todo, por favor, no le dé demasiada importancia.

—Quería decirle a usted que me duele mucho el que la multiplicidad de sus ocupaciones hayan quebrantado su salud. No es posible seguir con la dirección de mis obras y estar al frente de estos muchachos abandonados. Tanto más que ahora ha crecido desmesuradamente su número. Yo le propondría que sólo se ocupase de lo que realmente es su obligación, es decir, de mi pequeño hospital, y no de ir a las cárceles y al Cottolengo; y que suspenda en absoluto su preocupación por los chicos. ¿Qué me dice a esto?

—Señora marquesa: Dios me ayudó hasta ahora y no dejará de ayudarme en adelante. No se preocupe de lo que haya que hacer: entre don Pacchiotti, el teólogo Borel y un servidor lo haremos todo.

—Pero yo no puedo consentir que usted se mate. Tantas y tan variadas ocupaciones, quiera usted o no, van en detrimento de su salud y de mis instituciones. Y, además, las voces que corren sobre su salud mental, la oposición de las autoridades locales, me obligan a aconsejarle…

—Diga, señora marquesa.

—En fin, o deja usted la obra de sus muchachos o la del Refugio. Piénselo y ya me responderá.

—Mi respuesta está pensada. Usted tiene dinero y encontrará fácilmente cuantos sacerdotes quiera para sus obras. No ocurre lo mismo con mis pobres chicos. Si ahora yo me retiro, todo se vendrá abajo, por lo tanto, seguiré haciendo lo que pueda en el Refugio, aunque cese oficialmente en el cargo, pero me daré de lleno al cuidado de mis muchachos abandonados.

—¿Y de qué va a vivir usted?

—Dios me ayudó siempre y me ayudará también en lo sucesivo.

«Acepte mi consejo de madre»

—Pero usted no tiene salud, y su cabeza no le rige; se engolfará en deudas; vendrá a mí, y yo le aseguro desde ahora que no le he de dar ni un céntimo para sus chicos. Acepte mi consejo de madre. Seguiré pasándole la paga, y hasta se la aumentaré si quiere. Váyase a pasar uno, tres, cinco años en cualquier parte; descanse; cuando esté restablecido vuelva al Refugio, y será siempre bien recibido; de lo contrario, me pone en la desagradable necesidad de despedirle de mi fundación. Piénselo seriamente.

—Señora marquesa, lo tengo pensado. Mi vida la tengo consagrada al bien de la Juventud. Agradezco sus ofrecimientos, pero no me puedo alejar del camino que la Providencia me trazó.

—¿Así que prefiere usted sus golfos a mis instituciones? Si es así, dese por despedido desde este momento. Hoy mismo le buscaré sustituto.

Le hice ver que un despido tan precipitado podría hacer suponer motivos poco honrosos para ella y para mí; era mejor obrar con calma y guardar entre nosotros la misma caridad que los dos quisiéramos haber tenido al ser juzgados por el Señor.

—Entonces, concluyó, le daré tres meses; acabados éstos, pondrá en otras manos la dirección de mi pequeño hospital.

Acepté el despido, abandonándome a lo que Dios quisiera de mí. Entre tanto se imponía cada vez más el rumor de que don Bosco se había vuelto loco. Mis amigos estaban pesarosos; otros reían, el arzobispo dejaba hacer, don José Cafasso me aconsejaba contemporizar, el teólogo Borel callaba. Así es que todos mis colaboradores me dejaron solo con mis cuatrocientos muchachos.

¡Al manicomio!

En tal ocasión, algunas personas respetables se propusieron cuidar de mi salud.

—Este don Bosco, decía uno de ellos, tiene ideas fijas que le conducirán inevitablemente a la locura: le convendrían unos días de clínica. Llevémosle al manicomio, y allí, con las debidas atenciones, se hará cuanto aconseje la prudencia.

Encargaron a dos de venirme a buscar en coche y de que me llevaran al manicomio. Los dos mensajeros me saludaron cortésmente. Después de preguntarme por mi salud, por el Oratorio, por el futuro edificio y la iglesia, lanzaron un profundo suspiro y prorrumpieron:

—¡Es verdad!

Me invitaron a continuación a ir con ellos para dar un paseo.

—Un poco de aire te hará bien: ven; tenemos el coche a punto. Iremos juntos y tendremos tiempo de hablar.

Me di cuenta entonces de su juego y sin darme por enterado, les acompañé hasta el carruaje. Insistí en que entraran ellos primero a tomar asiento. Y en lugar de entrar yo también, cerré de un golpe la portezuela y grité al cochero:

—¡De prisa, al galope! ¡Al manicomio, en donde aguardan a estos dos curas!

23. Por fin el Oratorio de Valdocco

Casa Pinardi

Mientras sucedía lo anteriormente narrado, llegó el último domingo en que se me permitía tener el Oratorio en el prado (5 de abril de 1846). Yo lo ocultaba; pero todos sabían mis preocupaciones y mis espinas.

Al atardecer de aquel día, contemplaba la multitud de chiquillos que se divertían y consideraba la mies abundante que iba madurando para el sagrado ministerio. Por lo cual, al verme tan solo a la hora de entregarme a ese trabajo, falto de operarios y agotado de fuerzas, en estado deplorable de salud y sin saber dónde poder reunir en lo sucesivo mis muchachos, me sentí profundamente conturbado.

Me retiré a un lado, me puse a pasear a solas y, quizás por primera vez, me conmoví hasta llorar. Mientras paseaba alcé los ojos al cielo y exclamé:

—¡Dios mío! ¿Por qué no me señalas de una vez el lugar en que quieres que recoja estos chicos? Dámelo a conocer y dime qué he de hacer yo.

Terminaba esta súplica cuando llegó un sujeto, llamado Pancracio Soave, que me dijo tartamudeando:

—¿Es cierto que usted busca un sitio para montar un laboratorio?

—Un laboratorio no: ¡un oratorio!

—Yo no sé lo que va de un oratorio a un laboratorio. Lo cierto es que aquí hay un terreno. Venga y véalo usted mismo. Es propiedad del señor Francisco Pinardi, buena persona, por cierto. Anímese y hará un buen negocio.

Una casucha en medio del campo

En aquel momento precisamente llegó un fiel compañero mío de seminario, don Pedro Merla, fundador de una obra pía, conocida con el nombre de Familia de San Pedro. Trabajaba celosamente en el sagrado ministerio, y había comenzado su institución con el objeto de remediar el triste abandono en que se encuentran tantas muchachas o mujeres desgraciadas que, después de pasar por la cárcel, de ordinario se encuentran rechazadas por la sociedad, y aun por los buenos, en forma que les resulta casi imposible encontrar quien les quiera dar pan y trabajo. Cuando a aquel digno sacerdote le quedaba un rato libre, venía con gusto a ayudar a su amigo, a quien de ordinario encontraba solo en medio de una multitud de muchachos.

—¿Qué te pasa?, me dijo apenas me vio. Nunca te vi tan triste. ¿Alguna desgracia?

—Desgracia no, pero apuro sí, y muy grande. Hoy es el último día que me puedo quedar en este prado. Ya es tarde y no cuento más que con dos horas; he de decir a estos hijos míos en dónde hay que reunirse el próximo domingo y yo mismo no lo sé. Ahí está ese buen hombre que dice existir un local que tal vez me convenga. Échame una mano. Hazte cargo de toda esta chiquillería que juega, que voy a ver qué es y vuelvo en seguida.

Llegado al lugar indicado, vi una casucha de una sola planta, con la escalera y galería carcomida, rodeada de huertos, prados y campos. Intenté subir por la escalera, pero

Pinardi y Pancracio me dijeron:
—No. El sitio que le cederíamos a usted está ahí detrás.

Un simple cobertizo

Era un cobertizo alargado, que por un lado se apoyaba contra la pared y, por el otro, terminaba a la altura de cerca de un metro desde el suelo. Pudiera servir, en caso de necesidad, para almacén o leñera. Al entrar tuve que agachar la cabeza para no pegar en el techo.

—No me sirve: es demasiado bajo, dije.

—Lo haré arreglar a su gusto, repuso complaciente Pinardi. Excavaré, pondré unos escalones y pavimento. Porque yo deseo muchísimo que usted establezca aquí su laboratorio.

—Que no es un laboratorio, sino un oratorio, una iglesia para reunir a los jovencitos.

—Con más razón entonces. De buena gana me ofrezco a hacerlo. Vamos a hacer un trato. Soy cantor, y vendré a ayudarle: traeré dos sillas, una para mí y la otra para mi mujer. Tengo además una lámpara en mi casa. También se la traeré.

Aquel hombre honrado parecía delirar de alegría porque iba a tener una iglesia en su casa.

—Le agradezco, amigo mío, su generosidad y su buen deseo. Acepto sus ofrecimientos. Si puede usted rebajar el pavimento al menos unos dos palmos, ¡de acuerdo! Pero ¿cuánto pide?

—Trescientos francos. Me ofrecen más, pero le prefiero a usted porque piensa dedicar este lugar a beneficio público y de la religión.

—Le doy trescientos veinte, con tal que me deje también la faja de terreno que está junto a él para que puedan hacer recreo los chicos y que el domingo próximo pueda ya venir con ellos.

—Entendido. Trato hecho. Venga, pues: todo estará a punto. No busque más.

«El último rosario en el prado»

Corrí en seguida hacia mis jovencitos. Les reuní alrededor y me puse a gritar:

—¡Animo, hijos míos! Ya tenemos un Oratorio más seguro. Habrá iglesia, sacristía, locales para clases y terreno de juego. El domingo que viene iremos al nuevo oratorio que está allá, en casa Pinardi.

Y con el dedo les señalaba el lugar.

Aquellas palabras fueron acogidas con un entusiasmo delirante. Unos corrían y cantaban de alegría; otros se habían quedado inmóviles; algunos daban voces que eran más bien chillidos y aullidos, conmovidos como quien experimenta una gran alegría y no sabe cómo manifestarla.

En un arranque de emoción y llenos de profunda gratitud hacia la Santísima Virgen, que había acogido favorablemente las plegarias hechas aquella misma mañana en la iglesia de la Virgen del Campo, nos arrodillamos por última vez en el prado y rezamos el santo rosario; tras el cual todos se marcharon a su casa.

Así se daba el último saludo a aquel lugar que todos queríamos por necesidad, pero

que, con la esperanza de otro mejor, abandonábamos sin pena.

Al domingo siguiente, solemnidad de la Pascua, 12 de abril, llevamos con nosotros todos los enseres de iglesia y juegos y nos fuimos a tomar posesión del nuevo local.

Crece el árbol y extiende sus ramas (1846 — 1856)

1. Una jornada en el oratorio

La nueva iglesia

Aunque la nueva iglesia era una auténtica miseria, sin embargo, como había un alquiler con un contrato formal, nos libraba de la inquietud de tener que emigrar en cualquier instante a otro sitio con graves trastornos.

Además, a mí se me antojaba que era verdaderamente el sitio en donde yo había visto, en sueños, escrito: Ésta es mi casa: de aquí saldrá mi gloria; pero las disposiciones del ciclo no acababan ahí.

No era pequeña la dificultad que resultaba de encontrarnos junto a una casa de inmoralidad; dificultad también había por parte de la taberna «La Jardinera», actualmente llamada casa Bellezza, en donde, especialmente los días festivos, se reunía la gente alegre de la ciudad.

Al poco tiempo pudimos vencer las dificultades y comenzar a celebrar regularmente las reuniones con nuestros chicos.

Terminados los trabajos, el arzobispo, el 10 de abril, concedía la facultad de bendecir y dedicar al culto divino aquel modesto local. Esto sucedía el 12 de abril de 1846, domingo (de Pascua). El mismo arzobispo, para demostrar su satisfacción, renovó la facultad que nos había concedido antes cuando estábamos en el Refugio: poder cantar la misa, celebrar triduos, novenas y ejercicios espirituales, administrar la confirmación, la santa comunión y también, poder cumplir con el precepto pascual. Todo esto extensivo a cuantos frecuentaban nuestra institución.

Relatos de historia

El hecho de disponer de un local fijo, las benemerencias del arzobispo, la solemnidad de las funciones, la música, la noticia de que poseíamos un patio de juegos, atraían a muchachos de todas partes. Algunos sacerdotes comenzaron a volver. Entre los que prestaban colaboración destacaron don José Trivero, el teólogo Jacinto Cárpano, el teólogo José Vola, el teólogo Roberto Murialdo y el intrépido teólogo Borel.

Las funciones se celebraban del siguiente modo:

Los días de fiesta se abría la iglesia muy temprano; empezaban las confesiones: éstas duraban hasta la hora de misa, La misa estaba anunciada para las ocho, pero comoquiera que teníamos que atender a los muchos chicos que querían confesarse, frecuentemente se retrasaba hasta las nueve, y aun más tarde.

Algunos de los sacerdotes, cuando estaban, dirigían las oraciones y se hacían cargo de la masa.

En la misa comulgaban cuantos querían. Terminada la misa y quitados los ornamentos, subía yo a un púlpito, nada alto por cierto, a explicar el Evangelio. Por aquel entonces, en vez de homilía, comenzamos a narrar ordenadamente la historia sagrada. Estos relatos hechos en forma sencilla y popular, y revestidos con datos de las costumbres de los tiempos y de los lugares correspondientes, y completados con los nombres geográficos y su

versión actual, agradaban muchísimo al juvenil auditorio, y a los adultos y a los propios sacerdotes presentes.

Después de la plática venía la clase, que duraba hasta el mediodía.

Catecismo, rosario y vísperas

A la una de la tarde comenzaba el recreo, con bochas, zancos, fusiles y espadas de madera, y con los primeros aparatos de gimnasia. A las dos y media empezaba el catecismo. La ignorancia era, en general, grandísima. Muchas veces me sucedió empezar el canto del avemaría y entre cerca de cuatrocientos jóvenes allí presentes, si yo callaba, no encontraba ni uno capaz de continuar.

Terminado el catecismo, como todavía no se podían cantar las vísperas, se rezaba el rosario. Más tarde empezamos a cantar el *Ave maris stella*; después el Magníficat; más adelante el *Dixit Dominus*; luego los otros salmos y, al fin, alguna que otra antífona, hasta llegar a ser capaces de cantar al cabo de un año todas las vísperas de la Virgen.

Y como remate de estas prácticas, se tenía una breve instrucción, consistente de ordinario en un ejemplo, en el que se hacía resaltar un vicio o una virtud. Todo acababa con el canto de las letanías y la bendición del Santísimo Sacramento.

Una palabrita al oído

Al salir de la iglesia empezaba el tiempo libre, durante el cual cada uno podía entretenerse a su gusto. Uno seguía la clase de catecismo, otro la de canto o lectura, pero la mayor parte de los chicos se entregaba a saltar, correr y divertirse en diversos juegos y pasatiempos. Los que se reunían con intención de saltar, hacer carreras y dedicarse a juegos de manos o de habilidad sobre cuerdas y barras, como yo todo eso lo había aprendido en mis tiempos de saltimbanqui, lo practicaban bajo mi disciplina. Así podía frenar de alguna manera a aquella multitud de la que en buena parte se podía decir también: Son como borriquillos y mulos que no tienen seso (Sal 31,9).

Por otra parte, he de decir que, en medio de tan gran ignorancia, pude admirar siempre un gran respeto por las cosas de la Iglesia y ministros sagrados, y una gran inclinación por aprender las verdades religiosas.

Es más, yo me servía de aquellos recreos, tan movidos, para buscar ocasión de insinuar a mis muchachos pensamientos espirituales e invitarles a que frecuentaran los sacramentos. A unos, con una palabrita al oído, les recomendaba más obediencia, una mayor puntualidad en sus deberes; a otros, que frecuentasen el catecismo y se viniesen a confesar; y cosas semejantes. Para mí aquellas diversiones eran un modo eficaz de hacerme con una multitud de jóvenes que, cada sábado por la tarde o cada domingo por la mañana, viniesen a confesarse con el mejor deseo del mundo.

«De rodillas y a confesarse»

A veces apartaba de los mismos juegos a algunos para llevármelos al confesionario, pues me había percatado de que andaban un tanto rezagados en el cumplimiento de tan importante deber. Contaré un hecho de entre muchos.

Había insinuado muchas veces a uno que cumpliese con Pascua; cada domingo me lo prometía, pero no acababa de cumplir. Un día de fiesta, terminadas las funciones sagradas, se puso a jugar con frenesí. Mientras corría y saltaba por todas partes, todo bañado de sudor, y con tal entusiasmo que no sabía si estaba en este mundo o en el otro lo llamé a toda prisa rogándole que viniera conmigo a la sacristía, pues me iba a hacer un encargo. El quiso venir tal como estaba, en mangas de camisa.

—No, le dije; ponte la chaquetilla y ven.

Ya en la sacristía, lo conduje al coro, y entonces le espeté:

—Arrodíllate en este reclinatorio.

Lo hizo, pero con ademán de tomarlo y llevarlo a otro sitio.

—No, añadí; el reclinatorio déjalo donde está.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Pues confesarte.

—No estoy preparado.

—Esto ya lo sé.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, que te prepares y te confesaré después.

—Bueno, no está mal la cosa, exclamó; en realidad tenía necesidad de ello, verdadera necesidad; de lo contrario, no hubiera venido aún a confesarme por miedo a mis compañeros.

Mientras yo recé una parte del breviario, él se preparó algo; después se confesó de buena gana y dio gracias con mucha devoción. A partir de aquel momento fue uno de los más asiduos en el cumplimiento de los deberes religiosos. Cuando él contaba la anécdota a sus compañeros, solía terminar diciendo.

—Don Bosco empleó una buena estratagema para cazar al pájaro y meterlo en la jaula.

Cuando anochecía, un toque de campana reunía a todos en la iglesia. Allí se hacía un poco de oración o se rezaba el rosario con el ángelus, y terminaba todo con el canto del Alabado siempre sea el Santísimo Sacramento.

Y… «¡buenas noches!»

Al salir de la iglesia me ponía en medio de ellos y les acompañaba entre cantos y algazara. Cuando, subiendo, llegábamos hasta la plaza del Rondó, se cantaba una estrofa de una canción religiosa, se citaban entre sí para el siguiente domingo y, dándonos unos a otros las buenas noches, cada cual se marchaba a su casa.

En el momento de irse del Oratorio se producía una escena singular. Al salir de la iglesia, todos, formando un grupo daban mil veces las buenas noches sin acertar a separarse. Yo les decía:

—Id a casa; se hace de noche; os aguardan los padres.

Inútilmente. Era preciso dejarles seguir reunidos; entonces, seis de los más robustos formaban con sus brazos una especie de silla, sobre la cual, como sobre un trono, me tenía yo que sentar por fuerza. Se ordenaban en varias filas, y con don Bosco sobre aquel palco de brazos, que destacaba así por encima de los de mayor estatura, caminaban cantando, riendo y aplaudiendo hasta la plaza llamada el Rondó. Se cantaban todavía allí algunas canciones; terminaban con el canto solemne del Alabado siempre sea.

Se hacía después un gran silencio, y yo entonces podía hacerme oír y augurar a todos una buena noche y una buena semana. Todos respondían a pleno pulmón:

«¡Buenas noches!».

En aquel momento se me bajaba del trono; íbanse todos a sus propias casas, y solamente algunos de los mayores me acompañaban a la mía, medio muerto de cansancio.

2. El rey Carlos Alberto salva al Oratorio

«Me pareció que se iba a celebrar el juicio universal»

A pesar del orden, la disciplina y la tranquilidad de nuestro Oratorio, el marqués de Cavour, teniente-alcalde de gobernación de la ciudad, seguía en el empeño de acabar con nuestras reuniones porque las juzgaba peligrosas.

Cuando supo que yo siempre había procedido con el consentimiento del arzobispo, reunió el tribunal de orden público en el palacio episcopal, por encontrarse algo enfermo el prelado.

Estaba formado este tribunal por una selección de concejales, en cuyas manos se concentraba todo el poder civil. El presidente del tribunal, llamado jefe de orden público, tenía más poder que el alcalde.

—Cuando yo vi a todos aquellos magnates, me dijo más tarde el arzobispo, reunirse en esta sala, me pareció que se iba a celebrar el juicio universal.

Se disputó mucho en pro y en contra, y concluyose en que aquellas reuniones debían impedirse y desbaratarse totalmente, porque comprometían la tranquilidad pública.

Intervención del rey

Formaba parte del tribunal el conde José Provana de Collegno, insigne bienhechor nuestro, y entonces ministro de Hacienda del rey Carlos Alberto. Varias veces me había dado subvenciones de su propio bolsillo, y también de parte del soberano, pues este príncipe oía con verdadero gusto hablar del Oratorio, y cuando se celebraba alguna solemnidad, leía siempre gustoso la relación que yo le mandaba escrita o que el referido conde le hacía verbalmente. Diversas veces me hizo saber que él, el soberano, apreciaba mucho esta actividad del ministerio eclesiástico, que comparaba él con las misiones en el extranjero, y que expresaba vivo deseo de que se establecieran instituciones similares en todas las ciudades y lugares de su Estado. Por Año Nuevo solía enviarme un regalo de trescientas liras con estas palabras: «Para los pilluelos de don Bosco».

Y cuando supo que el tribunal de orden público amenazaba con prohibir nuestras reuniones, encargó a dicho conde les comunicara su voluntad con estas palabras:

—Es mi intención que estas reuniones dominicales sean protegidas y favorecidas; si hubiese peligro de desórdenes, estúdiese el modo de prevenirlos y evitarlos.

Pues bien, el conde Collegno, que asistió en silencio a toda aquella viva discusión, cuando vio que se proponía la orden de dispersión y disolución definitiva, se levantó, pidió la palabra y comunicó la intención del soberano y la protección que el rey quería dispensar a aquella minúscula institución.

Ante tales palabras, calló Cavour y todo el tribunal.

Guardias municipales en el Oratorio

Me mandaron llamar de nuevo a toda prisa, y en tono amenazador y llamándome

terco, terminó Cavour con estas palabras claramente permisivas:

—No quiero el mal de nadie. Usted trabaja con buena intención, pero lo que hace está lleno de peligros, y como yo tengo obligación de velar por el orden público, haré que le vigilen a usted y sus reuniones. A la más mínima cosa que le pueda comprometer, dispersaré inmediatamente a sus pilluelos, y usted me tendrá que dar cuenta de cuanto ocurra.

Fueran las agitaciones en que anduvo envuelto, fuera la enfermedad que ya le minaba, el hecho es que aquélla resultó ser la última vez que Cavour estuvo en el palacio municipal. Atacado de gota, tuvo que sufrir mucho, y en poco tiempo bajó a la tumba (15 de junio de 1850).

Pero durante los seis meses que aún vivió enviaba cada domingo algunos guardias municipales para pasar con nosotros todo el día, vigilando cuanto ocurría en la iglesia o fuera de ella.

—Y bien, dijo el marqués de Cavour a uno de aquellos guardias en cierta ocasión ¿Qué habéis visto y oído en medio de aquella gentuza?

—Señor marqués, hemos visto una multitud de muchachos que se divierten de mil maneras; en la iglesia hemos oído sermones que meten miedo. Dijeron tales cosas sobre el infierno y los demonios que me entraron ganas de ir a confesar.

—¿Y de política?

—De política, nada; aquellos críos no entenderían una palabra. Opino que digieren mejor el tema de los panecillos; en eso todos están en condición de ser los primeros.

Una vez muerto Cavour, no hubo nadie en el ayuntamiento que nos ocasionase la menor molestia; es más, cuantas veces se presentó ocasión hasta 1877, el municipio de Turín nos favoreció siempre.

3. Los analfabetos tienen derecho a la escuela

Texto fundamental: el catecismo

Ya cuando estaba en la iglesia de San Francisco de Asís advertí la necesidad de una escuela, pues hay jóvenes bastante avanzados en edad que ignoran totalmente las verdades de la fe. Para éstos, la enseñanza verbal resulta larga y, de ordinario, enojosa, por lo que fácilmente la abandonan.

Se hizo la prueba de darles algo de clase, pero no prosperó por falta de local y de maestros que nos quisiesen ayudar.

En el Refugio, y más tarde en la casa de Moretta, comenzamos una escuela dominical estable, e incluso una escuela nocturna regular cuando se llegó a Valdocco.

Para obtener un buen resultado se acometía una sola materia de enseñanza por vez. Por ejemplo, un domingo o dos se empleaba en dar o repasar el alfabeto o las sílabas; a continuación se echaba mano del catecismo elemental, y en él se les hacía silabear y leer hasta que fuesen capaces de entender una o dos de las primeras preguntas del catecismo; ésta era la lección para la semana siguiente. Y cuando llegaba el domingo, se hacía repetir la misma materia, añadiendo nuevas preguntas y respuestas. De esta forma pude conseguir que algunos llegaran en ocho días festivos a leer y a aprender por sí mismos páginas enteras del catecismo. Con esto ganamos tiempo, ya que los mayorcitos hubieran necesitado, de no haber aprendido a leer, bastante tiempo antes de alcanzar la suficiente instrucción para poder confesarse.

Leer, escribir y religión

La asistencia a las clases dominicales beneficiaba a muchos; pero no bastaba, pues no pocos, de cortísimo ingenio, olvidaban durante la semana lo aprendido el domingo anterior. Fue entonces cuando introdujimos las escuelas nocturnas, que, comenzadas en el Refugio, continuaron con una mayor regularidad en casa Moretta, y que ahora, en Valdocco, mejoraban notablemente al poder disponer de un local estable.

Estas escuelas nocturnas producían sus resultados; animaban a los jovencitos a venir al Oratorio para instruirse en las letras, de las que sentían gran necesidad y, al mismo tiempo, nos ofrecían la oportunidad de instruirles en religión, que era la finalidad de nuestra institución.

La época de los «maestrillos»

Pero ¿de dónde sacar tantos maestros si casi cada día nos veíamos obligados a añadir nuevas clases? Para resolver el problema, me puse a preparar a cierto número de jóvenes. Les enseñaba yo a ellos italiano, latín, francés y aritmética sin cobrarles nada, pero tenían la obligación de venir a ayudarme a enseñar el catecismo y dar la clase dominical y nocturna. Estos mis maestrillos, unos ocho o diez entonces, fueron en aumento, y de ellos nació la sección de estudiantes.

Cuando estaba en el colegio de San Francisco de Asís, tuve entre mis chicos a Juan Coriasco, hoy maestro carpintero; Félix Vergnano, ahora negociante en pasamanería, y Delfín Paolo. Éste último es ahora profesor de curso técnico.

En el Refugio tuve a Antonio Melanotte, ahora droguero; Juan Melanotte, confitero; Félix Ferrero, corredor; Pedro Ferrero, cajista; Juan Piola, carpintero, patrón de taller. A éstos se unieron Luis Genta, Víctor Mogna y otros, que no fueron constantes. Tenía que gastar mucho tiempo y mucho dinero, y, generalmente, cuando estaban en condiciones de ayudarme, la mayor parte me abandonaban.

A éstos se añadieron varios piadosos señores de Turín. Fueron constantes el señor José Gagliardi, quincallero; José Fino, de la misma profesión; Víctor Ritner, joyero, y otros.

Los sacerdotes me ayudaban especialmente celebrando la misa, predicando e impartiendo catecismo a los mayorcitos.

La Historia Sagrada de don Bosco

La falta de libros constituía toda una dificultad, porque, aprendido el catecismo elemental, ya no disponíamos de texto alguno. Examiné todos los compendios de historia sagrada que se usaban en las escuelas, pero no encontré ninguno que resolviese satisfactoriamente mi problema. Les faltaba sencillez, traían a cuento hechos inoportunos y eran largas sus preguntas y fuera de lugar. Además, no pocos estaban expuestos de tal forma que ponían en peligro la inocencia de los muchachos. Además, todos se preocupaban bien poco de subrayar los puntos que han de servir de fundamento a las verdades de la fe. Dígase lo mismo de los ejemplos que hacían referencia al culto externo, al purgatorio, a la confesión y a la eucaristía y demás.

A fin de subsanar esta deficiencia en la educación de aquel entonces, me entregué en cuerpo y alma a la redacción de una historia sagrada que, a más de poseer facilidad de dicción y sencillez de estilo, estuviese libre de los mencionados defectos. Éste es el motivo que me movió a escribir e imprimir la titulada *Historia sagrada para uso de las escuelas*. No podía garantizar un trabajo de calidad literaria, pero trabajé con toda ilusión por servir a la juventud.

Después de algunos meses de clase hicimos una pública demostración de lo que nuestros alumnos habían aprendido en las lecciones de los domingos. Los alumnos fueron interrogados sobre toda la historia sagrada y sobre la geografía relacionada con ella, siguiendo un cuestionario. Estaban como espectadores el célebre abate Aporti, Boncompagni, el teólogo Pedro Baricco y el profesor José Raynieri: todos aplaudieron la experiencia.

De la calle a la escuela

Animados por los progresos conseguidos en las clases dominicales y nocturnas, se añadieron clases de aritmética y dibujo a la de lectura y escritura. Era la primera vez que en nuestro país tenían lugar semejantes clases. Muchos profesores y otros distinguidos personajes venían con frecuencia a visitarlas. El mismo municipio envió una comisión, con el comendador José Dupré a la cabeza, encargada exclusivamente de comprobar si los tan decantados resultados de las escuelas nocturnas eran una realidad. Ellos mismos

preguntaron sobre pronunciación, contabilidad y declamación, y no podían comprender cómo jóvenes del todo iletrados hasta los dieciocho y veinte años pudiesen adelantar tanto en educación e instrucción en pocos meses. Al contemplar aquel nutrido grupo de jóvenes, ya mayores, que, en vez de pasarse las noches vagando por las calles, se juntaban para instruirse, aquellos señores salieron entusiasmados.

Cuando informaron al ayuntamiento en pleno, se nos asignó como subvención una anualidad de trescientos francos, que se estuvo cobrando hasta 1878, en que, sin que se haya podido saber el porqué, nos la suprimieron para dársela a otra institución.

El caballero Gonella, cuyo celo y caridad dejaron en Turín glorioso e imperecedero recuerdo, era entonces director de la obra La mendicidad instruida. También él vino varias veces a vernos, y al año siguiente, 1847, introdujo el mismo tipo de enseñanza, con los mismos métodos, en la obra confiada a sus cuidados. Al contarles nosotros a los administradores de esta obra cómo funcionaba todo, después de haber deliberado, nos otorgaron una ayuda de mil francos para nuestras escuelas.

Luego, el ayuntamiento hizo algo parecido y, en el espacio de pocos años, las escuelas nocturnas se habían propagado por las principales ciudades del Piamonte.

Un libro de oraciones y otro de aritmética

Pronto surgió una nueva necesidad. Precisábamos de un devocionario adaptado a los tiempos. Son innumerables los que, salidos de muy buenas plumas, corren por las manos de todos, pero, en general, están hechos para personas de cierta cultura, y tanto sirven para católicos como para judíos y protestantes.

Al ver cómo la peligrosa herejía se iba infiltrando cada día más, procuré compilar un libro adaptado a la juventud y a la altura de sus conocimientos religiosos, basado en la Biblia, y que expusiese los fundamentos de la religión católica lo más breve y claramente posible. Este sería *El joven instruido*.

Lo mismo me pasaba con la enseñanza de la aritmética y del sistema métrico. Cierto que no sería obligatorio el empleo del sistema hasta el año 1850; pero empezó a introducirse en las escuelas en 1846; más aún, introducido oficialmente en las escuelas, faltarían, ciertamente, libros de texto. Para llenar este vacío lancé mi librito titulado *El sistema métrico decimal simplificado*.

4. Don Bosco se pone a la muerte

Por los campos de Sassi, en busca de don Bosco

El enorme trabajo que tenía en las cárceles, en el Cottolengo, en el Refugio, en el Oratorio y en las escuelas, me obligaban a trabajar de noche si quería redactar las mencionadas obritas, que necesitaba sin falta. Por ello, mi salud, ya de por sí bastante delicada, se quebrantó de tal forma que los médicos me aconsejaron abandonar toda ocupación.

El teólogo Borel, que me apreciaba mucho, me envió para reponerme a pasar una temporada con el cura de Sassi (a los pies de Superga). Descansaba durante la semana, y el domingo ya estaba en el Oratorio trabajando. Pero no era suficiente. Los jovencitos venían a visitarme en grupos. A ellos se añadieron los del propio pueblo. Total: que ellos me molestaban a mí más que si estuviese en Turín, y yo a ellos, pobres, los llevaba de cabeza.

No sólo los que frecuentaban el Oratorio acudían, se puede decir que cada día, a Sassi, sino, además, los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

He aquí, al caso, un episodio entre muchos. Habían predicado los ejercicios espirituales a los alumnos de las escuelas (municipales) de Santa Bárbara, dirigidas por esos religiosos. Como muchos solían confesarse conmigo, al acabarlos fueron en grupo a buscarme al Oratorio. Pero como no me encontraron, fueron a Sassi, que está a cuatro kilómetros de Turín. El tiempo era lluvioso, y como quiera que los chicos no conocían bien el camino, anduvieron vagando por campos, prados y viñas en busca de don Bosco. Llegaron, por fin, en número de unos cuatrocientos, deshechos por el cansancio y el hambre, empapados en sudor y cubiertos de barro, pidiendo confesarse.

—Nosotros, decían. Hemos hecho ejercicios, queremos mejorar, y hemos pensado hacer una confesión general; venimos con permiso de nuestros maestros.

¿Dónde estaban los muchachos?

Se les aconsejó volver en seguida al colegio para evitar la ansiedad de sus maestros y sus padres, pero respondían suplicando que querían confesarse. Nos pusimos a confesar los tres sacerdotes del lugar y yo; pero hacían falta al menos quince confesores.

Mas ¿cómo aliviar, o mejor acallar, el hambre de aquella multitud? El buen párroco, el actualmente teólogo Abbondioli, dio a aquella fatigada turba todas sus provisiones: pan, polenta, arroz, patatas, queso, fruta…, todo lo preparó como pudo y se los dio.

¡Qué desconcierto luego en el colegio cuando llegaron los predicadores, los maestros y algunas personalidades invitadas para la clausura de los ejercicios, la misa y la comunión general y no encontraron ningún alumno! Fue un verdadero desbarajuste. Naturalmente, se tomaron las medidas pertinentes para que no se repitiese el caso.

«Preparado para morir»

En cuanto a mí, de vuelta a casa, víctima del agotamiento, me llevaron a la cama. La

enfermedad se manifestó en forma de bronquitis, a la que se añadió tos y una inflamación peligrosa. En ocho días me puse a la muerte. Recibí el santo viático y los santos óleos. Pienso que en aquel momento estaba preparado para morir; sentía abandonar a mis chicos, pero estaba contento, porque acabaría mis días después de haber dado forma estable al Oratorio.

Al esparcirse la noticia de que mi enfermedad era grave, se produjeron tales muestras de sentimiento que no es posible explicar. Constantemente llamaban a la puerta hileras de jovencitos llorosos, que preguntaban por mi enfermedad. Cuantas más noticias les daban, más insistían en sus preguntas, yo oía los diálogos que tenían con el criado, y me emocionaba.

Después supe de qué fue capaz el afecto de mis jóvenes. Espontáneamente rezaban, ayunaban, oían misa, ofrecían sus comuniones. Se alternaban para pasar la noche y el día en oración ante la imagen de la Consolata. Por la mañana encendían velas, y hasta última hora de la tarde había siempre un número considerable de ellos rezando y suplicando a la augusta Madre de Dios que conservase a su pobre don Bosco.

«Dios los oyó»

Algunos hicieron voto de rezar el rosario entero durante un mes; otros, durante un año, y hasta llegó a darse que algunos lo hicieron por toda la vida; tampoco faltaron quienes prometieran ayunar a pan y agua durante meses, años y mientras vivieran. Me consta que hubo albañiles, peones, que ayunaron a pan y agua durante semanas enteras, aun sin disminuir sus pesados trabajos de la mañana a la tarde. Más aún, si tenían un rato libre, iban presurosos a pasarlo delante del Santísimo Sacramento.

Dios los oyó. Era sábado por la tarde, y se veía que esa noche iba a ser la última de mi vida. Así lo afirmaron los médicos que se reunieron en consulta, y así lo pensaba yo, que me veía totalmente falto de fuerzas y perdiendo continuamente sangre. Pero, entrada la noche, sentí que me vencía el sueño. Dormí. Al despertar me encontré fuera de peligro. Cuando por la mañana me visitaron los doctores Botta y Cafasso, me dijeron que fuera a dar gracias a nuestra Señora de la Consolata por el favor alcanzado.

Mis muchachos no lo creían si no me veían, y me vieron a poco ir con un bastoncito al Oratorio con una emoción fácil de imaginar y difícil de describir. Se cantó un Tedeum y el entusiasmo y las aclamaciones fueron indescriptibles.

Una de las primeras medidas fue cambiar en algo posible los votos y promesas que aquellos jóvenes habían hecho sin la debida reflexión cuando yo estaba en peligro de muerte.

En el pueblo natal

Esta enfermedad tuvo lugar a primeros de julio de 1846, precisamente cuando debía abandonar el Refugio y trasladarme a otro lugar.

Me fui a pasar algunos meses de convalecencia a casa, en Morialdo. Hubiera podido prolongar más tiempo mi estancia en el pueblo natal, pero empezaron a venir de visita grupos de jovencitos, y ya no había manera de disfrutar de reposo y tranquilidad.

Todos me aconsejaban que pasase al menos un año fuera de Turín, en lugares desconocidos, para recuperar así la primitiva salud. Don José Cafasso y el arzobispo eran

del mismo parecer. Pero como ello me resultaba demasiado penoso, me consintieron volver al Oratorio, con la obligación de no confesar ni predicar en el espacio de dos años.

Desobedecí. De vuelta al Oratorio volví a trabajar como antes, y durante veintisiete años no necesité de médicos ni de medicinas. Esto me ha convencido de que no es el trabajo lo que daña a la salud corporal.

5. Vuelta a Valdocco con mamá Margarita

Toda la fortuna en una cesta

Pasados algunos meses de convalecencia con la familia, pensé que podía volver a estar con mis queridos hijos, de los que cada día venía alguno a verme o me escribía.

Pero ¿dónde alojarme ahora, habiendo sido despedido del Refugio? ¿Cómo sostener una obra que cada día suponía más gastos y más trabajo? ¿Cómo iba a hacer frente a mis gastos y a los de las personas que me eran indispensables?

Quedaron por entonces libres, en la casa Pinardi, dos habitaciones, y las alquilamos para vivienda de mi madre y mía.

—Madre, le dije un día, tendré que trasladarme a vivir a Valdocco; por razón de los que viven en aquella casa, no puedo llevar conmigo a nadie más que usted.

Comprendió ella la fuerza de mis razones, y añadió enseguida:

—Si crees que es del agrado del Señor, dispuesta estoy a partir al momento.

Mi madre hacía un enorme sacrificio, porque en la familia, aunque no fuese rica, era, sin embargo, la dueña de todo, amada por todos y considerada como reina por pequeños y grandes.

Enviamos por delante algunas cosas de las más necesarias, que, con las que ya tenía yo en el Refugio, sirvieron para hacer algo acogedora la nueva vivienda. Mi madre llenó el canasto de ropa blanca y puso en él otros objetos indispensables: yo tomé mi breviario, un misal, algunos libros y mis apuntes de mayor utilidad. Esto era toda nuestra fortuna.

Salimos a pie de I Becchi hacia Turín. Hicimos una corta parada en Chieri y, por la tarde del 3 de noviembre de 1846, llegamos a Valdocco. Al vernos en aquellas habitaciones faltas de todo, dijo bromeando mi madre:

—En casa todo eran preocupaciones para disponer y administrar, aquí estaré más tranquila, pues no tengo a quien mandar, ni dinero que gastar.

El ajuar de novia de la mama

¿Cómo hacer para vivir, comer, pagar el alquiler y atender a tantos chicos que continuamente pedían pan, calzado y vestido para poder ir al trabajo?

Hicimos traer de casa un poco de vino, maíz, judías, trigo y cosas semejantes. Para hacer frente a los primeros gastos, mi madre había vendido un pedazo de tierra y una viña. Se hizo llevar su ajuar de boda, que había guardado celosamente íntegro hasta entonces. Algunos de sus vestidos sirvieron para hacer casullas; con la lencería se hicieron amitos, purificadores, roquetes, albas y manteles. Todo pasó por las manos de la señora Margarita de Gastaldi, madre del que llegó a ser arzobispo de Turín, que desde entonces colaboraba en el funcionamiento del Oratorio.

Tenía también mi madre algún anillo y un collarcito de oro; lo vendió en seguida para comprar galones y adornos para los ornamentos sagrados. Una noche, mi madre, que siempre estaba de buen humor, cantaba riendo:

—¡Ay del mundo si nos mira, forasteros y sin lira!

Muchas clases y poco espacio

Arregladas las cosas de casa, alquilé otra habitación más, que se destinó a sacristía. Como no podía tener locales para clases, durante algún tiempo las di en la cocina y en mi habitación; pero los alumnos, verdaderos pilluelos, o lo dejaban todo patas arriba o, peor, lo echaban todo a perder. Se empezaron algunas clases en la sacristía, en el coro y en otros sitios de la iglesia; pero las voces, el griterío, el canto, el ir y venir de unos estorbaba a los otros.

Algunos meses más tarde pudimos alquilar dos nuevas habitaciones y organizar mejor nuestras escuelas nocturnas.

Como ya hemos dicho, durante el invierno 1846-47 nuestras escuelas obtuvieron un resultado realmente convincente. Teníamos un promedio de trescientos alumnos cada noche. Además de la atención que dedicábamos a la cultura general, teníamos clases de canto gregoriano y música vocal, cosas ambas que fueron siempre cultivadas por nosotros.

6. El primer «Grupo Juvenil»

Reglamento para los Oratorios y compañía de San Luis

Una vez establecida la morada en Valdocco, me entregué con toda el alma a promover todo aquello que pudiese contribuir a mantener la unidad en el espíritu, en la disciplina y en la administración.

Antes que nada confeccioné un reglamento en el que simplemente expuse lo que ya se practicaba en el Oratorio y lo que convenía seguir haciendo para lograr un modo uniforme de actuar. Como éste se halla impreso aparte, puede cada cual leerlo a su gusto.

La ventaja de este breve reglamento fue muy notable: todos sabían lo que tenían que hacer, y como se acostumbraba dejar a cada cual la responsabilidad de su cargo, todos se preocupaban por conocer y cumplir su obligación. Muchos obispos y párrocos lo pidieron y estudiaron, y se esforzaron por introducir la obra de los oratorios en los pueblos y ciudades de sus respectivas diócesis.

Establecidas las bases orgánicas para la disciplina y administración del Oratorio, era preciso estimular la piedad con prácticas fijas y uniformes. Esto se logró con la institución de la Compañía de San Luis; terminados los reglamentos dentro de los límites propios de la juventud, los presenté al arzobispo, que los leyó personalmente y los dio luego a leer a otros para que los estudiasen y le dijesen su parecer. Finalmente, los alabó y aprobó, concediendo indulgencias particulares con fecha de… (12 abril de 1847). Este reglamento de la Compañía de San Luis se halla en folleto aparte.

La Compañía de San Luis despertó gran entusiasmo entre nuestros jóvenes. Todos querían inscribirse en ella. Para conseguirlo, se exigían dos condiciones: buena conducta en la iglesia y fuera de ella, evitar las malas conversaciones y frecuentar los sacramentos. No tardó en advertirse una gran mejora en las costumbres.

El Arzobispo en el Oratorio

Para animar a los jóvenes a celebrar los seis domingos en honor de San Luis, se compró una estatua del santo, se hizo una bandera y dábamos a los jóvenes facilidad para confesarse a cualquier hora del día, de la tarde o de la noche.

Además, como casi ninguno de ellos había recibido la confirmación, se les preparó para este sacramento, que recibirían el día de la fiesta del santo. La concurrencia fue numerosísima.

La preparación fue posible gracias a la ayuda de varios sacerdotes y caballeros. Para la fiesta del santo todo estuvo a punto.

Era la primera vez que una función de esta categoría se celebraba en el Oratorio, y también la primera vez que venía a visitarnos el arzobispo. Junto a la capillita, se preparó una especie de dosel, bajo el cual se colocó el prelado. Yo leí unas palabras de ocasión. A continuación algunos jóvenes pusieron en escena la comedia corta titulada *«Un cabo de Napoleón»*, del teólogo Cárpano. Produjo gran regocijo y muchas risas y fue un ameno esparcimiento para el arzobispo, que manifestó no haber reído nunca tanto en su vida.

Estuvo muy cordial con todos y expresó su satisfacción por la buena marcha de aquella obra; hizo grandes elogios y nos animó a continuar adelante. Finalmente, nos agradeció la cariñosa acogida que le habíamos dispensado.

Celebró la santa misa y repartió la comunión a más de trescientos jovencitos, y a continuación administró el sacramento de la confirmación.

Cuando le colocaron la mitra, sin pensar que no estaba precisamente en la catedral, levantó la cabeza y chocó con ella en el techo de la capilla. Esto excitó la hilaridad suya y la de todos los asistentes. Con frecuencia, y con su buen humor, recordaría a lo largo de su vida, en reuniones, aquel simpático episodio, que el abate Rosmini comparó con los que ocurren en tierras de misiones.

«Certificados preciosos»

Conviene saber que para asistir al señor arzobispo en las funciones sagradas vinieron dos canónigos de la catedral y otros varios sacerdotes. Acabada la función, se hizo una especie de acta, en la que se anotaron los nombres de cuantos habían recibido el sacramento, de quién se lo había administrado, de los padrinos y el lugar y la fecha. Después se confeccionaron los correspondientes certificados y agrupados por parroquias, se llevaron a la curia eclesiástica para que los remitiesen a los respectivos párrocos.

7. El primer huérfano

Ladronzuelos en el pajar

Mientras se organizaban los medios para poder impartir la instrucción religiosa y la cultura general, apareció otra necesidad imperiosa que había que afrontar: no pocos jovencitos de Turín y forasteros se mostraban llenos de buena voluntad para entregarse a la vida honesta y laboriosa, pero, invitados a que la emprendieran de verdad, solían responder que no tenían pan, ni ropa, ni casa donde morar, al menos durante algún tiempo. Para alojar a unos cuantos siquiera que no sabían adónde ir a dormir, se había adaptado un pajar, en que se podía pasar la noche sobre camastros de paja. Pero varias veces nos encontramos con que algunos se habían llevado las sábanas, otros las mantas y hasta hubo quienes robaron la misma paja y la vendieron.

El primer interno del Oratorio

Sucedió entonces que una tarde lluviosa de mayo de 1847 se presentó hacia el anochecer un jovencito como de unos quince años, totalmente calado. Pedía pan y alojamiento. Mi madre lo recibió en la cocina, lo arrimó al fuego y mientras se calentaba y secaba la ropa, le dio sopa y pan para que restaurara sus fuerzas. Entre tanto yo le preguntaba si había ido a la escuela, si tenía padres y en qué oficio trabajaba. Él respondió:

—Soy un pobre huérfano venido del valle de Sesia en busca de trabajo. Tenía tres liras, pero las he gastado antes de que pudiera ganar nada, y ahora no tengo nada ni a nadie.

—¿Has hecho la primera comunión?

—Todavía no.

—¿Estás confirmado?

—No.

—¿Te has confesado?

—Alguna vez.

—Y ahora, ¿adónde vas?

—Pues no lo sé; le pido que, por favor, me dejen pasar la noche en cualquier rincón de esta casa.

Dicho esto se echó a llorar. Mi madre lloraba también, yo estaba conmovido.

—Si supiese que no eres un ladronzuelo, te ayudaría. Pero otros se me han llevado parte de las mantas y tú me vas a llevar las que quedan.

—No, señor. Esté usted tranquilo: soy pobre, pero no he robado nunca nada.

—Si quieres, intervino mi madre, yo le prepararé para que pase esta noche, y mañana Dios dirá.

—¿Y en dónde?

—Aquí mismo, en la cocina.

—Se nos va a llevar hasta los pucheros.

—Yo me las arreglaré para que no ocurra.

La buena mujer, ayudada por el huerfanito, salió fuera, recogió algunos trozos de

ladrillos, y con ellos hizo cuatro pequeñas pilastras en la cocina; colocó encima algunos tableros, y puso encima un jergón, preparando así la primera cama del Oratorio. Mi buena madre hízole después un sermoncito sobre la necesidad del trabajo, sobre la honradez y sobre la religión. Al final le invitó a rezar las oraciones.

—No las sé.

—Las rezarás con nosotros —y así se hizo.

Para que todo quedase bien seguro, se cerró con llave la cocina y no abrimos hasta la mañana siguiente. Éste fue nuestro primer residente. A éste se le juntó en seguida otro, y luego otros, pero, por falta de sitio, aquel año tuvimos, que limitarnos a dos. Corría el año 1847.

Nuevas habitaciones y nueva música

Al advertir que para muchos chicos era inútil todo apostolado si no se les daba asilo, me apresuré a tomar otras habitaciones en alquiler, aunque fuese a precio exorbitante.

Entre tanto se pudo iniciar la clase de canto llano y música vocal.

Como era la primera vez que la música se enseñaba en clase a muchos alumnos a un tiempo, hubo una gran curiosidad por conocer el método que se aplicaba.

Los famosos maestros Luis Rossi, José Blanchi, Cerrutti y el canónigo Luis Nasi venían gustosos cada noche a asistir a mis lecciones.

Estaba en evidente contradicción aquello con el Evangelio, puesto que éste dice que el discípulo no puede estar sobre el maestro: y yo, que no sabía una millonésima parte de lo que sabían aquellas celebridades, pasaba como maestro a sus ojos. Ellos, naturalmente, venían a observar cómo se practicaba aquel nuevo método de enseñanza, que no es otro que el que actualmente aplicamos en nuestros colegios.

Hasta entonces, el alumno que desease aprender música tenía que buscarse un maestro particular.

8. El Oratorio de San Luis

Batalla de las lavanderas

Cuanto mayor era nuestra solicitud por promover la cultura, tanto más, a su vez, iban aumentando los alumnos. En los días festivos, apenas si una parte de ellos cabían en la iglesia a la hora de las funciones sagradas; y lo mismo ocurría en el patio de recreo.

Así que, siempre de acuerdo con el teólogo Borel, a fin de hacer frente a la creciente necesidad, decidimos abrir un nuevo oratorio en otro sector de la ciudad. Con esa intención, tomamos en alquiler una casa en la Puerta Nueva, en el paseo del Rey, comúnmente llamado paseo de los Plátanos, por los árboles que lo flanquean.

Para conseguir la casa hubo que sostener una verdadera lucha con sus habitantes. Estaba ocupado por lavanderas, que creían iba a llegar el fin del mundo si tenían que abandonar su antigua morada; pero, tratadas a las buenas y dándoles la debida indemnización, se pudieron arreglar las cosas sin que los beligerantes llegaran a la guerra.

Era propietaria de aquel lugar y del correspondiente patio la señora Vaglienti, que luego dejaría heredero al caballero José Turvano. El alquiler supuso 450 liras. El Oratorio se llamó de San Luis Gonzaga, título que todavía conserva.

Compra de más terrenos

La inauguración la llevamos a cabo el teólogo Borel y yo el día de la Inmaculada Concepción del año 1847. El número de jóvenes que acudió fue realmente grande, quedando de paso algo aliviadas las filas del Oratorio de Valdocco, hasta entonces excesivamente compactas.

La dirección de aquel oratorio fue confiada al teólogo Jacinto Cárpano, que trabajó allí algunos años con absoluto desinterés. El mismo reglamento que teníamos en Valdocco se aplicó en San Luis, sin introducir ninguna variación.

En este mismo otoño, con el deseo de dar cobijo al gran número de muchachos que pedían ayuda, se compró toda la casa Moretta. Pero al empezar los trabajos para adaptarla a nuestras necesidades, comprobamos que los muros no resistirían, por lo que se juzgó oportuno revenderla, tanto más cuanto que se nos ofreció un precio ventajoso.

Adquirimos entonces también un pedazo de terreno del seminario de Turín, que es el lugar en donde más tarde se construyeron la iglesia de María Auxiliadora y los talleres de nuestros artesanos.

9. Año 1848, año difícil

Una bala en la capilla Pinardi

Durante este año, los asuntos políticos y el ambiente público experimentaron un cambio, cuyo desenlace no se puede todavía prever.

Carlos Alberto concedió la Constitución (4 de marzo de 1848). Muchos se creían que la Constitución permitía también libertad para hacer a capricho el bien o el mal. Apoyaban su aserto en que se había permitido la emancipación de judíos y protestantes, y pretendían que ya no había diferencia entre catolicismo y otros credos. Este principio podía aceptarse en política, pero no en religión.

Mientras tanto, una especie de locura se apoderaba de la juventud. Derramada por calles y plazas, se despachaba a placer contra el clero y contra la religión. Yo mismo sufrí varios atentados en casa y en la calle.

Un día, mientras daba el catecismo, entró una bala de fusil por la ventana, perforándome la sotana entre el brazo y las costillas, e hizo una gran desconchadura en la pared.

Otra vez, un sujeto bastante conocido, estando yo en medio de una multitud de niños, a pleno día, me agredió con un largo cuchillo en la mano. Por milagro, corriendo a toda prisa, pude huir y esconderme en mi habitación.

El teólogo Borel se salvó también prodigiosamente de un pistoletazo y una cuchillada, una vez en que le confundieron conmigo. Resultaba, en consecuencia, muy difícil tener a raya a una juventud que vivía en tal ambiente.

Peligros en el trabajo

En tal confusión de ideas y pensamientos, sin embargo, en cuanto pudimos tener otras habitaciones se aumentó el número de los aprendices, que llegó a ser de quince; eran todos ellos muchachos abandonados y en peligro (1847).

No obstante, las dificultades eran muchas. Como todavía no existían talleres en el colegio, nuestros alumnos iban al trabajo y a clase a la ciudad, con serios peligros morales para ellos, pues los compañeros con que se encontraban, las conversaciones que oían y cuanto veían frustraban todo lo que practicaban y aprendían en el Oratorio.

Fue entonces cuando comencé a hacerles una brevísima platiquita por la noche, después de las oraciones, con el fin de exponer o confirmar alguna verdad que tal vez hubiese surgido a lo largo del día en las conversaciones.

Lo que sucedía entre los aprendices, era también de lamentar entre los estudiantes. Porque, debido a las varias clases en que estaban divididos los más adelantados, tenían que ir los que estudiaban gramática a casa del profesor José Bonzanino, y los que estudiaban retórica, con el profesor don Mateo Picco. Eran unas óptimas escuelas, pero la ida y la vuelta estaban llenas de peligros.

El año 1856, por fin, se establecieron de una manera permanente las clases y los talleres en la casa del Oratorio, con grandes ventajas para todos.

Preparar la mesa y decir una palabra amiga

Había en aquel entonces tal confusión de ideas y tal desorden, que no podía fiarse uno ni de las gentes de servicio; así que todos los trabajos domésticos los teníamos que hacer mi madre y yo; cocinar, preparar la mesa, barrer, partir leña, cortar y hacer calzoncillos, camisas, pantalones, chalecos, toallas, sábanas, con los consiguientes remiendos, era cosa de mi personal incumbencia. Pero estas cosas no dejaban de tener su ventaja moral, ya que con mayor facilidad podía alcanzar a los jóvenes con mis consejos o con una palabra amiga cuando les tenía a mano al servirles el pan, la sopa u otra cosa.

Primeros ejercicios espirituales

Con todo, como era necesario contar con alguien que me ayudase en los quehaceres domésticos y escolares del Oratorio, empecé a llevarme conmigo a algunos al campo, y a otros a veranear a Castelnuovo, mi pueblo; unos venían a comer conmigo; otros acudían por la tarde a leer o escribir alguna cosa, lo que siempre hacíamos de modo que les fuese de antídoto contra las venenosas opiniones del tiempo. Eso lo hice con mayor o menor asiduidad desde 1841 a 1848. Pero, con todos esos procedimientos, trataba yo de conseguir también una finalidad particular, que no era otra que la de estudiar, conocer y escoger a aquellos individuos que tuviesen cierta aptitud y propensión a la vida común, y admitirlos así conmigo en casa.

Con ese mismo fin ensayé aquel año (1848) una pequeña tanda de e ejercicios espirituales. Reuní unos cincuenta en el Oratorio. Comían todos conmigo y por no haber camas para todos, algunos se iban a dormir a sus casas y volvían por la mañana.

La ida y vuelta a su casa les hacía perder casi todo el fruto de los sermones e instrucciones que en semejantes ocasiones solía hacerles. Los ejercicios empezaron el domingo por la tarde, y terminaron el sábado a la misma hora.

Fue muy bien la cosa. Muchos, con los que se había trabajado largo tiempo sin fruto, ahora se dieron de lleno a la vida virtuosa. Algunos siguieron la vocación religiosa; otros permanecieron en el siglo, pero fueron modelos de asiduidad a los oratorios.

De esto último se hablará, aparte, en la historia de la Sociedad Salesiana.

La parroquia de los muchachos sin parroquia

También por ese tiempo algunos párrocos, especialmente el de Borgodora, y los del Carmen y San Agustín, se volvieron a quejar al arzobispo de que se administrasen los sacramentos en los oratorios. Por esta razón, el arzobispo dictó unas normas por las que nos daba amplia facultad para preparar niños a la confirmación y a la comunión, y para que pudiesen cumplir el precepto pascual si frecuentaban el Oratorio. Renovaba, además, la facultad de hacer todas las funciones religiosas que suelen hacerse en las parroquias. Estas iglesias, decía el arzobispo, para estos jóvenes forasteros y abandonados, serán como sus iglesias parroquiales mientras permanezcan en Turín.

10. Alentadoras lecciones de vida cristiana

Primer coro de voces blancas

Los peligros a que los jovencitos estaban expuestos en punto a religión y moralidad nos obligaban a unos mayores esfuerzos para tutelarlos, así que pareció conveniente añadir, a las clases nocturnas y diurnas y a la de música vocal, la enseñanza de piano y órgano y la de música instrumental. De esta suerte me vi convertido en maestro de canto y banda, de piano y órgano, sin haber nunca sido propiamente alumno de nada de eso. La buena voluntad lo suplía todo.

Después de haber preparado bien las mejores voces blancas del Oratorio, empezamos a hacer funciones en casa, luego en la ciudad, en Rívoli, Moncalieri, Chieri y otros lugares. El canónigo Nasi y don Miguel Ángel Chiatellino se prestaban de muy buen grado a enseñar a nuestros músicos, a acompañarlos y dirigirlos en las actuaciones por diversos pueblos; y, como hasta entonces no se habían oído en el coro conjuntos de voces blancas, resultaban los solos, los «duettos» y los corales de una tan gran novedad, que por todas partes se hablaba de nuestra música y, a porfía, nos invitaban a que nuestros cantores tomasen parte en diversas solemnidades. El canónigo Luis Nasi y don Miguel Ángel Chiatellino eran los que ordinariamente acompañaban a nuestra naciente sociedad filarmónica.

Teníamos por costumbre celebrar cada año una función religiosa en la Consolata, pero esta vez se fue hasta allí en procesión desde el Oratorio. El canto por la calle y la música en la iglesia atrajeron una innumerable muchedumbre. Se celebró la misa y se dio la sagrada comunión; hice después una plática de ocasión en la cripta, y a continuación, los oblatos de María nos improvisaron un suculento desayuno en los claustros del santuario.

Asignación del municipio

De este modo se iba venciendo el respeto humano, aumentaba el número de jóvenes ganados para nuestras actividades y se tenía oportunidad de inculcar a su debido tiempo las buenas costumbres, el respeto a la autoridad y la frecuencia de los sacramentos. Todo esto, que resultaba muy nuevo, daba mucho que hablar.

También durante este año el municipio de Turín mandó una comisión, compuesta por el caballero Pedro Ropolo del Capello, llamado Moncalvo, y el comendador Dupré, para que se enterasen bien de cuanto la voz común divulgaba de una manera confusa. Quedaron satisfechísimos; y hecho el debido informe, se nos concedió una ayuda de mil liras, acompañada de una carta muy elogiosa.

Desde aquel año, el municipio nos asignaría una subvención anual que duraría hasta el 1878. En este año nos fueron denegados las trescientas liras que dicha comisión nos asignara para pago de la luz de las clases nocturnas en favor de los hijos del pueblo.

La Obra de la Mendicidad, que había introducido nuestros métodos de clase nocturna y de música, me mandó también una delegación presidida por el caballero Gonella, con el fin de efectuar una visita. Con gran satisfacción de nuestra parte, nos fue

concedida una nueva ayuda de mil liras.

El lavatorio de los pies

Cada año solíamos ir a visitar todos juntos los monumentos del jueves santo; pero, debido a algunas burlas o, mejor, desprecios de que éramos objeto, muchos no se atrevían a juntarse con sus compañeros.

Para animar a nuestros jóvenes a superar el respeto humano, aquel año por primera vez fuimos procesionalmente, cantando el *Stabat Mater* y el Miserere.

Entonces se pudo comprobar que jóvenes de toda edad y condición se iban incorporando sin miedo a nuestras filas en gran cantidad. Todo transcurrió con orden y tranquilidad.

Por la tarde se celebró por vez primera la función del mandato. Para ello se escogieron doce jovencitos, a quienes se les suele llamar los doce apóstoles. Después del lavatorio según el ritual, se dio una plática a todo el pueblo. A continuación invité a los doce apóstoles a una cena frugal, obsequiándoles, además, con un regalito, que todos se llevaron a su casa muy contentos.

Al año siguiente, además, se erigió canónicamente el vía crucis (1 abril de 1847), bendiciéndose las estaciones con gran solemnidad. En cada estación se decían unas palabras y se cantaba una copla religiosa adecuada.

Así se iba consolidando nuestro humilde Oratorio. Entre tanto ocurrían graves acontecimientos públicos que debían cambiar el aspecto de la política de Italia y aun del mundo (revolución del 1848).

11. El año 1849. Treinta y tres liras para Pío IX

Clausura de los seminarios

Este año fue particularmente memorable. La guerra del Piamonte contra Austria, empezada el año anterior, había conmovido a Italia entera. Las escuelas públicas estaban cerradas; los seminarios, especialmente el de Chieri y el de Turín, se habían clausurado y estaban ocupados por los militares.

Consiguientemente, los clérigos de nuestra diócesis andaban sin maestros y sin lugar donde reunirse.

Fue entonces cuando, para poder tener al menos el consuelo de hacer algo para mitigar la calamidad pública, nos decidimos a alquilar toda la casa Pinardi. Los inquilinos pusieron el grito en el cielo. Amenazaron a mi madre, a mí y al mismo propietario. Tuvimos que hacer un buen desembolso de dinero, pero al fin se logró que el edificio entero quedara a nuestra disposición.

De esta suerte, aquel nido de iniquidad, que hacía veinte años estaba al servicio del infierno, quedó en nuestro poder. Ocupaba toda el área que actualmente ocupa el patio que hay entre la iglesia de María Auxiliadora y la casa que está detrás. De esta forma pudimos aumentar nuestras clases, ampliar la iglesia y duplicar el terreno de juego; el número de jóvenes internos llegó a treinta.

Pero el fin principal de esta operación era el estar en condiciones de recoger, como de hecho se recogieron, a los clérigos de la diócesis. Se puede decir que el Oratorio fue durante casi veinte años el seminario diocesano.

El óbolo de San Pedro

A fines de 1848, los acontecimientos políticos obligaron al Santo Padre pío IX a huir de Roma y refugiarse en Gaeta. Este gran pontífice había usado con nosotros de gran benevolencia. Al esparcirse la voz de que se encontraba en estrecheces económicas, se abrió en Turín una colecta bajo el título de óbolo de San Pedro.

Una comisión compuesta por el canónigo Francisco Valinotti y el marqués Gustavo Cavour vino al Oratorio. Nuestra colecta alcanzó las 33 liras. Era poca cosa, pero nosotros la hicimos particularmente grata al Santo Padre adjuntando una dedicatoria que resultó muy de su gusto. Manifestó su complacencia con una carta dirigida al cardenal Antonucci, entonces nuncio en Turín y ahora arzobispo de Ancona, en la que le encargaba transmitirnos lo mucho que le había consolado no sólo la ofrenda, sino, sobre todo, los sentimientos con que la habíamos acompañado.

Finalmente, con su bendición apostólica, nos enviaba un paquete de sesenta docenas de rosarios, que serían distribuidos solemnemente el 20 de julio de aquel mismo año (1850). Véanse el librito impreso en aquella ocasión, los diversos periódicos y la carta del cardenal Antonucci, nuncio en Turín.

Oratorio del Ángel de la Guarda

En vista del número creciente de jovencitos de la ciudad que acudían a los oratorios, fue menester pensar en fundar un tercero, y fue éste el oratorio del Santo Ángel de la Guarda, en Vanchiglia, no muy distante del lugar en donde, por especial cooperación de la marquesa Barolo, surgiría después la parroquia de Santa Julia.

El sacerdote Juan Cocchi había fundado hacía varios años aquel oratorio con un fin algo semejante al nuestro. Con todo, encendido en amor patrio, determinó adiestrar a sus alumnos en el manejo del fusil para, luego, ponerse a su cabeza y marchar, como lo hizo, contra los austriacos.

Aquel oratorio permaneció cerrado un año. Después lo alquilamos nosotros, y se confió su dirección al teólogo Juan Vola, de grata memoria. Permanecería abierto hasta el año 1871, en que fue trasladado junto a la iglesia parroquial (de Santa Julia). La marquesa Barolo dejó un legado para este fin, con la expresa condición de que local y capilla se destinasen a jóvenes pertenecientes a la parroquia, cosa que efectivamente se cumple.

Visita de senadores

En aquella época nos honraron con su presencia una comisión de senadores, que vinieron al Oratorio juntamente con otra enviada por el Ministerio del Interior. Todo lo vieron, en medio de una gran cordialidad; como resultado, entregaron un amplio informe a la Cámara de Diputados. Eso fue causa de una larga y viva polémica que se puede leer en la Gazzetta Piamontese del 29 de marzo de 1850. La Cámara de Diputados concedió a nuestros jóvenes ayuda de trescientos francos; Urbano Rattazzi, entonces ministro del Interior, por su parte, acordó concedernos la suma de dos mil francos. Consúltense los documentos.

Por fin tuve la dicha de que uno de mis alumnos vistiera la sotana: Ascanio Savio, actual director del Refugio, fue el primer clérigo del Oratorio; vistió la sotana a fines de octubre de aquel año.

12. «Quiero mantenerme al margen de la política»

Manifestaciones patrióticas

Un hecho nuevo vino a ocasionar en aquellos días no pocos inconvenientes a nuestras actividades. Pretendíase que nuestro humilde Oratorio tomase parte en las públicas manifestaciones que venían repitiéndose bajo el nombre de «fiestas nacionales». Los que tomaban parte en ellas y querían mostrarse ante todo como amantes de la unidad italiana, se abrían en raya los cabellos sobre la frente y se los dejaban caer ensortijados hacia atrás; se vestían una casaca impecable de varios colores y con la bandera nacional, y se colocaban una escarapela azul sobre el pecho. Así vestidos, se manifestaban multitudinariamente cantando himnos a la unidad italiana.

Dialogo con el Marqués

El marqués Roberto de Azeglio, promotor principal de tales actos, nos invitó formalmente, y, a pesar de haberlo yo rehusado, nos proveyó de cuanto hacía falta para que pudiésemos hacer un buen papel entre los demás. Nos había designado un puesto en la plaza Vittorio, junto a las instituciones de todo nombre, fin y condición.

¿Qué hacer? Rehusar era declararse enemigo de Italia; condescender significaba la aceptación de principios que yo juzgaba de funestas consecuencias.

—Señor Marqués, respondíle; ésta, que viene a ser mi familia, estos jóvenes de la ciudad que aquí se reúnen en torno a mí, no son un ente moral; haría yo el ridículo si pretendiera adueñarme de una institución que pertenece del todo a la caridad ciudadana.

—Tanto mejor. Sepa la caridad ciudadana que esta obra naciente no es contraria a las nuevas ideas; eso le favorecerá: aumentarán las limosnas; el municipio y yo mismo nos comportaremos dadivosamente con usted.

—Señor Marqués, mi propósito de mantenerme apartado de cuanto se refiere a la política es firme. Ni a favor ni en contra.

—Entonces, ¿qué pretende usted con su obra?

—Hacer el poco bien que pueda a los jovencitos abandonados, empleando todas mis fuerzas para que, en lo religioso, sean buenos cristianos, y honrados ciudadanos en lo social.

—Lo comprendo todo; pero usted se equivoca de medio a medio; si se empeña en mantenerse en esta dirección, todos le abandonarán y su obra será imposible. Es necesario estudiar el mundo, conocerlo y colocar las instituciones antiguas y modernas a la altura de los tiempos.

—Agradezco su benevolencia y los consejos que me da. Mándeme cualquier cosa en la que el sacerdote pueda e ejercitar la caridad, y verá pronto cómo sacrifico vida y hacienda. Pero ahora y siempre quiero mantenerme al margen de la política.

Aquel político renombrado me despidió cortésmente, y desde entonces nunca más hubo relación entre nosotros. Tras él, otros seglares y eclesiásticos me abandonaron. Más aún, después del hecho que voy a narrar, quedé prácticamente solo.

13. Sacerdotes y muchachos se marchan

Un periódico roto en mil pedazos

El domingo siguiente a la manifestación política antes descrita, estaba yo, hacia las dos de la tarde, en el patio con mis jóvenes; uno de ellos leía la Armonía. De pronto, los sacerdotes que solían ayudarme en el sagrado ministerio se presentaron en bloque con su insignia y escarapela y la bandera tricolor, portando un periódico, bajo todo punto censurable, llamado Opinión.

Uno de ellos, respetable por su celo y doctrina, se dirigió a mí y, viendo al que a mi lado tenía entre las manos la Armonía, comenzó a decir:

—Pero ¡qué vergüenza! ¡Ya es tiempo de acabar con estas ñoñerías!

Dicho esto, le arrebató al otro el periódico de las manos, lo hizo mil pedazos, lo tiró por tierra y, escupiendo encima, lo pisoteó y pateó cien veces. Pasado el primer ímpetu de desahogo político, se me acercó.

—Éste sí que es un buen periódico, dijo acercándome la Opinión a la cara; éste y ninguno más es el que deben leer los ciudadanos verdaderos y patriotas.

Quedé desconcertado ante aquellas maneras de hablar y de obrar, y, no queriendo aumentar el escándalo en un lugar donde había que dar buen ejemplo, me limité a rogarle a él y a sus compañeros que tratáramos aquellos asuntos en privado y entre nosotros solamente.

—No, señor, replicó; no son estas cosas para hacerse en privado ni en secreto, sino que hay que sacarlas a la luz del día.

Fuga en masa

En aquel preciso momento, la campana nos llamó a todos a la iglesia, y, para colmo, aquel día, uno de aquellos eclesiásticos tenía a su cargo el sermoncito que solía hacerse a esa hora a mis pobres chicos del Oratorio: una plática moral.

Pero en aquella ocasión resultó verdaderamente inmoral: las palabras libertad, emancipación, independencia fueron las que resonaron durante todo el tiempo que duró el sermón.

Estaba yo nerviosísimo en la sacristía buscando la manera de intervenir y frenar aquel desorden; pero el predicador abandonó en seguida la iglesia y no bien se dio la bendición con el Santísimo, invitó a los otros sacerdotes y a los jóvenes a unirse a él; y entonando a pleno pulmón himnos patrióticos y haciendo ondear frenéticamente la bandera, marcharon en desfile hasta los alrededores del monte de los Capuchinos. Allí se comprometieron formalmente a no volver más al Oratorio si no iba a funcionar según su punto de vista político.

Se sucedían estas cosas unas a otras sin que yo pudiese exponer mi modo de ver ni aducir mis razones. Pero no me arredré a la hora de cumplir con mi deber. Hice decir a aquellos sacerdotes que les prohibía severamente volver al Oratorio; y a los jóvenes, que se me debían presentar uno por uno antes de entrar de nuevo.

La cosa salió bien. Ninguno de los sacerdotes intentó reintegrarse, y los jóvenes pidieron disculpas alegando que los habían engañado, y prometieron sujetarse a la obediencia y disciplina.

14. El peso de la soledad

Nuevas dificultades

Pero el caso es que me quedé solo. Cada día festivo empezaba confesando desde muy temprano y celebraba misa a las nueve; predicaba a continuación y atendía más tarde a las clases de canto y de literatura hasta la hora de comer. Por las tardes: recreo, catecismo, vísperas, plática y bendición; luego, más recreo y canto, y clase hasta que se hacía de noche.

Entre semana atendía a mis aprendices y daba clase de bachillerato a unos diez jovencitos durante el día; por la noche tenía francés, aritmética, canto llano, música vocal, piano y órgano. No sé cómo pude resistir tanto. ¡Dios me ayudó!

Encontré, sin embargo, en aquellos momentos un gran auxilio y un gran apoyo en el teólogo Borel. Aquel maravilloso sacerdote, a pesar de estar agobiado por otras gravísimas ocupaciones del sagrado ministerio, aprovechaba cualquier minuto libre para echarme una mano. No pocas veces robaba horas al sueño para ponerse a confesar a los jóvenes, negando el reposo necesario a su cuerpo cansado de tanto predicar.

Esta crítica situación duró hasta que pudieron ayudarme los clérigos Savio, Bellia, Vacchetta, de quienes, por otra parte, me vi privado muy pronto, ya que, siguiendo las indicaciones de otros, sin decir palabra, se marcharon para ingresar en los oblatos de María.

Un consuelo

Uno de aquellos días festivos recibí la visita de dos sacerdotes a quienes creo oportuno nombrar. Estaba todo en movimiento, antes de ponerse en orden las clases para empezar el catecismo, cuando se presentaron dos eclesiásticos que venían, sin darse la menor importancia, a felicitarme y pedir noticias sobre el origen y métodos de nuestra institución. Por única respuesta les dije:

—Tengan la bondad de ayudarme un poco. Usted vaya al coro y cuídese de los mayorcitos; a usted, dije al más alto de los dos, le encargo de esta clase, que es la de los más inquietos.

Al darme cuenta de que explicaban de maravilla el catecismo, rogué a uno que dirigiera una platiquita a nuestros jóvenes, y al otro, que nos diera la bendición con el Santísimo. Ambos aceptaron con mucho gusto.

El sacerdote de menor estatura era el abate Antonio Rosmini, fundador del Instituto de la Caridad; el otro, el canónigo arcipreste De Gaudenzi, ahora obispo de Vigevano; en lo sucesivo, los dos se mostrarían no sólo amigos, sino, más aún, bienhechores de esta casa.

15. Compra de la casa Pinardi y alquiler de la casa Bellezza

«Cien mil liras de multa al que se eche atrás»

El año 1849 fue espinoso y estéril, pese a nuestro esfuerzo y a muchos sacrificios; pero sirvió de preparación para el año 1850, menos borrascoso y mucho más fecundo en buenos resultados.

Comencemos por la casa Pinardi.

Los que habían sido desalojados de la casa no nos dejaban vivir en paz.

—¿No da rabia, iban diciendo, que una casa de juego y diversión tenga que ir a parar a las manos de un cura intolerante?

Le ofrecieron a Pinardi un alquiler casi el doble que el nuestro. Pero él sentía un gran remordimiento de obtener aún mayores beneficios por negocios inmorales; por lo que en varias ocasiones me propuso su venta. Sus pretensiones económicas eran realmente exorbitantes: pedía 80000 liras por un edificio cuyo valor no llegaba ni a la tercera parte.

Dios quiso demostrar que es el dueño de los corazones; he aquí el modo:

Un día de fiesta, el teólogo Borel estaba predicando; yo me encontraba a la puerta del patio para impedir aglomeraciones. Pues en ese momento preciso se me presenta el señor Pinardi y me dice:

—¡Se acabó! Ya es hora de que don Bosco me compre la casa.

—¡Sí, señor; se acabó! Pero también es hora de que el señor Pinardi me la venda por su precio justo. En ese caso, se la compro en seguida.

—Se la venderé, pero por su verdadero precio.

—¿Y cuál es?

—El que siempre dije.

—Ese no se lo puedo dar.

—Haga su oferta, pues.

—No me atrevo.

—¿Por qué razón?

—Porque usted se ha puesto muy exigente, y no quiero ofenderle.

—Pues ofrezca lo que se le ocurra.

—¿Me la dará usted por lo que realmente vale?

—Se la daré, palabra de honor.

—Choque la mano y se lo digo.

—¿Cuánto?

—La hice valorar por un amigo suyo y mío (el arquitecto Spezia), y me aseguró que, en el estado actual, se pueden pagar de veintiséis a veintiocho mil liras. Pero yo, para acabar de una vez, le doy las treinta mil.

—¿Y le regalará también un alfiler de quinientas liras a mi mujer?

—Pues sí.

—Y pago al contado, ¿eh?

—Pues al contado.

—¿Cuándo hacemos la escritura?

—Cuando a usted le venga mejor.

—De mañana en quince días pagando en el acto.

—De acuerdo.

—¡Cien mil liras de multa al que se eche atrás!

—¡Cien mil liras de multa al que se eche atrás!

El negocio se cerró en cinco minutos. Pero ¿de dónde sacar tal cantidad en tan poco tiempo?

Comenzó entonces el hermoso juego de la divina Providencia.

Aquella misma tarde, don José Cafasso, cosa insólita en los días de fiesta, me viene a ver y me comunica que una persona piadosa, la condesa Casazza-Riccardi, le había encargado de entregarme una limosna de diez mil liras para que la emplease yo a mayor gloria de Dios en lo que mejor me pareciese. Al día siguiente llegó un religioso rosminiano que venía a Turín para poner a rédito veinte mil liras y me pedía consejo. Le propuse que me las prestara para la compra hecha a Pinardi; y de este modo se juntó la cantidad necesaria. Las tres mil liras de gastos complementarios las aportó el caballero Cotta, en cuyo banco se firmó la suspirada escritura (19 de febrero de 1851).

Una taberna de antaño

Asegurada así la adquisición del edificio, luego se pensó en el otro, en el de «La Jardinera». Era ésta una taberna en donde acostumbraban a reunirse los días festivos los amigos de la juerga. Organillos, pífanos, clarinetes, guitarras, violines, bajos, contrabajos y cantos de todo género no paraban de oírse en todo el día; es más, frecuentemente se reunían todos de una vez para sus conciertos.

Como el edificio de la casa Bellezza estaba separado por el simple muro de nuestro patio, sucedía que nuestros cánticos en la capilla quedaban ahogados por los gritos, el alboroto y el ruido de botellas de «La Jardinera». A más, era un continuo ir y venir por delante de la casa Pinardi hacia «La Jardinera». Difícilmente puede uno imaginarse nuestras molestias y el peligro que ello suponía para nuestros jóvenes.

Para aliviarnos de tan graves inconvenientes, intenté comprar el edificio, pero sin éxito. Entonces quise alquilarlo, cosa a que se avenía la dueña; pero la que llevaba la taberna exigía una indemnización a todas luces excesiva. Para llegar a un acuerdo propuse hacerme cargo no sólo del alquiler del local de la taberna, sino además de todo el material y mobiliario de la misma: mesas, mostrador, cocina, etc.; y comprometiéndome a pagarlo todo a buen precio, por fin, pude disponer libremente del local, que destiné en seguida a otra cosa. De esta suerte se eliminaba el segundo foco de maldad que aún existía en Valdocco cerca de la casa Pinardi.

16. Una iglesia y una rifa

En la iglesia-cobertizo se asfixiaban los muchachos

Eliminadas las penalidades que nos causaban la casa Pinardi y «La Jardinera», era necesario pensar en una iglesia más decorosa para el culto y mejor adaptada a las crecientes necesidades.

La antigua, a la verdad, había sido agrandada y correspondía al actual emplazamiento del comedor de los superiores (1875); pero era incómoda, por su escasa capacidad y poca altura. Como para entrar había que descender unos peldaños, en el invierno y cuando llovía se nos inundaba; en cambio, en el verano, nos sofocábamos por el calor y el insoportable tufillo. De ahí que no era raro que se desmayase alguno y hubiese que sacarlo fuera medio asfixiado.

Se necesitaba, por lo mismo, construir un edificio más proporcionado al número de jóvenes y más ventilado e higiénico. El caballero Blachier hizo un proyecto cuya ejecución nos proporcionó la actual iglesia de San Francisco y el edificio que limita con el patio que hay al lado de la iglesia. El empresario fue el señor Federico Bocca. Cavados los cimientos, se procedió a la bendición de la primera piedra el 20 de julio de 1851. El caballero José Cotta la colocó en su sitio. El canónigo Moreno, ecónomo general (del Real Economato), la bendijo. El célebre padre Barrera, conmovido a la vista de la multitud que había acudido, subió sobre un montón de tierra e improvisó un elocuente discurso de ocasión.

Una piedra como el grano de mostaza

Empezó con estas textuales palabras:

«Señores, la piedra que acabamos de bendecir y colocar en los cimientos de esta iglesia tiene dos grandes significados. Significa el granito de mostaza que se convertirá en místico árbol en el que vendrán a refugiarse muchos niños; y significa también que esta obra está fundamentada sobre la piedra angular de Jesucristo, contra la cual en vano maquinarán los enemigos de la fe».

Demostró después ambas proposiciones con gran satisfacción de los oyentes, que tenían por inspirado al elocuente predicador.

He aquí el acta (cópiese el acta de la solemnidad). *(No fue incluida ni hallada nunca.)*

Aquellas fiestas tan sonadas atraían a jovencitos de todas partes de la ciudad, y a cualquier hora del día venían en cantidad; algunos pedían que los alojáramos en nuestra casa. El número de residentes pasó aquel año de cincuenta, y empezamos en casa con algún taller, ya que cada vez se advertían mejor los inconvenientes de que los jóvenes salieran a trabajar fuera.

Ya empezaba a surgir el ansiado edificio, cuando me percaté de que los fondos económicos estaban a cero. Había juntado treinta y cinco mil liras con la venta de algunos inmuebles, pero habían desaparecido como hielo fundido por el sol. El Economato nos asignó nueve mil liras que haría efectivas cuando la obra estuviese a punto de acabar. El

obispo de Biella, monseñor Pedro Losana, dándose cuenta de que el nuevo edificio y toda aquella institución iban a ser de particular provecho para los muchachos albañiles de Biella, escribió una circular a sus párrocos en la que les invitaba a aportar su óbolo. He aquí la circular.

Carta del Obispo de Biella

«Muy reverendo señor.

El piadoso e insigne sacerdote don Juan Bosco, animado de una caridad verdaderamente angelical, empezó a recoger, los días festivos, en Turín, a cuantos jóvenes encontraba abandonados y sin rumbo por las calles y las plazas del grande y popular sector que cae entre Borgo Dora y el Martinetto, y a reunirlos en un lugar a propósito para entretenerlos honestamente y darles una instrucción y una educación cristiana. Fue tan grande su santo empeño, que la capilla local se hizo insuficiente para su obra, tanto que actualmente no sería capaz de contener más de un tercio de los seiscientos y pico que allá acuden. Impulsado por el deseo de un mayor bien, ha tomado sobre sus hombros la empresa de construir otra iglesia adecuada a las necesidades de su obra, y por eso hace una llamada a la caridad de los fieles católicos a fin de poder hacer frente a los cuantiosos gastos que se han de hacer para su construcción.

Así, pues, con particular confianza recurre a esta provincia y a esta diócesis por mi medio, teniendo en cuenta que de los seiscientos muchachos que en torno suyo se reúnen y frecuentan su Oratorio, más de un tercio (unos doscientos) ,son de Biella, algunos de los cuales tiene recogidos en su propia casa, proveyéndolos de cuanto necesitan para alimentarse y vestirse, y en donde, además, pueden aprender un oficio. No sólo reclama de nosotros la caridad que le prestemos ayuda, sino la propia justicia; de ahí que suplique a su reverencia haga sabedores a sus buenos feligreses de un asunto de tanto interés; recurra a los más pudientes, y destine un día festivo para que se haga una colecta en la iglesia a tal fin. El producto envíelo lo antes posible a la curia en forma segura, indicando la cantidad recolectada y el lugar de procedencia.

Si los hijos de las tinieblas, por otra parte, intentan abrir un templo y enseñar el error con perjuicio espiritual de, sus hermanos, ¿vamos a ser menos decididos los hijos de la luz, que no abramos también allí mismo una iglesia en beneficio propio y de los demás, y, sobre todo, de unos compatriotas nuestros?

Con la viva esperanza, por tanto, de poder cuanto antes, con las ofertas que nos vengan, aportar una apreciable ayuda a la empresa de ese conocido hombre de Dios, y al mismo tiempo una pública prueba de la piedad agradecida de mis diocesanos hacia una obra tan santa y tan útil como necesaria en los tiempos que corren, aprovecho esta oportunidad para reiterarme con la mayor estima y afecto su humilde servidor en Cristo.

JUAN PEDRO, Obispo. Biella, 13 de septiembre de 1851.»

Primera rifa

La colecta llegó a mil liras. Mas éstas eran una gota de agua en el mar, así que se organizó una rifa a base de objetos provenientes de regalos. Era la primera vez que acudía a la pública caridad por este procedimiento que, por cierto, obtuvo una acogida muy

favorable. Nos llegaron 3300 regalos.

El sumo pontífice, el rey, la reina, la reina madre y, en general, toda la corte, se distinguieron por sus obsequios. Se vendieron todos los billetes en absoluto (a cincuenta céntimos cada uno); y cuando se hizo el sorteo público en el palacio de la ciudad, hubo quienes buscaban billetes ofreciendo hasta cinco liras por uno, sin poderlo, encontrar (se pueden transcribir las bases de aquella rifa):

Será recibido con gratitud cualquier objeto de arte o artesanía; esto es, trabajos recamados y de malla, cuadros, libros, cortes de traje, telas y cosas semejantes.

En el momento de entregar el objeto se extenderá un recibo en el que se hará constar la calidad del regalo y el nombre del donante, a no ser que se quisiere conservar el anonimato.

Los billetes de la rifa serán emitidos en número proporcionado al valor de los objetos y en los límites que señalan las leyes; es decir, con una cuarta parte de beneficios.

Los billetes serán cortados de una matriz y llevarán la firma de dos miembros de la comisión. Su precio será de cincuenta céntimos.

Se hará pública exposición de todos los objetos en el próximo mes de marzo, y durará por espacio de un mes al menos. Se dará aviso en la Gaceta Oficial del Reino del tiempo y lugar de la citada exposición. También se indicará el día en que públicamente ha de tener lugar el sorteo.

Se sacará un número cada vez. Si por equivocación salieran dos números a un tiempo, no se leerán, sino que se volverán a introducir en la urna.

Se extraerán tantos números cuantos sean los premios a sortear. El primer número sacado será premiado con el objeto correspondiente, señalado también con el número uno; así el segundo, y sucesivamente, hasta que se hayan sacado tantos números cuantos sean los premios.

En el Diario Oficial del Reino se publicarán los números premiados, y a los tres días se comenzará su distribución.

Los números premiados no presentados después de los tres meses quedarán caducados a favor del Oratorio.

Muchos de los que sacaban algún premio lo dejaron con sumo gusto en favor de la iglesia. Lo cual supuso un nuevo beneficio. Es verdad que todo reportó grandes gastos, pero en limpio se obtuvieron 26000 liras (unos cinco millones en 1977).

17. «¡Ay de Turín el 26 de abril!»

Explosión del polvorín. Gabriel Fassio

Durante la exposición pública de los objetos se produjo la explosión del polvorín situado junto al cementerio de San Pedro *ad Víncula*. La sacudida fue horrible y violenta. Muchos edificios, cercanos y aun lejanos, sufrieron grave daño. Hubo veintiocho víctimas entre los trabajadores; y hubiera sido mucho mayor el daño si un sargento llamado Sacchi no cortara con gran riesgo de su propia vida la comunicación del fuego a una cantidad mayor de pólvora, que hubiera podido destruir toda la ciudad de Turín.

El Oratorio, que era de una construcción endeble, experimentó graves daños. Los diputados nos remitieron trescientas liras de limosna para ayudarnos a repararlos.

Quiero a este propósito traer a cuento una anécdota que se refiere a nuestro joven aprendiz Gabriel Fassio. El año anterior le había atacado una enfermedad que lo puso a las puertas de la muerte. En los momentos de delirio exclamaba:

—¡Ay de Turín! ¡Ay de Turín!

Sus compañeros le decían:

—Pero ¿por qué?

—Porque le amenaza un gran desastre.

—¿Qué desastre?

—Un terremoto terrible.

—¿Y cuándo ocurrirá?

—El año que viene. ¡Oh, ay de Turín el 26 de abril!

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Rezar a San Luis que proteja al Oratorio y a los que lo habitan.

Fue entonces cuando, a petición de los jovencitos de la casa, se añadió por la mañana y por la tarde en las oraciones en común un *pater,* ave y gloria a este santo. En efecto, nuestra casa fue poco perjudicada en comparación con el peligro, y los jóvenes que residían en ella no sufrieron ningún daño personal.

Bendición de la nueva iglesia

Mientras, la construcción de la iglesia de San Francisco de Sales iba adelante en medio de una actividad increíble, y en el espacio de once meses se dio cima a la empresa. El 20 de junio de 1852 fue dedicada al culto, con una fiesta que para nosotros resultó algo extraordinario.

A la entrada del patio se levantó un arco de altura colosal. En él estaba escrito en letras cubitales:

«En letras de oro purísimo —escribamos por doquier—: ¡dure por siempre ese día!»

Y por todas partes se oían estos versos, a los que había puesto música el maestro José Blanchi, de grata memoria:

«Volverá el sol de su ocaso otra vez hasta su oriente,
y de nuevo hasta su fuente el riachuelo volverá,

antes que olvidar nosotros esta fecha: la alegría
y hermosura de este día para siempre vivirá.»

Y se recitó y cantó con gran entusiasmo la composición:

Como el pájaro en las ramas
busca el albergue querido
donde construir su nido
y tranquilo reposar;
Así por más de diez años
nuestro nido hemos buscado,
mas ni el cielo nos ha dado
donde poderlo encontrar.
Un prado, un jardín, un patio,
la habitación o la calle,
la plaza o lo que se halle
nuestro Oratorio será.
Por fin, piadoso el Señor,
contempló benigno el caso,
y dos lustros de retraso
ampliamente compensó.
Compensó… y nos dio escuelas,
un patio para los juegos;
y como un nido de ensueño una casa apareció.

Muchos periódicos se ocuparon de la fiesta.

Acabada la iglesia, era menester proveerla de los muebles y objetos pertinentes. No nos faltó la caridad cristiana. El comendador José Dupré tomó a su cargo el adornar y embellecer la capilla que se dedicó a San Luis, y compró el altar de mármol que todavía adorna aquella iglesia. Otro bienhechor pagó el coro en el que se colocó el órgano para las celebraciones festivas. El señor Miguel Scannagatti aportó un juego completo de candelabros; el marqués Fassati se encargó del altar de la Virgen y trajo también otro juego de candelabros de bronce, y aún pagó además la imagen de María. Todos los gastos del púlpito corrieron por cuenta de don José Cafasso. El altar mayor fue cosa del doctor Francisco Vallauri, con ayuda de su hijo, sacerdote, don Pedro. En resumen: que la nueva iglesia, en poco tiempo, se encontró con cuanto era más indispensable para la celebración de funciones sagradas.

La Sociedad de Socorros Mutuos

El primero de julio del mismo año empezó a funcionar una Sociedad de Socorros Mutuos con el objeto de impedir que nuestros jóvenes se inscribieran en la llamada Sociedad de Obreros, la cual, desde sus principios, no disimuló sus fundamentos antirreligiosos. Véase el folleto impreso. Cumplió a maravilla sus objetivos. Más tarde esta sociedad nuestra se cambió en una conferencia adherida a las de San Vicente de Paúl, y todavía existe.

18. Derrumbamiento a medianoche

Violento aguacero sobre las obras

Con la nueva iglesia de San Francisco de Sales, provista de sacristía y campanario, se facilitaba a los jovencitos que lo deseasen la asistencia a las funciones sagradas en los días festivos y a las clases nocturnas y diurnas. Pero ¿cómo atender a la multitud de pobres muchachos que pedían cobijo como fuese? Tanto más cuanto que la explosión del polvorín del año anterior había arruinado el antiguo edificio.

En momento de tan angustiosa necesidad se tomó el acuerdo de añadir un nuevo brazo al edificio. A fin de poder aprovechar todavía el local viejo, se comenzó el nuevo por la parte más alejada, a saber, desde el final del actual refectorio hasta la fundición de los tipos de imprenta.

Los trabajos progresaron con rapidez, y, aunque el otoño se nos echaba encima, se llegó a punto de cubrir. Estaba ya colocada toda la armadura de madera, los listones clavados y las tejas amontonadas sobre las vigas para su colocación, cuando violentos aguaceros interrumpieron el trabajo. El agua cayó durante varios días y noches y, empapándolo todo, arrastro consigo la argamasa reciente hasta dejar desnudos y al descubierto los ladrillos y las piedras de los muros.

Sálvese quien pueda

Sería la medianoche y estábamos todos descansando, cuando se oyó un rumor violento que cada vez se hacía más intenso y espantoso. Despiertan todos y sin saber qué pasa, llenos de miedo y envolviéndose en mantas y en sábanas, salen del dormitorio y huyen en confusión, sin saber adónde, pero con gran prisa, para escapar del peligro que se venía encima. Crece el desorden y el espanto; la estructura del techo y las tejas caen con inmenso estruendo, juntamente con los muros, que se desploman encima.

Dado que la construcción se apoyaba sobre el muro viejo del antiguo edificio, se temió que quedasen todos aplastados bajo las ruinas; pero no hubo que lamentar más que el espantoso ruido, sin que se produjeran desgracias personales.

Amaneció, y llegaron, para efectuar una inspección, algunos ingenieros del Ayuntamiento. El caballero Gavetti, al ver una gran pilastra que por haberse movido un tanto se inclinaba peligrosamente sobre un dormitorio, exclamó:

—¡Id a dar gracias a nuestra Señora de la Consolata! Esa columna se sostiene por verdadero milagro y, de haber caído hubiese sepultado en sus ruinas a don Bosco con los treinta jovencitos que dormían ahí abajo.

Como los trabajos eran a destajo, el mayor perjuicio fue para el contratista. Nuestras pérdidas se valoraron en unas diez mil liras. El siniestro aconteció a medianoche del día 2 de diciembre de 1852.

En medio de las vicisitudes que afligen a la pobre humanidad, siempre está pronta la mano bienhechora del Señor para mitigar nuestra desgracia. Si aquel siniestro hubiese ocurrido dos horas antes, hubiera sepultado a los alumnos de las escuelas nocturnas. En

efecto: acabadas las clases hacia las diez, antes de marcharse, unos trescientos de ellos anduvieron más de media hora por los locales en construcción. Poco después ocurriría el derrumbamiento.

¿Cómo arreglárselas?

Lo avanzado de la estación no permitía, no digo terminar, pero ni siquiera volver a empezar los trabajos del edificio en ruinas. Entre tanto, ¿cómo resolver nuestra estrechez de espacio? ¿Cómo arreglárnoslas con tan gran número de jóvenes en un local tan pequeño y además, medio arruinado?

Se hizo de la necesidad virtud. La antigua iglesia, después de apuntalar bien sus muros, la convertimos en dormitorio.

Las clases las trasladamos a la iglesia nueva, de modo que un mismo local los días festivos hacía de iglesia y de clases durante la semana.

También durante este año se construyó el campanario que remata la iglesia de San Francisco de Sales; y el bienhechor señor Miguel Scannagatti regaló un hermoso juego de candeleros para el altar mayor, que constituyen aún uno de los ornamentos más hermosos de la iglesia.

19. Año 1853

Sesenta y cinco internos y muchos bienhechores

Apenas el tiempo lo permitió, nos pusimos de nuevo a levantar el edificio que se había venido abajo. Los trabajos avanzaron a ritmo rápido, de forma que en octubre ya se les había dado cima. Nos dimos buena prisa en ocuparlo, ya que sentíamos apremiante necesidad de una mayor holgura. Yo, por primera vez, pisé entonces el aposento que Dios me concede habitar todavía. Las escuelas, el comedor y el dormitorio pudieron montarse con toda normalidad y cómodamente, por lo que el número de internos llegó a sesenta y cinco.

Han llegado regalos de parte de nuestros bienhechores. El caballero José Dupré, a sus expensas, colocó la balaustrada de mármol del altar de San Luis; se embelleció todo el altar y se estucó toda la capilla. El marqués Domingo Fassati regaló la pequeña balaustrada del altar de la Virgen y un juego de candelabros de bronce dorado para el mismo altar. El conde Carlos Cays, insigne bienhechor nuestro, por segunda vez prioste de la Compañía de San Luis, saldó una deuda que arrastrábamos de doce mil liras al panadero, que comenzaba a poner dificultades en el suministro de pan. Compró además una campana, cosa que dio lugar a una simpática fiesta. El teólogo Gattino, nuestro párroco, de grata memoria, la bendijo, teniendo después una platiquilla a la muchedumbre venida de la ciudad. Tras la función sagrada se representó una comedia que resultó muy divertida para todos; el mismo señor conde Cays regaló una rica tela, de la que salieron el actual baldaquino y otros adornos más para la iglesia.

Tiempo para la devoción

Dotada así la iglesia con cierto decoro, se pudo, por fin, satisfacer de una vez los deseos de muchos con la exposición de las cuarenta horas. No había riqueza de adornos, pero sí un extraordinario concurso de fieles. Para secundar el fervor religioso y dar comodidad de satisfacer la propia devoción, a continuación de las cuarenta horas se predicó un octavario, exclusivamente dedicado a preparar a la multitud para la confesión. Aquel concurso extraordinario de gente hizo que las cuarenta horas y su correspondiente octavario se organizara en años sucesivos con la consiguiente participación, realmente extraordinaria, en sacramentos y demás prácticas de piedad.

Lecturas Católicas

En el mes de marzo de este mismo año (1853) se comenzó la publicación periódica de las Lecturas Católicas.

En el 1847, cuando se dio libertad de cultos, se hizo necesario este antídoto para ofrecérselo a los fieles cristianos en general, y especialmente a la juventud. Con aquel decreto del Gobierno, éste parecía entender que daba libertad a todos los credos, pero sin detrimento del catolicismo. Mas los protestantes no lo entendieron así, y empezaron a hacer

propaganda con todos los medios a su alcance. Tres diarios (*La buona Novella, La luce Evangelica, Il rogantino Piemontese*) y muchos libros, bíblicos y no bíblicos, eran medios con que intentaban ganar nuevos prosélitos. A éstos añadían ofrecer dinero, buscar empleos, suministrar trabajo y ofrecer diversas ventajas, vestidos y comestibles a quienes acudían a sus escuelas o frecuentaban sus conferencias, o simplemente aparecían por su templo.

El Gobierno lo sabía todo y dejaba hacer: con su silencio los protegía eficazmente. Añádase que los protestantes estaban preparados y dotados de medios materiales y culturales, mientras que los católicos, confiados en las leyes civiles que hasta entonces les habían protegido y defendido, apenas si disponían de algún diario y de alguna que otra obra clásica de erudición; pero no tenían un solo periódico ni un solo libro que estuviese propiamente al alcance del pueblo humilde.

Don Bosco inicia su «batalla»

En estas circunstancias, para hacer frente a esta necesidad, empecé por redactar unos cuadros sinópticos sobre la Iglesia católica; más adelante, unas octavillas tituladas Recuerdos para los católicos, que se repartían entre jóvenes y adultos, particularmente con ocasión de ejercicios espirituales y misiones. Aquellas páginas y aquellos opúsculos fueron acogidos con vivo interés por el público, y en poco tiempo se distribuyeron muchos miles.

Esto me persuadió de la conveniencia de arbitrar un medio popular que facilitase el conocimiento de los fundamentos del catolicismo. En consecuencia, reimprimí el folleto Avisos para los católicos, que pretende alentar a los católicos para que no se dejen atrapar por la red de los herejes. La venta fue realmente extraordinaria; en dos años se difundieron más de doscientos mil ejemplares. Ello entusiasmó a los buenos, pero enfureció a los protestantes, que se creían los únicos amos en este terreno.

«No quiero responsabilidades»

Me pareció entonces que era cosa urgente preparar y publicar libros destinados al pueblo, y se me ocurrió la idea de las Lecturas Católicas. A punto unos cuantos números, quise publicarlos en seguida. Pero surgió una dificultad absolutamente inimaginable. Ningún obispo se atrevía a tomarlas bajo su responsabilidad. El de Vercelli, el de Biella, el de Casale, invitados, rehusaron diciendo que era cosa peligrosa lanzarse a la batalla contra los protestantes. Monseñor Fransoni, a la sazón residente en Lyon, aprobó y recomendó la empresa, pero nadie quiso asumir ni siquiera el riesgo de la censura eclesiástica.

El canónigo Zappata, vicario general, fue el único que, a petición del Arzobispo, revisó la mitad de un fascículo; pero a poco, me devolvía el manuscrito diciendo:

—Ahí tiene su trabajo; yo no quiero responsabilidades; lo acaecido a Ximenes y a Palma está muy reciente. Usted desafía y ataca al enemigo de frente, mas yo prefiero batirme cuando hay tiempo aún para retirarse.

De acuerdo con el vicario general, escribí esto al Arzobispo, el cual me respondió adjuntando una carta para presentar a monseñor Moreno, Obispo de Ivrea. En ella rogaba a aquel prelado que aceptase bajo su protección la publicación en proyecto y la avalara con su aprobación y su autoridad. Monseñor Moreno se prestó de buena gana a colaborar, delegó al abogado Pinoli, su vicario general, para que efectuase la censura, el cual, sin

embargo, no puso el nombre del censor.

Pronto se estudió un plan, y el primero de marzo de 1853 salió el primer número, titulado *El católico instruido*.

20. Año 1854. Disputas con los protestantes

Iban a Valdocco a discutir con don Bosco

Las Lecturas Católicas tuvieron una acogida entusiástica y el número de sus lectores fue extraordinario; pero en seguida se desataron las iras de los protestantes. Probaron a combatirlas con sus periódicos y sus Lecturas Evangélicas, pero no encontraron lectores. Entonces dirigieron toda clase de ataques contra el pobre don Bosco. Uno después de otro venían a disputar con él persuadidos de que no podría resistir sus razones: los curas católicos eran muy ignorantes y en dos palabras se los podía confundir.

Así, pues, venían a enfrentarse conmigo unas veces en solitario y otras varios a la vez; yo siempre los atendí, y les recomendaba que las dificultades que ellos no sabían resolver se las presentasen a sus propios ministros e hicieran después el favor de darme la respuesta.

Vino a visitarme Amadeo Bert, después Meille, el evangelista Pugno y muchos otros. Pero no pudieron conseguir que yo dejase de hablar ni de imprimir nuestras Lecturas. Todo esto acrecentó su rabia. Creo hará al caso referir algún hecho relativo a este asunto.

Las Lecturas Católicas

Un domingo del mes de enero, por la tarde, me anunciaron a dos señores que venían para hablarme. Entraron y, después de una inacabable serie de cumplimientos y lisonjas, uno de ellos comenzó a decir:

—Usted, señor teólogo, recibió de la naturaleza un gran don: el de hacerse leer y entender del pueblo; por ello le pedimos emplee este precioso don en cosas útiles para la humanidad, en el fomento, por ejemplo, de las ciencias, de las artes y del comercio.

—Eso es exactamente lo que me propongo con las Lecturas Católicas, y me entrego a ello con toda el alma.

—Pues sería mucho mejor que se ocupara en publicar otro tipo de libros para la juventud, como, por ejemplo, una historia de la antigüedad, o un tratado de geografía, de física o de geometría, pero no las Lecturas Católicas.

—¿Y por qué no estas Lecturas?

—Porque es un trabajo ya hecho y vuelto a hacer por otros muchos.

—Sí; este tipo de trabajos lo hicieron ya otros muchos, pero en libros de erudición, y no en fascículos al alcance del pueblo, que es lo que precisamente intento yo con mis Lecturas Católicas.

—Pero este trabajo no tiene que producirle a usted ningún beneficio; en cambio, si siguiera nuestro consejo, lograría además unos buenos ingresos para esa maravillosa institución que la Providencia le ha confiado. Mire, aquí tiene usted algo (eran cuatro billetes de mil francos); no será la última limosna. Es más, recibirá otras mayores.

—¿Y a qué viene tanto dinero?

—Se lo entregamos para ayudarle a emprender la publicación de las obras que le hemos dicho, y para ayudar a esa su institución nunca bastante alabada.

—No se ofendan ustedes, señores, si les devuelvo su dinero. Por ahora no me es posible dedicarme a ese tipo de trabajos, sino sólo a las Lecturas Católicas.

—Pero si es un trabajo inútil…

—Pues si es un trabajo inútil, ¿por qué les preocupa a ustedes? ¿Por qué gastan dinero en hacerme desistir?

«¿Si sale de casa, tiene las de volver?»

—Usted no se da cuenta de lo que hace, pues al rechazar nuestra oferta daña a su propia obra y se expone a determinadas consecuencias, a ciertos peligros…

—Señores, adivino lo que ustedes quieren decirme; mas les advierto con toda franqueza que ante la verdad no temo a nadie; cuando me hice sacerdote, me consagré al bien de la Iglesia y de la pobre humanidad; en consecuencia, es mi propósito continuar publicando, en la medida de mis pocas fuerzas, las Lecturas Católicas.

—Usted comete un error —replicaron con la voz y el rostro alterados mientras se ponían de pie—, y encima de equivocarse, nos está insultando; además, ¡quién sabe lo que le puede ocurrir!, y —en tono de amenaza— si sale de su casa, ¿cree usted que tiene todas las de volver?

—Ustedes, señores, no conocen a los sacerdotes católicos. Mientras viven trabajan por cumplir con su deber. Y si en medio de su trabajo y por este motivo tuvieran que morir, sería para ellos la máxima fortuna y la mayor de las glorias.

Estaban en aquel momento los dos tan irritados que me entró miedo de que me pusieran sus manos encima. Me levanté y, colocando la silla entre nosotros, les dije:

—No temo sus amenazas. Si intentasen emplear la fuerza, me costaría muy poco repelerla; pero la fuerza del sacerdote está en la paciencia y el perdón. En fin, por las buenas, tengan la bondad de salir de aquí.

Dando un rodeo a la silla, abrí la puerta de la habitación y dije:

—Buzzetti, acompaña a estos señores hasta la cancela, pues no conocen bien la salida.

Quedaron confundidos ante aquella intimación y añadieron:

—Nos volveremos a ver en mejor ocasión.

Y salieron de allí con la cara y los ojos inflamados de rabia.

El hecho fue publicado por algunos periódicos, concretamente por Armonía.

21. Atentados personales

Vino y veneno

Parecía existir todo un plan secreto contra mí, urdido por los protestantes o la masonería. Contaré brevemente algunos hechos.

Una noche, mientras estaba dando clase a los jóvenes, se presentaron dos hombres y pidiendo hablar conmigo, me invitaron a ir inmediatamente al «Corazón de Oro» para asistir a un moribundo. Quise acudir al instante, pero pensé en hacerme acompañar por algunos de los mayorcitos.

—No hace falta —me dijeron— que moleste usted a estos chicos. Ya le acompañaremos nosotros hasta la casa del enfermo, y lo volveremos aquí. El enfermo se puede asustar al verlos.

—No se preocupen de eso —añadí yo—; mis alumnos aprovecharán para dar un paseíto y se limitarán después a quedarse al pie de la escalera mientras yo esté con el enfermo.

Pero, llegados a la casa del «Corazón de Oro», me dijeron:

—Pase un momento. Descanse un poco. Entre tanto iremos a avisar al enfermo de que ha llegado usted.

Me condujeron a una habitación de la planta baja, en donde había unos cuantos juerguistas que, después de haber cenado, estaban comiéndose unas castañas. Me acogieron entre grandes encomios y alabanzas, y se empeñaron en que tomara castañas con ellos. Yo rehusé alegando que acababa de cenar.

—Por lo menos beberá un vaso de vino con nosotros —dijeron—. Le gustará. Es de la parte de Asti.

—Muchísimas gracias, pero no acostumbro a beber fuera de las comidas; me sentaría mal.

—Un vasito no le hará a usted ningún daño.

Debe beber a toda costa

Y diciendo esto, pusieron vino a todos. Al llegar a mí, cambiaron de botella y de vaso. Me di cuenta entonces de su perversa maniobra. Mas, a pesar de ello tomé el vaso en la mano y brindé. Pero en vez de beber, intenté colocarlo sobre la mesa.

—Eso que usted hace es un desprecio —dijo uno.

—Es más, es un insulto —añadió otro—; usted nos ofende.

—No me apetece, no quiero y no puedo beber.

—Usted beberá a toda costa.

Dicho esto, me cogió uno por el hombro izquierdo y otro por el derecho, mientras decían:

—No podemos tolerar un insulto así. Beberá de grado o por fuerza.

—Si os empeñáis, beberé; pero dejadme hacer. Y ya que no puedo beber yo, se lo daré a mis muchachos para que lo beban en mi lugar.

Al decir esto, di un largo paso hacia la puerta y la abrí invitando a mis jóvenes a entrar.

—No hace falta; no hace falta que beba nadie. Esté usted tranquilo. Vamos en seguida a avisar al enfermo. Éstos que se aguarden ahí abajo en la escalera.

A continuación me condujeron a una habitación del segundo piso, en donde, en lugar de un enfermo, vi acostado al mismo que me había venido a llamar, el cual, después de haber aguantado algunas preguntas, soltó una risotada, diciendo:

—Me confesaré mañana por la mañana.

Me marché en seguida y volví a mi trabajo.

Una persona amiga hizo algunas averiguaciones sobre las personas que me habían llamado y sobre sus intenciones, y pudo asegurarme que cierto sujeto les había pagado una suculenta cena con la condición de que me hicieran beber un poco de vino que él les había preparado.

22. «Querían matarme»

Ciento sesenta liras para lograrlo

Parecen fábulas los atentados que voy narrando, pero, por desgracia, son dolorosas historias que tuvieron muchos testigos. He aquí otro más sorprendente todavía.

Una tarde de agosto, sobre las seis, estaba yo en la cancela que daba al patio del Oratorio, rodeado de mis jóvenes, cuando se oyó un grito desesperado:

—¡Un asesino, un asesino!

Y, efectivamente, hete aquí un individuo, por cierto bastante conocido por mí, y a quien había hecho favores, que corría furioso hacia mí en mangas de camisa y con un largo cuchillo en las manos.

—¿Dónde está don Bosco, dónde está don Bosco? —iba diciendo.

Todos se dispersaron a la desbandada, mientras él la emprendió detrás de un clérigo a quien confundió conmigo. Cuando se percató de su error, furioso volvió sus pasos contra mí, y yo apenas si tuve tiempo de huir escaleras arriba, a refugiarme en mi antigua habitación y justamente había dado la vuelta a la llave cuando llegó el desgraciado. Golpeaba, gritaba, mordía las barras de hierro para abrirla, pero inútilmente: yo estaba seguro. Mis jóvenes querían hacer frente a aquel miserable y hacerlo trizas, pero se los prohibí y me obedecieron. Se avisó a la fuerza pública, a la policía, a los carabineros, pero no se pudo obtener nada hasta las nueve y media de la noche, hora en que dos carabineros detuvieron a aquel desalmado y lo llevaron al cuartelillo.

Al día siguiente, el jefe de policía me envió un agente para preguntarme si perdonaba al criminal. Contesté que sí, que yo perdonaba aquella y todas las injurias; pero que, en nombre de la ley, recomendaba a las autoridades que defendieran mejor las personas y las moradas de los ciudadanos. ¿Quién lo iba a creer? A la misma hora en que tuvo lugar la agresión, estaba aquel sujeto al día siguiente, a poca distancia, esperando a que yo saliese de casa.

Un amigo mío, viendo que no podía esperar nada de la autoridad, intentó hablar con el miserable.

—A mí me han pagado —contestó—; denme lo que me dan los otros y me iré en paz. Se le pagaron ochenta francos para que saldara un alquiler vencido, y se le dieron otros ochenta más para que se buscara una vivienda lejos de Valdocco. Así se terminó aquella primera comedia.

Pero no fue cosa tan sencilla lo de la segunda comedia.

Lluvia de garrotazos

Un mes después, más o menos, del suceso narrado, en la tarde de un domingo, me llamaron urgentemente desde casa Sardi, cerca del Refugio, para que confesara a una enferma que, según decían, estaba a punto de morir. A causa de los hechos precedentes invité a algunos de mis jóvenes mayorcitos a que me acompañaran.

No hace falta —se me dijo—, nosotros le acompañaremos. Deje a esos jóvenes en

sus juegos.

Esto fue una razón más para no salir solo. Coloqué a algunos en la calle, al pie de la escalera, y José Buzzetti y Jacinto Arnaud quedaron en el rellano del primer piso, a poca distancia de la puerta de la enferma.

Entré y vi a una mujer que estaba jadeante, como si fuese a dar el último suspiro. Invité a los presentes, en número de cuatro, a que se alejaran para poder hablar de las cosas del alma.

—Antes de confesarme —empezó a decir a grandes voces— quiero que aquel bribón que está enfrente se retracte de las calumnias con que me ha difamado.

—De ningún modo.

—¡Silencio! —gritó un tercero, poniéndose de pie. Y los dos se pusieron de pie.

«Que sí», «que no», «que te casco», «que te hago trizas» fueron expresiones que, subrayadas por horrendas imprecaciones, contribuyeron a que se armara un alboroto infernal en aquella habitación. En medio de aquel infierno se apagan las luces, aumentan los gritos y comienza una lluvia de bastonazos dirigidos hacia donde yo estaba sentado. En seguida adiviné el juego, que no consistía nada más que en hacérmelo pasar muy mal. No teniendo tiempo para pensar y menos aún para reflexionar, el instinto me guió; agarré la silla, me la puse sobre la cabeza y, recibiendo los bastonazos que descargaban furiosamente sobre la silla, caminé bajo aquella especie de escudo en dirección a la salida.

Habiendo podido escapar de aquel antro de Satanás, me lancé en brazos de mis jóvenes, que, al oír el ruido y los gritos, intentaban a toda costa entrar dentro. No recibí ninguna herida grave, pero sí que me alcanzó un bastonazo en el pulgar de la mano izquierda, que tenía apoyado en el respaldo de la silla; se me llevaron la uña con la mitad de la falange, como se puede ver por la cicatriz que aún conservo. Con todo, lo peor fue el susto.

Nunca pude saber el verdadero motivo de tales vejaciones, pero parece que todo fue urdido para atentar contra mi vida o, al menos, para hacerme desistir de calumniar, según decían ellos, a los protestantes.

23. El perro «gris»

«Vi junto a mí un perrazo»

El perro Gris fue ocasión de muchas conversaciones y de no pocas hipótesis. Muchos de vosotros lo habéis visto y hasta acariciado. Pero en este momento, dando de lado a las peregrinas historias que sobre él se cuentan, yo expondré la pura verdad.

Los frecuentes atentados de que era objeto me aconsejaban no ir solo a Turín, ni tampoco volver. En aquel tiempo, el manicomio era el edificio más cercano al Oratorio; todo lo demás eran terrenos llenos de espinos y acacias.

Una tarde oscura, a hora ya algo avanzada, volvía yo completamente solo, y no sin algo de miedo, cuando vi junto a mí un perrazo que, a primera vista, me espantó; mas, al no amenazarme agresivamente, sino, al contrario, al hacerme fiestas como si fuera yo su dueño, nos pusimos pronto en buenas relaciones y me acompañó hasta el Oratorio. Algo parecido sucedió muchas otras veces; de modo que puedo decir que el Gris me ha prestado importantes servicios. Expondré algunos.

A fines de noviembre de 1854, en una tarde oscura y lluviosa, volvía de la ciudad y, para andar lo menos posible por despoblado, venía por el camino que desde la Consolata va hasta el Cottolengo. A un cierto punto advertí que dos hombres caminaban a poca distancia de mí. Aceleraban o retardaban su paso cada vez que yo aceleraba o retrasaba el mío. Cuando intenté pasar a la otra parte, para evitar el encuentro, ellos, hábilmente, se me colocaron delante; quise desandar el camino, pero no me fue posible, porque ellos repentinamente dieron unos saltos atrás y, sin decir palabra, me echaron una manta encima. Hice cuanto pude por no dejarme envolver, pero todo fue inútil; aún más, uno se empeñaba en amordazarme con un pañuelo. Yo quise gritar, pero inútilmente. En aquel momento preciso apareció el Gris, y aullando como un oso, se abalanzó con las patas delanteras contra uno y con la boca abierta contra el otro, de modo que tenían que envolver al perro antes que a mí.

—¡Llame a ese perro! —se pusieron a gritar con espanto.

—Lo llamaré; pero no os metáis con los transeúntes.

—Pero ¡pronto! —exclamaban.

El Gris continuaba aullando como un lobo o como un oso enfurecido. Reemprendieron ellos su camino, y el Gris, siempre a mi lado, me acompañó hasta llegar al Cottolengo. Rehecho del susto y entonado con un buen vaso de vino que me ofreció la caridad de aquella casa, detalle que suele tener siempre a punto en honor de sus huéspedes, me volví al Oratorio bien escoltado.

«No le molestéis. Es el perro de don Bosco»

Las tardes en que no iba acompañado de nadie, tan pronto como dejaba atrás las últimas edificaciones veía aparecer al Gris por un lado del camino. Muchas veces los jóvenes del Oratorio pudieron verlo, y hasta en una ocasión les sirvió de entretenimiento. Efectivamente, en cierta ocasión vieron entrar un perro en el patio. Unos querían golpearle

y otros estaban a punto de emprenderla a pedradas contra él.

—No le molestéis —dijo Buzzetti—. Es el perro de don Bosco.

Entonces todos se pusieron a acariciarle de mil modos y lo acompañaron hasta el comedor, donde estaba yo con algunos clérigos y sacerdotes y con mi madre. Ante la inesperada visita, quedaron todos estupefactos.

—No tengáis miedo —les dije—, es mi Gris; dejadlo que se acerque.

En efecto, después de dar una vuelta a la mesa, se puso a mi lado muy contento. Yo lo acaricié y le ofrecí comida, pan y cocido; pero él rehusó. Aún más, ni siquiera quiso olfatearlo.

—Entonces, ¿qué quieres? —le dije.

Él se limitó a sacudir las orejas y mover la cola.

—Come o bebe, o estate quieto —concluí.

Continuó entonces sus muestras de complacencia y apoyó la cabeza sobre mis rodillas, como si quisiera hablarme y darme las buenas noches; después, con gran sorpresa y no poca alegría, los chicos lo acompañaron fuera. Recuerdo que aquella noche había llegado yo tarde a casa y que un amigo me había traído en su coche.

Ya no estaba el perro

La última vez que vi al Gris fue el año 1866, cuando desde Morialdo iba a Moncucco, a casa de Luis Moglia, mi amigo [cf. Cronología, año 1828]. Como el párroco de Buttigliera me hubiese entretenido, se me hizo tarde y la noche me sorprendió en camino.

—¡Oh, si estuviese aquí mi Gris! —pensé para mí—. ¡Qué bien me vendría!

Dicho esto, subí a un prado para gozar del último rayo de luz. En aquel momento preciso apareció el Gris entre grandes muestras de alegría y me acompañó el trecho de camino que me quedaba, unos tres kilómetros. Llegado a casa de mi amigo, que me estaba esperando, me advirtieron que diera una vuelta para que mi perro no se peleara con dos grandes perros de la casa.

—Se harían pedazos, entre ellos —dijo Moglia.

Hablé con toda la familia, fuimos después a cenar, y a mi compañero se le dejó descansar en un rincón de la sala. Terminada la cena, dijo mi amigo:

—Habrá que dar de cenar a tu perro.

Tomó algo de comida, se la llevó, pero no lo encontró, por más que lo buscó en todos los rincones de la sala y de la casa. Todos quedaron asombrados, porque no se había abierto ni la puerta ni la ventana, ni los perros de la casa habían dado la menor alarma. Se repitieron las pesquisas por las habitaciones superiores, pero nadie pudo encontrarlo.

Ésta es la última noticia que tuve del perro, animal que ha sido objeto de tantas preguntas y de tantas discusiones. Yo nunca pude conocer al dueño. Sólo sé que aquel animal fue para mí una auténtica providencia en los muchos peligros en que me encontré.

Sac Gio Bosco



SAN JUAN BOSCO. Juan Melchor Bosco Occhiena más conocido como Don

Bosco (en italiano *Giovanni Melchiorre Bosco*) (I Becchi, 16 de agosto de 1815 - Turín, 31 de enero de 1888) fue un sacerdote, educador y escritor italiano del siglo XIX. Fundó la Congregación Salesiana, la Asociación de Salesianos Cooperadores, el Boletín Salesiano, el Oratorio Salesiano y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Promovió la Asociación de Exalumnos Salesianos, el desarrollo de un moderno sistema pedagógico conocido como Sistema Preventivo para la formación de los niños y jóvenes y promovió la construcción de obras educativas al servicio de la juventud más necesitada, especialmente en Europa y América Latina. Fue uno de los sacerdotes más cercanos al pontificado de Pío IX y al mismo tiempo logró mantener la unidad de la Iglesia durante los duros años de la consolidación del Estado Italiano y los enfrentamientos entre éste y el Papa que ocasionó la pérdida de los llamados Estados Pontificios y el nacimiento de la Italia Unificada. Fue autor de numerosas obras, todas dirigidas a la educación juvenil y a la defensa de la fe católica, lo que lo destaca como uno de los principales promotores de la imprenta.